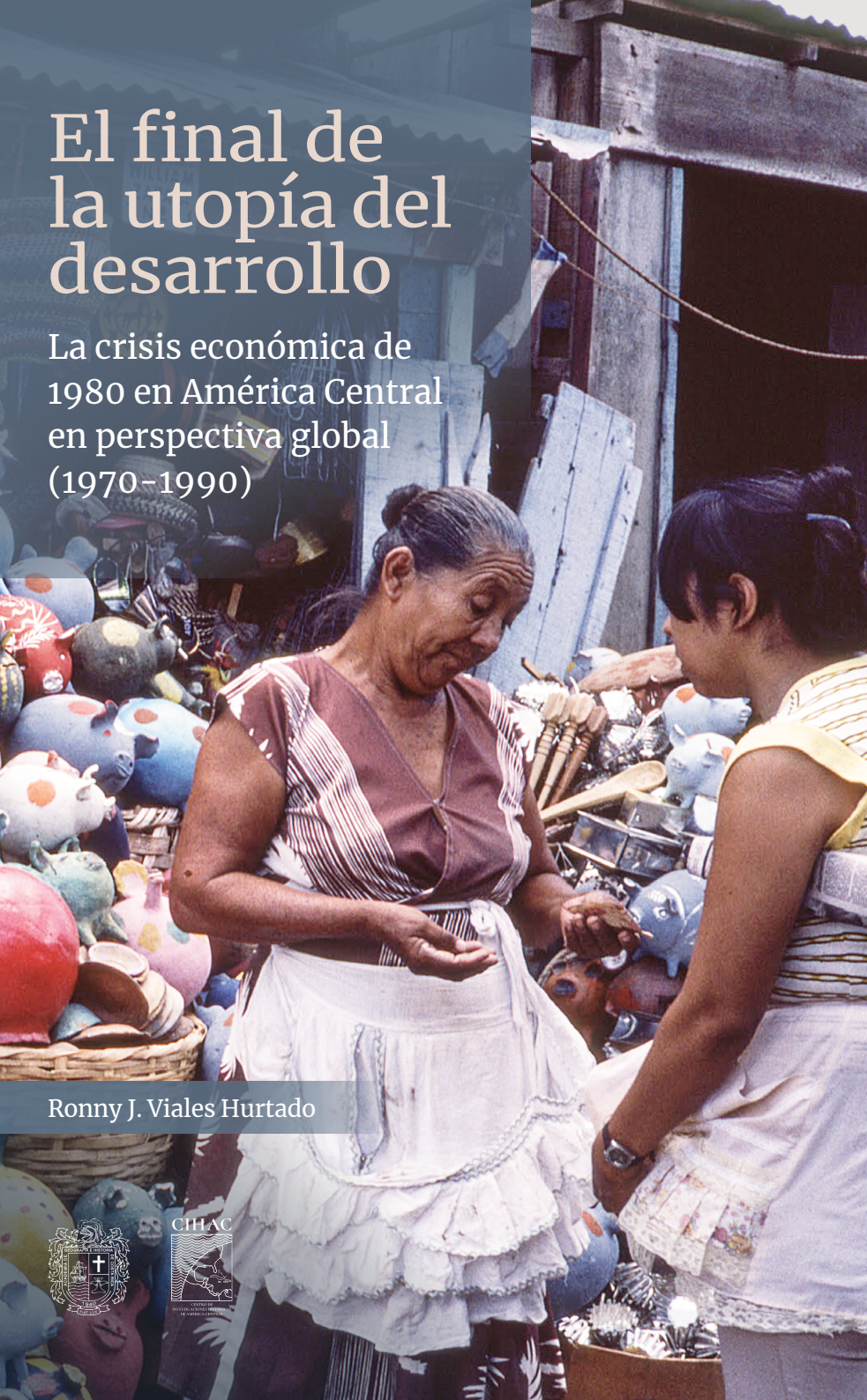


El final de la utopía del desarrollo

La crisis económica de 1980 en América Central en perspectiva global (1970-1990)

Ronny J. Viales Hurtado



Este libro analiza la crisis económica de 1980 en América Central, desde una perspectiva analítica que amplía el periodo entre 1970 y 1990, para poder contrastar su impacto en términos de estilo de desarrollo, de estilo de crecimiento económico y de la tensión entre el desarrollismo y el reformismo neoliberal. Se parte, además, de la historia global y se visualiza los efectos de la crisis en el mundo, en América Latina y, particularmente, en América Central. También se parte de los principios de la historia internacional y de la historia trans-nacionalista, con un énfasis en la contrastación y en la comparación, para identificar procesos e impactos comunes sobre el territorio centroamericano, pero también para identificar las particularidades del fenómeno.



CIHAC



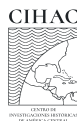
El final de la utopía del desarrollo

La crisis económica de
1980 en América Central
en perspectiva global
(1970-1990)

El final de la utopía del desarrollo

La crisis económica de
1980 en América Central
en perspectiva global
(1970-1990)

Ronny J. Viales Hurtado



330.972.86

V611f

Viales Hurtado, Ronny J.

El final de la utopía del desarrollo: la crisis económica de 1980 en América Central en perspectiva global (1970-1990). Primera edición. - San José, Costa Rica. - Universidad de Costa Rica: CIHAC, 2022.

Versión digital

xxi, 207 p.; tpls.; grafs.; 21,5 x 14 cm.

ISBN 978-9930-9758-5-5

I. Condiciones económicas. II. Política económica. III. Neoliberalismo. IV. Diversificación agrícola. V. Deuda externa. VI. Globalización.
I. Título.

La impresión de esta obra contó con el apoyo económico de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.

Comité editorial:

Dr. Kevin Coleman, University of Toronto

Dr. David Díaz Arias, Universidad de Costa Rica

Dr. Marc Edelman, City University of New York

Dr. Michel Gobat, University of Pittsburgh

Dra. Christine Hatzky, Leibniz Universität Hannover

Dr. Jeffrey L. Gould, Indiana University

Dr. Lowell Gudmunson, Mount Holyoke College

Dra. Montserrat Llonch, Universidad Autónoma de Barcelona

Dr. George Lomné, Université Paris-Est Marne-la-Vallée

Dr. Héctor Pérez Brignoli, Universidad de Costa Rica

Dr. Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela

Dr. Ronny Viales Hurtado, Universidad de Costa Rica

Dra. Heather Vrana, University of Florida

Dr. Justin Wolfe, Tulane University

Primera edición, 2022.

Corrección filológica: M.L. Mariela Mata Li.

Diseño, portada, diagramación y control de calidad: Adriana Araya Esquivel.

Corrección de pruebas: El autor.

Fotografía de la portada: Mercado de Managua, 1984. Fotografía perteneciente a Susan Lina Ruggles/SLR Images. Utilizada con autorización de la creadora.

© Centro de Investigaciones Históricas de América Central.

© Ronny J. Viales Hurtado

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

*Para Ruth, Mariana y Susana
por su amor, que constituye un
impulso para seguir adelante.*

*Para Elizabeth, mi gran
hermana y amiga.*

“la meta (inconfesada) de la
cliometría no es aumentar el
conocimiento del pasado sino
construir relatos sobre el
pasado compatibles con la
economía neoliberal”.

Boldizzoni, F. (2013). *La pobreza
de Clío. Crisis y renovación en el
estudio de la historia* (p. 19).

Contenido

Introducción	1
Capítulo 1	
El contexto transnacional/global de la crisis de 1980, entre 1970 y 1990. Un entorno fundamental para comprender la crisis en América Central	11
Introducción	11
La historia de las crisis económicas globales	15
La crisis de la deuda en América Latina en contexto global: una visión de largo plazo	21
El caso de América Latina en la década de 1980 y la concepción de la “década perdida”	32
La década de 1990 en América Latina: “una década de luces y sombras” y el inicio de la búsqueda del “desarrollo con equidad”	52
Capítulo 2	
La crisis económica de América Central durante la década de 1980 en el contexto global. La tercera fase de la globalización (1970-1990), el cambio económico y el reformismo neoliberal	57
Introducción	57
América Central: ¿de dónde veníamos?	
Diversificación productiva, agroindustrial e industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) en el mediano plazo, 1950-1980	62
El origen de la crisis de 1980 en América Central....	72

Los cambios en la política económica	82
El comportamiento macroeconómico durante la crisis de 1980. Una visión de mediano plazo (1950-1990).....	93
 Capítulo 3	
La crisis de 1980 en América Central: la estabilización, el ajuste, la imposición de la reforma neoliberal y su impacto social. La visión desde la perspectiva de dos décadas, 1970-1990.....	107
Introducción	107
La estabilización y el ajuste en América Central entre 1979 y la década de 1980.....	109
América Central: el impacto social del ajuste sobre los mercados de trabajo en el sector primario y secundario.....	119
El ajuste por la vía de los mercados de trabajo.....	128
La incidencia de la desigualdad y la pobreza.....	132
La crisis en el contexto del patrón de urbanización	143
Otra vía de ajuste: las políticas sociales neoliberales y la reducción de los presupuestos de salud, servicios sociales y educación	145
Las migraciones internas regionales e internacio- nales y las remesas familiares: válvula de escape y cambio económico.....	152
 <i>Conclusión</i>	
La crisis económica de América Central en la década de 1980 en su contexto: ¿década perdida o de reforma neoliberal transnacional?.....	163
 <i>Índice de gráficos</i>	 xv
 <i>Índice de cuadros</i>	 xix

<i>Índice de esquemas</i>	xxi
<i>Bibliografía</i>	181
<i>Sobre el autor</i>	207

Índice de gráficos

Gráfico 1: Población de América Central en 2020 según el Banco Mundial.....	1
Gráfico 2: América Central: PIB per cápita para 2020 según el Banco Mundial (US\$ a precios actuales).....	2
Gráfico 3: América Latina: evolución del PIB per cápita entre 1981-1989 en %	34
Gráfico 4: América Latina: evolución del PIB per cápita por países entre 1981-1989 en %.....	35
Gráfico 5: América Latina: tipos de cambio efectivos reales, 1980-1991 (1980=100) 19 países.....	48
Gráfico 6: América Latina: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991. 14 países	49
Gráfico 7: América Latina: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991. 5 países	50
Gráfico 8: América Central (con Panamá) y Estados Unidos. PIB per cápita según el Banco Mundial, 1960-1990, en dólares corrientes.....	95
Gráfico 9: América Central (con Panamá) y América Latina y el Caribe. PIB per cápita, según el Banco Mundial, 1960-1990, \$ constantes EE. UU. 2010	97

Gráfico 10: Nicaragua: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991	98
Gráfico 11: América Central (sin Nicaragua y con Panamá): tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991	98
Gráfico 12: América Central: crecimiento del producto interno bruto total y por habitante, 1981-1989. Tasas de crecimiento	99
Gráfico 13: América Central: deuda externa total desembolsada 1984-1989. 5 países. Saldo a finales del año. Millones de dólares	100
Gráfico 14: América Central: balanza comercial 1980-1990 por quinquenios. 5 países. En millones de dólares	100
Gráfico 15: Centroamérica: coeficiente de tributación, 1980-1984. 5 países	102
Gráfico 16: América Central: déficit fiscal como porcentaje del PIB. 1980-1990. 5 países. En quinquenios.....	103
Gráfico 17: América Central: flujos de inversión extranjera directa, 1970-1989. En millones de dólares	104
Gráfico 18: América Central: inversión extranjera directa entre 1970 y 1989.....	105
Gráfico 19: Asistencia económica de los Estados Unidos para América Central, 1980-1985. 4 países. En millones de \$ y sin contemplar "asistencia militar"	117

Gráfico 20: América Central: población económicamente activa, 1980-1995. En miles de personas.....	129
Gráfico 21: América Central: desempleo abierto entre 1970 y 1989 (años seleccionados). En %.....	129
Gráfico 22: América Central: subempleo entre 1970 y 1988 (años seleccionados). En %.....	130
Gráfico 23: América Central: tasa de desocupación abierta (% de la PEA) entre 1979 y 1987	131
Gráfico 24: Estructura de la distribución del ingreso en 1970, porcentaje del ingreso total captado por cada estrato.....	133
Gráfico 25: América Central: estructura de ingreso en 1989. 5 países. Distribución % captada por cada estrato.....	135
Gráfico 26: América Central: magnitud de la pobreza según la CEPAL. 1980, 1985 y 1990. En %	138
Gráfico 27: América Central: magnitud de la pobreza urbana y rural según la CEPAL. 1980, 1985 y 1990. En %.....	139
Gráfico 28: América Central: magnitud de la pobreza extrema urbana y rural según la CEPAL. 1980, 1985 y 1990. En %.....	140
Gráfico 29: América Central: estructura urbana y rural de la población. 1950-1990. En %	143
Gráfico 30: América Central (sin Honduras): gasto público social per cápita. 1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991. En \$ de 1996.....	145

Gráfico 31: América Central (sin Honduras): gasto social como porcentaje del gasto público total. 1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991.....	146
Gráfico 32: América Central (sin Honduras): gasto social como porcentaje del PIB. 1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991	147
Gráfico 33: América Central: presupuestos nacionales asignados a salud y servicios sociales. 1970-1988 (años seleccionados) En %.....	148
Gráfico 34: Presupuestos nacionales asignados a los servicios de educación, 1970-1988 (años seleccionados). En %.....	150
Gráfico 35: Inversión educativa pública per cápita en América Central, 1950-1995 (por quinquenios). En \$ corrientes.....	151
Gráfico 36: Inversión educativa pública en América Central como porcentaje del producto interno bruto (por quinquenios), 1950-1995.....	151
Gráfico 37: Centroamérica: crecimiento del PIB per cápita entre 1950 y 1996 (por décadas) (tasas de crecimiento anual promedio)	173
Gráfico 38: Centroamérica: relación deuda externa total/ PIB entre 1970 y 1990. En %	175
Gráfico 39: Centroamérica: relación entre intereses de la deuda externa y las exportaciones de bienes y servicios, años seleccionados. En %	175

Índice de cuadros

Cuadro 1: El contexto de las crisis financieras globales desde el siglo XIX hasta 2007	17
Cuadro 2: Principales cambios en el orden económico mundial que impactaron América Latina desde 1970, según Bulmer-Thomas	22
Cuadro 3: El impacto de la situación económica mundial y los factores internos sobre la economía latinoamericana en 1981.....	39
Cuadro 4: América Latina: medidas de ajuste interno y estabilización ante la crisis de 1980, según Bulmer-Thomas.....	47
Cuadro 5: América Central: trabajadores agrícolas sin tierra en la década de 1960 (5 países).....	68
Cuadro 6: Factores coyunturales, internos y externos, que explican la crisis de 1980 en América Central, según José Roberto López	78
Cuadro 7: América Central: los procesos transnacionales y las consecuencias de la integración en la economía y la sociedad globales según Walter I. Robinson.....	108
Cuadro 8: América Central: salarios mínimos reales entre 1985 y 1988. Índice 1980=100.....	132

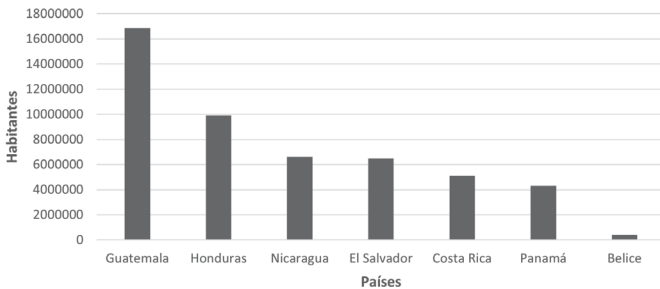
Cuadro 9: América Central: índice de Gini, 1970-1979	134
Cuadro 10: Las diferencias entre desarrollismo y globalismo según Philip McMichael	170

Índice de esquemas

Esquema 1: La crisis económica de 1980 en América Central dentro de su contexto: una visión relacional.....	60
Esquema 2: La lógica de las medidas de reducción del consumo privado según Leonardo Garnier Rímolo.....	113

La pregunta que dio origen a este libro se vincula con una discusión global acerca del porqué se debe investigar la historia de las crisis económicas. En el caso particular de la crisis de 1980, el esfuerzo se centra en tratar de construir una narrativa histórica, con visión crítica, para superar los sesgos de algunos estudios que, como ha planteado Francesco Boldizzoni (2013), tienen un objetivo implícito cercano a “construir relatos sobre el pasado compatibles con la economía neoliberal” (p. 19). De ahí que la idea principal de esta obra es que la coyuntura crítica de 1980 generó cambios que permiten comprender la situación socioeconómica actual de la región de América Central.

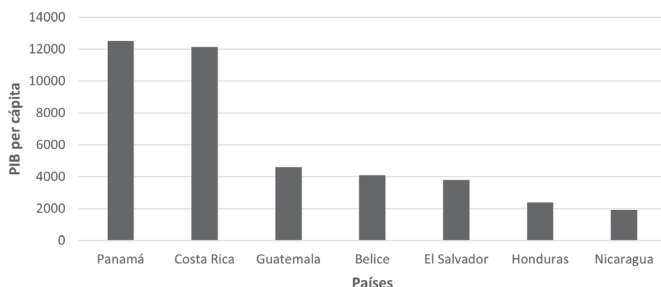
Gráfico 1
Población de América Central en 2020 según el Banco Mundial



Fuente: Elaboración propia hecha a partir de datos del Banco Mundial. Recuperado el 3 de enero de 2022 de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.POP.TOTL?locations=ZJ>

Para 2020, según datos del Banco Mundial, la población de América Central era de 49 680 199 habitantes, de los cuales Guatemala concentraba el 34 %, mientras que Belice apenas el 0,8 %. Entre Guatemala y Honduras se abarcaba la mitad de la población de la región (54 %) (ver gráfico 1). En términos del PIB per cápita, otro indicador normalizado para evaluar el comportamiento de las economías nacionales, existía una brecha importante porque Panamá (\$ 12 509,8) y Costa Rica (\$ 12 140,9) presentaban el indicador más elevado para la región. Por su parte, el resto de los países se ubicaron por debajo de los \$ 5 000 dólares (ver gráfico 2).

Gráfico 2
América Central: PIB per cápita para 2020 según el
Banco Mundial (US\$ a precios actuales)



Fuente: Elaboración propia hecha a partir de datos del Banco Mundial. Recuperado el 3 de enero de 2022 de <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.PCAP.CD>

En el contexto global, la estructura productiva de los países centroamericanos inició un proceso de transformación a partir del denominado “ajuste estructural”, que se convirtió en la principal estrategia económica desplegada

por el neoliberalismo en la región,¹ dentro del contexto de la crisis mundial de 1980. De manera general, varias personas investigadoras (Sánchez Ancochea y Martí i Puig, 2014) han caracterizado esta década como aquella en la que se vivió la “crisis de la deuda” y se impulsaron los procesos de pacificación y el denominado “retorno de la Democracia” (Trejos y Gindling, diciembre 2004), por lo que su estudio resulta fundamental para comprender la América Central actual, que se ha movido, al menos desde 1940, entre “laberintos y bifurcaciones” (Viales Hurtado, 2021).

En su momento, los sectores dominantes justificaron el cambio estructural por la crisis del “estilo de desarrollo de posguerra”, mediante la cual, en la región de América Central, se había promovido un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) tardío con respecto al contexto global, que estuvo fundamentado en la integración económica regional de “desarrollo hacia adentro” y diversificación productiva, aunque sin desplazar al *export led growth* histórico, a pesar de que la ISI tenía un sesgo antirrural. Panamá no formó parte de dicha integración y continuó con un énfasis en la terciarización de las exportaciones fuera del esquema integracionista. La opción regional permitió un crecimiento de la producción superior al 5 % anual, entre 1950 y 1979 (Menjívar y Trejos, 1990, p. 35).

Para (re)interpretar la crisis de 1980 y sus impactos en América Central, el presente libro sirve para ampliar este contexto, por lo que, en términos temporales, se estudia el

1 Para el caso de El Salvador, Pelulessy y Uggen plantearon que la política económica de la década de 1980 se vio influida por dos modelos económicos, no necesariamente coincidentes. Por una parte, el “modelo de la reforma estructural”, implementado con la influencia del gobierno de los Estados Unidos y que formaba parte de su estrategia de contrainsurgencia y, por la otra, el “modelo de ajuste productivo”, de carácter transnacional, promovido por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Pelulessy y Uggen, Autumn 1991).

periodo 1970-1990² y, en términos espaciales, las transformaciones del capitalismo global en esa época a partir de una visión *path dependence* (Thorp, 1998), para así aclarar los orígenes transnacionales del reformismo neoliberal en América Central y complementar el esfuerzo por valorar su impacto desde la perspectiva de la región. Esta aproximación es viable porque se establecen las relaciones entre los contextos (intercontextos) (Viales Hurtado, 2018).

Según Trejos y Gindling (diciembre 2004), la “década de 1990 mostró el reinicio del crecimiento económico en la región y la consolidación, lenta e incompleta, de un nuevo estilo de desarrollo hacia afuera, cuyo motor principal eran las exportaciones extrarregionales” (p. 178), por lo que en esta obra interesa comprender el cambio/impacto social que origina y produce dicho estilo de crecimiento. El cambio estructural neoliberal no creó la pobreza y la exclusión social en la región, pero la naturalizó (Viales Hurtado, 1999), así como el crecimiento de la informalidad (Barrera *et al.*, 1992), situación que amplió las brechas sociales.

En el contexto global, el peso del pensamiento macroeconómico neoliberal predominante (Elson, 2017) ha sido fundamental para dejar claro que la economía política, como lo ha planteado Díaz Arias (2021) respecto al caso costarricense, y el poder son factores que direccionan el cambio y la permanencia en la economía; por lo tanto, estos también producen y explican las crisis (Viales Hurtado y Cortés Sequeira, 2018).

Vinculada con el poder tanto en el nivel nacional como en el transnacional, la obsesión del empresariado por dominar el ciclo de negocio (Krugman, 1994; Williamson, 2011) propició el surgimiento de “vendedores de prosperidad”:

2 Charles Lindenberg realizó un esfuerzo retrospectivo más amplio, ubicando las coyunturas críticas del ciclo de negocio para Centroamérica desde 1930 (Lindenberg, enero 1988).

personas, economistas o no, que participan en los *mass media* ofreciendo alternativas sesgadas para, supuestamente, alcanzar el desarrollo. Dicha situación ha llevado a la toma de decisiones que evidencian como el ciclo de negocio es una fuerza preponderante y difícil de controlar.

A partir de lo anterior, en este libro se retoma una pregunta que, al analizar la debilidad de la integración regional centroamericana, se hacían Torres-Rivas y Towner en 1988: el modelo de crecimiento centroamericano, ¿crisis para quién?, pero mediante la interrogación de la crisis de 1980, ubicada en el contexto temporal entre 1970 y 1990.

Los intentos de superación de la situación de crisis incluyeron el “populismo macroeconómico” como factor paliativo, pero no siempre efectivo, para sobreponerse a los problemas estructurales (entre los cuales, la deuda se convirtió en un elemento seminal), aunque formaba parte del movimiento financiero-especulativo global; además, se permitió el surgimiento de la condicionalidad cruzada para la toma de decisiones en tiempos difíciles. La confluencia de estos factores constituyó una matriz que permite comprender el porqué del crecimiento de la desigualdad y la pobreza en América Latina, particularmente en América Central, es decir, la razón de lo que Bértola y Williamson (2016), como editores de un libro colectivo, denominaron la “fractura” social, caracterizada por una inequidad creciente en el subcontinente.

Existen coincidencias entre varias personas autoras que interpretan la crisis de 1980 como un punto de ruptura global, el cual, en el caso de América Latina, implicó que se tomaran medidas de política comunes, centradas en los siguientes aspectos: la reducción de los déficits fiscales y el tamaño del sector público, los límites a la expansión del crédito y la oferta monetaria, los mecanismos para unificar el intercambio oficial y sus tarifas, la reducción de subsidios y los niveles de proteccionismo en los dos momentos definidos como la estabilización y la reactivación económica (Lindenberg, 1988), esta última

muy vinculada con la denominada “teoría del derrame”. Sin embargo, desde el punto de vista de este investigador, no se puede dejar de señalar que existieron factores institucionales, cuya interpretación puede ser la de una permanencia/resistencia desarrollista (Viales Hurtado y Vargas Céspedes, 2021). En función de las particularidades de los países, estos factores institucionales marcaron el ritmo de las reformas y el cambio.

A lo anterior se deben sumar las falencias del estilo de crecimiento neoliberal (Korten, 1997), basado en una concepción de “reformismo neoliberal” (Hidalgo Capitán, 2003), que implicó diferencias regionales en el *timing* de las medidas, el comportamiento económico y el impacto social y político de estas reformas (Viales Hurtado y Cortés Sequeira, 2018).

De acuerdo con Marc Lindenberg, las diferencias regionales provocadas por el establecimiento del estilo de crecimiento neoliberal en la década de 1980 se pueden comprender en términos de los cambios en la estructura del sector exportador, dado el sesgo exportador de este reformismo, así como de la opinión de las élites empresariales sobre los éxitos y los fracasos de la recuperación económica entre 1982 y 1987/1990, a la cual, más allá de sus diferencias políticas, se comprometieron con la reforma.

En este periodo, según dicho autor —que fue rector del Instituto Centroamericano de Administración de Empresas, afín al estilo de crecimiento impulsado por el neoliberalismo, pero que tenía una visión de especialista en estudios del desarrollo, de manera que también identificaba las limitaciones de las reformas— se podía identificar un cambio estratégico en Costa Rica y Honduras, con una recuperación económica débil y la presencia de cambios preliminares en el sector exportador; mientras que en El Salvador, Panamá, Guatemala y Nicaragua se notaba una tendencia al debilitamiento económico en un contexto de violencia, por lo que aparecían como economías rezagadas, a pesar de la ayuda externa recibida por parte de los Estados Unidos.

Entre 1981 y 1987, esta ayuda representó 5 300 millones de dólares para la región de América Central, aunque en el trasfondo de algunas economías orientadas a la guerra civil (Lindenberg, 1988, p. 237).

La crisis global del presente, provocada por la pandemia/pandemia por la COVID-19 entre 2020 y 2022 y bautizada por el Fondo Monetario Internacional como la “crisis del gran confinamiento”, azotó la región de América Central, que presentaba signos claros del impacto de las reformas neoliberales, ya de larga data (Díaz Arias y Viales Hurtado, 2020), con manifestaciones de autoritarismo, exclusión social, desigualdad y pobreza (Díaz Arias y Viales Hurtado, 2021), pero también de crisis medioambiental y de políticas científicas,³ tecnológicas y de innovación, las cuales no se han orientado al favorecimiento de un estilo de cohesión social menos excluyente (Viales Hurtado; Sáenz Leandro y Garita Mondragón, 2021)⁴, bajo el predominio de élites menos progresistas (Díaz Arias y Viales Hurtado, 2021). A esto se suma el *lawfare*, la guerra legal, orientada a la erosión de los derechos laborales y el retroceso en la justicia laboral (Viales Hurtado y Díaz Arias, 2018).⁵

3 Por el momento, para el caso de Costa Rica, se detectó una política orientada al fomento de una “revolución informática” durante la denominada “década perdida”, que implica una orientación diferente con respecto a esta tendencia general (Viales Hurtado y Chavarría Camacho, 2018).

4 Cfr. además: Viales Hurtado, R. J.; Sáenz Leandro, R.; y Garita Mondragón, M (diciembre 2020-junio 2021). Los componentes de la evaluación en ciencia, tecnología e innovación: explorando la dimensión declarativa de las políticas para el caso de América Central (1980-2020). *Revista Estudios de Políticas Públicas*, 7(1), 102-111.; Viales Hurtado, R. J.; Sáenz Leandro, R. y Garita Mondragón, M. (septiembre-diciembre 2021). Transnacionalización de las políticas de ciencia y tecnología en América Central. Un análisis de redes, 1955-2020. *ÍCONOS Revista de Ciencias Sociales*, 71 (XXV) (3er. cuatrimestre), 37-58.

5 Cfr. además: Viales Hurtado, R. J., Chavarría Camacho, D. y Araya, R. (diciembre 2016). El proceso de reforma al Código Procesal Laboral: legislación laboral, actores sociales y lenguajes de valoración. Tres elementos clave de la política socio-laboral en Costa Rica, 1998-2016. *Revista Memorias*, (30), 66-97;

Este libro aborda los aspectos macroeconómicos de la crisis, así como la política económica y su impacto social, en el contexto del periodo 1970-1990. Se trabaja con la región de América Central (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá), aunque se plantean algunos atisbos sobre Belice,⁶ mientras que el caso de Panamá se analiza según la disponibilidad de fuentes para su estudio. El énfasis de la interpretación se centra en la comparación, por lo que el aparato crítico se fundamenta en los trabajos que tienen ese énfasis; únicamente se recurre a algunos estudios centrados en un solo país cuando son relevantes en términos de las tendencias seguidas por América Central.

El primer capítulo, titulado “El contexto transnacional/global de la crisis de 1980, entre 1970 y 1990. Un contexto para comprender la crisis en América Central”, estudia los intercontextos de las crisis económicas globales para poder aproximarse al origen y los impactos de la crisis de 1980 en la región. El segundo capítulo, “La crisis económica de América Central en la década de 1980 en el contexto global. La tercera fase de la globalización (1970-1990), el cambio económico y el reformismo neoliberal”, plantea un modelo de análisis y aborda la crisis en su doble contexto: el regional centroamericano, entre 1970 y 1990, que evolucionó desde un estilo desarrollista, pasando por el reformismo neoliberal, hasta la visibilización de sus límites, los cuales permitieron debatir sobre el “desarrollo con equidad” en 1990; y el global/transnacional/latinoamericano, que abarca la segunda (1945-1973) y la tercera fase (1974 en adelante) de la globalización,

Viales Hurtado, R. J. y Díaz Arias, D. (enero-febrero 2018). Costa Rica y los pactos sociales multclasistas. La Reforma al Código Procesal Laboral (2015-2017). *Revista Nueva Sociedad*, (273), 83-97.

6 Para un seguimiento de la historia económica reciente de Belice, se recomienda el excelente trabajo: Bulmer-Thomas, V. (2020). Desempeño, estructura y política en la economía de Belice. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 46(1), 1-19.

según Solimano (2003), para enfatizar el estudio del cambio económico-estructural y el impacto de la crisis económica, con una visión de largo plazo, en el periodo 1970-1990.

El tercer capítulo, denominado “La crisis de 1980 en América Central: la estabilización, el ajuste, la imposición de la reforma neoliberal y su impacto social. La visión desde la perspectiva de dos décadas, 1970-1990”, caracteriza las medidas de política económica implementadas para tratar de superar la crisis, con lo que se profundiza en el análisis del “estilo de crecimiento basado en la deuda” (Timossi Dolinsky y Stookey, 1990). De esta forma, se redimensiona el estilo de crecimiento neoliberal como un proyecto fundamentado en una reforma global, que abarcó tanto el estilo económico como la reforma institucional, el cual fue destinado a construir un nuevo orden económico internacional (con la liberalización del capital financiero), en donde surgieron otros actores y actoras transnacionales con poder de veto (condicionalidad cruzada) y otras élites —en algunos casos herederas del poder de las élites tradicionales— que también impulsaron un estilo de democracia inédito, sin dejar de lado el impacto social de la crisis, así como el de las medidas de estabilización y ajuste que se tomaron por presión de los organismos financieros internacionales respecto a la situación de la pobreza, la acomodación del mercado de trabajo, la informalidad, el impacto sobre las economías rural y urbana y el comportamiento de las políticas sociales en materia de educación y salud, al menos hasta inicios de la década de 1990.

Este libro es uno de los resultados del proyecto de investigación B 7033: “La crisis económica de América Central en la década de 1980 en su contexto: ¿década perdida o de reforma institucional transnacional? Cambio económico-estructural; crisis económica y social; desigualdad y pobreza y reformismo neoliberal, en la segunda y tercera fase de la globalización (1970-1990)” del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (Cihac), inscrito en la Vicerrectoría de

Investigación de la Universidad de Costa Rica, con el apoyo de la Escuela de Historia. Varias personas, en diferentes momentos, plantearon comentarios críticos para el mejoramiento de este texto, en especial la Dra. Ruth Cubillo Paniagua, el Dr. Juan José Marín Hernández (†), el Dr. David Díaz Arias, el Dr. Anthony Goebel McDermott, el M. A. Jorge León Sáenz, el M. Sc. Iván Molina Jiménez, el M. Sc. David Chavarría Camacho, la M. Sc. Sofía Cortés Sequeira, el M. A. Ronald Sáenz Leandro y el Lic. Marco Garita Mondragón en la última fase de su preparación, principalmente desde el Programa de Investigación: Ambiente, Ciencia, Tecnología y Sociedad (ACTS) del Cihac, por lo que les hago público mi agradecimiento y, a la vez, los eximo de toda responsabilidad con respecto a las ideas aquí planteadas.

Se espera que este libro apoye a la docencia en la enseñanza secundaria, así como en la universitaria, de grado y de posgrado, tanto como los procesos de investigación sobre la(s) realidad(es) de América Central en el contexto global, dado que todavía existe un campo abierto para crear nuevo conocimiento sobre la historia reciente de la región.

Ronny J. Viales Hurtado.

Enero de 2021.

Capítulo 1

El contexto transnacional/global de la crisis de 1980, entre 1970 y 1990. Un entorno fundamental para comprender la crisis en América Central

Introducción

Walter I. Robinson defiende la tesis, similar a la de otras personas autoras, de que, desde finales del siglo XIX y hasta la década de 1970, se vivió la tercera época de la historia del capitalismo mundial, que sería la etapa del “capitalismo corporativo/monopolista”, la cual implicó:

La consolidación de un solo mercado mundial y del sistema de Estado-nación dentro del cual se organizó el capitalismo mundial. Este periodo vio la aparición de la corporación industrial financiera, la intensificación de las guerras entre los poderes imperiales y la emergencia de la alternativa socialista, la ‘Era de los extremos’, como Hobsbawm tituló la historia del siglo XX (1994) (Robinson, 2013, p. 23).

Para este autor, a partir de la década de 1970, se inició la transición hacia la cuarta época del capitalismo, la de la globalización contemporánea, con el paso de una economía mundial a una global, esta última basada en el capital transnacional y complementada por varias revoluciones científico-tecnológicas “en comunicaciones e información, pero también en

transportes, comercialización, administración, automatización, robotización, etc... A la vez, la globalización económica crea la base material para la emergencia de una sola sociedad global” (Robinson, 2013, pp. 28 y 30).

En esta transición, la economía mundial se ha caracterizado, como plantean Charles P. Kindleberger y Robert Z. Aliber, por una gran volatilidad, que afectó los precios de los productos básicos, aunque también los de las divisas, los bienes raíces y las acciones como los activos financieros. Desde ese momento ha habido unas cuatro grandes oleadas de crisis, pero las que interesa analizar aquí son: la primera, que se dio en la década de 1980 y se originó cuando México, Brasil, Argentina y varios países más no pudieron pagar los préstamos que habían contraído por unos 800 mil millones de dólares; y el inicio de la segunda, ocurrida en la década de 1990, que afectó a Japón, Noruega, Finlandia y Suecia. (Kindleberger y Aliber, 2005, p. 1; Kindleberger y Aliber, 2012).

La década de 1970 fue complicada para regiones como América Latina y África, sobre todo por las crisis del petróleo, situación que mejoró, al menos durante una década, por la obtención de préstamos internacionales con intereses bajos. En contraste, la década de 1980 se caracterizó por los altos tipos de interés, la baja en el crecimiento de las economías industriales y una desaceleración del crecimiento de las economías industriales, que eran su mercado, como lo ha planteado James Foreman-Peck:

La política económica interior de estos países distribuyó erróneamente los recursos entre las industrias y las deprimidas exportaciones. Aumentó la desigualdad social y geográfica. Entre 1973 y 1981, el cociente de Latinoamérica entre la deuda y las exportaciones se elevó del 1,4 al 2,5 y los intereses que había que pagar representaron un 23%... En 1984-86 se registró una mejora temporal que

desapareció con la aceleración de la inflación entre 1987 y 1990. El cociente entre el pago de intereses de la deuda y las exportaciones —26 por ciento— era insostenible en 1990 (Foreman-Peck, 1995, p. 431; Centeno, 1982).

En esa época, el comportamiento de Japón, como segunda potencia mundial, con industrias líderes en los campos automotor y de la electrónica, dio argumentos para su denominación como el “milagro japonés” por parte del Banco Mundial. Sin embargo, el país entró en crisis a mediados de la década de 1980 debido a una combinación de factores: el aumento de circulante, el incremento en el crédito y, específicamente, en los de las inversiones inmobiliarias; todo esto en un clima de liberalización y de valoración del Yen como divisa que generó una “burbuja inmobiliaria”. Este mismo contexto fue el que llevó a una crisis en los países del norte de Europa, pero por inversiones inmobiliarias extraterritoriales. Se trató de la coyuntura de los denominados “bonos basura”, una innovación financiera que pagaba entre un 3 % y un 4 % más que los bonos calificados por las calificadoras de riesgo. Dichos bonos generaron especulación y dividendos por un tiempo, aunque luego llevaron a la quiebra de los inversores como consecuencia de la propia quiebra de las empresas emisoras a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 (Kindleberger y Aliber, 2012).

Si se ponen en contraste estos contextos regionales e internacionales, se constata que la “burbuja inmobiliaria” originada en Japón contribuyó a la crisis de la deuda en América Latina, puesto que propició una apreciación de las divisas de los países industrializados. (Kindleberger y Aliber, Manias, 2005, pp. 63-64). Esto deja claro que las crisis se transmiten desde las economías que las originan hacia otras economías y países por medio de diversos mecanismos, algunos de creación reciente, dentro de cada contexto particular y en función

del tipo predominante del *crash* económico; algunos de estos mecanismos pueden estar mediados por la corrupción (Kindleberger y Aliber, 2005, p. 172).

En el mundo, sobre todo después de 1980, como indican Kartal Demirgunes y Gulbahar Ucler, los países ricos y los en vías de desarrollo enfrentaron fuertes crisis económicas y financieras: la crisis de la deuda en América Latina a inicios de la década de 1980, la crisis chilena de 1982, la crisis bancaria de Israel de 1983, la burbuja de precios de activos de Japón entre 1986 y 1991, el “lunes negro” de 1987, la recesión mundial de principios de los noventa, la crisis bancaria de Finlandia y Suecia en la década de 1990, la crisis económica de India en 1991, la crisis económica de Turquía y México de 1994 y también de 2000-2001, la crisis asiática de 1997, la crisis financiera de Rusia en 1998 y la gran depresión argentina del periodo 1998-2002 (Demirgunes y Ucler, 2017, p. 348). Ha sido ampliamente reconocido que las consecuencias negativas de estas crisis fueron transmitidas, en gran medida, a los países pobres y endeudados.

Una de las causas fundamentales de las crisis de 1980 fue la liberalización de los mercados, por eso es importante, como plantean Bolstanki y Chiapello, siguiendo a Fernand Braudel, hacer una distinción conceptual y analítica entre capitalismo y economía de mercado:

Por un lado, la economía de mercado se ha constituido ‘paso a paso’ y es anterior a la norma de acumulación ilimitada del capitalismo... Por otro lado, la acumulación capitalista sólo se pliega a la regulación del mercado cuando se le cierran los caminos más directos para la obtención de beneficios (Boltanski y Chiapello, 2002, p. 36).

Dado lo anterior, la interrogante general de este capítulo tiene dos dimensiones: una global y transnacional, que se

centra en la pregunta: ¿qué tienen en común estas crisis?, y otra regional y transnacionalista, relacionada con las interrogantes: ¿qué papel jugó América Latina en la crisis de 1980? y ¿cuál fue el impacto de la crisis global sobre la región? Ambas dimensiones ayudan a comprender mejor la crisis de 1980 y su impacto sobre América Central.

La historia de las crisis económicas globales

En relación con la primera interrogante, Carlos Marichal ubicó los orígenes de la globalización contemporánea entre 1973 y 1990, etapa que fue seguida por la de la globalización financiera, cada vez más desregulada, que abarca de 1990 hasta 2006. Una idea fundamental que planteó este autor fue la necesidad de estudiar las crisis económicas globales en el largo plazo (Marichal, 2010). Por su parte, Michael Bordo y John S. Landon, realizaron ese ejercicio y, al comparar las crisis históricas con las más recientes, tuvieron la sensación de vivir una especie de *déjà vu*. Ellos construyeron una tipología debido a que hay crisis de diferentes naturalezas —bancarias, monetarias, de deuda—, que se pueden combinar, las cuales afectaron a varios países de manera diferenciada en el periodo 1880-2010. El estudio comparativo con visión de trayectoria permitió a estas personas autoras plantear la existencia de *clusters* (agrupamientos) de crisis, ocurridos en diferentes países, pero también a través de los continentes, que denominaron como “crisis financieras globales” (Bordo y Landon, 2010). Además, existe evidencia para indicar que las crisis financieras se han incrementado desde la Segunda Guerra Mundial (Dungey y Jacobs, 2015, p. 30).

Estas crisis han estado asociadas con recesiones económicas, crisis financieras internacionales y cambios de tendencia en los ciclos de negocios. En el largo plazo, dichos impactos permiten construir indicadores para dar

seguimiento a sus orígenes, sin dejar de lado el peso del contexto particular en donde tuvieron lugar, de manera que se pueda establecer la distinción entre crisis de alcance regional y global, desde el siglo XIX hasta el presente. Del estudio de las crisis, la economía, como disciplina, y, sobre todo, las corrientes más liberales han buscado lo que Paul Krugman nombró como “la domesticación del ciclo económico”, puesto que ha sido claro que los “grandes enemigos de la estabilidad del capitalismo han sido siempre la guerra y la depresión” (Krugman, 2009, p. 26). Un resultado importante de estos análisis es el cuestionamiento de la teoría del ciclo económico, en términos de la conceptualización, los alcances y la duración de las crisis, ya que estas “desborda[n] el momento típicamente asignado... dentro del ciclo” (Correa, 1984, pp. 187-188).

Si se analiza el contexto de las crisis financieras globales desde el siglo XIX hasta 2007 (ver cuadro 1), es claro que se han dado oscilaciones entre los periodos de mayor liberalización y los de mayor regulación de las finanzas internacionales por medio de factores institucionales. Si dicho análisis se lleva hasta 2007, en el largo plazo, se nota una presión por parte del capital financiero para liberarse, generar especulación y, luego de periodos de crisis, ser “rescatado” por los Estados y la institucionalidad financiera internacional.

En el sentido anterior, durante veintiún años, Reinhart y Reinhart estudiaron los montos y las tasas de crecimiento del PIB real, el desempleo, la inflación, el crédito bancario y los precios de los bienes raíces en un contexto tanto de crisis globales como específicas de algunos países, así como para los casos de la crisis de 1929, la crisis del petróleo de 1973, la crisis de los créditos *subprime* de 2007-2008 y quince crisis financieras posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Reinhart y Reinhart, 2011).

Cuadro 1
El contexto de las crisis financieras globales desde el siglo XIX hasta 2007

Periodo	Características	En América Latina
Antes de la Primera Guerra Mundial	Ambiente de globalización	
	Integración de mercados de bienes, trabajo y capital	Entre 1870-1920
	Libre movilidad del capital (muy relacionado con los <i>booms</i> de activos y las quiebras)	Primera Globalización
	Vigencia del patrón oro para fijar las tasas de cambio	"Era de las exportaciones" (Ocampo, 2004)
Periodo de entreguerras y la segunda posguerra ("Edad de oro" del capitalismo) hasta 1970	Con características similares, las crisis principales se dieron en contextos de retorno al patrón oro clásico con tipos de cambio fijos.	Entre 1930-1970
	Después de la Segunda Guerra Mundial, con el sistema de Bretton Woods, el tipo de cambio fue ajustable.	Fase de "industrialización dirigida por el Estado"
	Un mayor control del capital	(Ocampo, 2004)
	Regulación financiera	
	Pocas crisis financieras, pero frecuentes crisis cambiarias	
Después de 1970	Reaparecen las crisis financieras	
	Tipo de cambio flotante	Después de 1970
	Remoción del control de capitales	"Orden neoliberal" (Ocampo, 2004)
	Liberalización de los mercados financieros domésticos	

Fuente: Elaboración propia a partir de Bordo y Landon (2010) y Ocampo (2004).

A partir del análisis anterior, estas personas autoras ubicaron varias "décadas perdidas": la depresión de la década de 1930, la década de 1980 para el caso de América Latina y la década de 1990 respecto a Japón, y, a la vez, notaron que esa tendencia no era predominante debido al siguiente motivo:

El crecimiento del PIB y los precios de la vivienda son significativamente más bajos y el desempleo es

mayor en el periodo de 10 años posteriores a la crisis cuando se comparan estos datos con los del decenio precedente. La inflación es menor después de 1929 y en los episodios posteriores a las crisis financieras, pero claramente mayor después de la crisis petrolera (Reinhart y Reinhart, 2011, pp. 5-6).

Asimismo, el decenio anterior a las crisis fue de “relativa prosperidad...de expansión del crédito y apalancamiento creciente”. Después del colapso, “se presenta un largo periodo de recortes económicos que en la mayoría de los casos no comienza sino hasta pasada la crisis y se prolonga casi tanto como el aumento repentino del crédito” (Reinhart y Reinhart, 2011, p. 6). Es evidente que se deben contrastar estos resultados con los impactos regionales y por países de estas crisis.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, los acuerdos de Bretton Woods generaron un nuevo orden económico internacional, que posibilitó un crecimiento económico visible, así como una estabilidad del sistema financiero internacional, pero Richard Nixon decretó el fin de dichos acuerdos el 15 de agosto de 1971. De esta forma, se dio el colapso del patrón de cambio monetario del patrón dólar-oro, según el cual todas las monedas estaban vinculadas con el dólar y este, a la vez, tenía un precio fijo de US \$35 por onza, por lo que los bancos centrales podrían convertir sus reservas en lingotes de oro. La declaratoria de la inconvertibilidad del dólar en oro en medio de la guerra de Vietnam, por parte de los Estados Unidos, implicó la adopción de tipos de cambio flotantes, basados en dinero fiduciario, los cuales provocaron mucha especulación y emisiones inorgánicas, junto con el predominio del capital financiero.

El régimen de tipo de cambio flotante controlado predominó hacia 1973 y, con ese cambio, se retornó a las condiciones de la globalización previa, que incluían una política de aperturismo económico y de predominio del mercado, de manera que se reabrió el sistema económico de finanzas globales. Paralelamente, una coyuntura de inflación alta

no permitió que el sistema financiero y bancario utilizara mecanismos interventores para paliar esta situación, lo cual marcó el retorno de las crisis financieras anteriores a Bretton Woods. Dentro de este contexto, en las economías desarrolladas se vivieron crisis bancarias y en los países emergentes, crisis monetarias, pero no se generó una crisis financiera global (Bordo y Landon, 2010, p. 8).

Desde el punto de vista del investigador, estos cambios permitieron el surgimiento de la “condicionalidad cruzada”, en donde los organismos financieros internacionales funcionaron como nuevos actores con poder de veto dentro del nuevo orden económico internacional, como se verá más adelante. A partir de su creación en 1945, el Fondo Monetario Internacional ha recomendado “paquetes de medidas de austeridad económica como respuesta a las crisis financieras alrededor del mundo” (Reinhart *et al.*, 2009, p. 814).

Como ha indicado Paul Krugman, las políticas económicas anticíclicas, antes de la Segunda Guerra Mundial, no eran tales. Sin embargo, en la actualidad, existe un acuerdo en señalar que “la Gran Depresión fue precipitada por el colapso de la demanda efectiva y en que la Reserva Federal ha debido combatir la caída con grandes inyecciones de dinero” (Krugman, 2009, p. 32). Este tipo de política funcionó después de la Segunda Guerra y hacia “finales de la década de los sesenta muchos comenzaron a pensar que el ciclo económico ya no era un problema importante: incluso Richard Nixon prometió ‘afinar’ la economía” (Krugman, 2009, p. 32).

En la década de 1970 se dio una inflación muy fuerte causada, en términos de política económica, por un énfasis en la curva de Phillips, cuya interpretación indicaba que una inflación alta estaba asociada a un desempleo bajo, por lo que la recomendación era no promover políticas macroeconómicas de control de precios que podían incidir sobre el crecimiento del desempleo. Si bien esa relación puede generarse en el corto plazo, está claro que, en el largo plazo,

es inestable. Esta interpretación se mantuvo hasta los años setenta, cuando apareció el fenómeno de la estanflación, es decir, la combinación de inflación y desempleo altos. En dicho contexto se dio la conclusión de Bretton Woods y sus regulaciones, así como los *shocks* de los precios del petróleo de 1973 y 1978. Por eso, a finales de la década de 1970, Estados Unidos y otros países capitalistas centrales iniciaron las políticas de ajuste severo con miras a reducir la inflación, cuyo efecto en países periféricos fue devastador debido al peso de la deuda externa adquirida en periodos anteriores. Krugman (2009) indica que si un banco central:

Es demasiado optimista respecto de cuántos empleos se pueden crear, si pone demasiado dinero en circulación, el resultado es una inflación. Y una vez que la inflación se ha establecido profundamente en las expectativas del público sólo se la puede arrancar del sistema a través de un periodo de desempleo temporalmente alto. Agregue a ello algún *shock* externo que aumente los precios súbitamente (como una duplicación en los precios del petróleo), y obtendrá una receta para desagradables caídas de la economía, si no depresiones (p. 32).

No obstante, a finales de la década de 1980, varios autores empezaron a hablar de la “gran moderación” en el contexto de los países ricos, un periodo en el cual había disminuido la volatilidad económica, lo que implicaba una “domesticación” del ciclo de negocios por medio de políticas monetaria y fiscal, con el resultado de un mercado financiero más sofisticado y la estabilidad geopolítica como factores principales. Ellos llegaron a pensar que ese periodo sería diferente, pero las evidencias dejaron claro que, a pesar de los cambios introducidos, no fue así (Reinhart y Rogoff, 2012, p. 118). Más bien, para Reinhart y Rogoff han sido ocho siglos de “necedad financiera” (Reinhart y Rogoff, 2009; Reinhart y Rogoff, 2011).

Si se coloca la crisis de la deuda latinoamericana en un contexto global y con una visión de largo plazo, se pueden identificar patrones comunes y diferencias a través de economías nacionales, así como disparidades entre regiones, todas como características propias de la evolución económica en el sistema capitalista.

La crisis de la deuda en América Latina en contexto global: una visión de largo plazo

Víctor Bulmer-Thomas identificó que, al menos desde 1929, el “talón de Aquiles” de las economías latinoamericanas han sido los problemas en la balanza de pagos. Esa situación generó una visión clara sobre los límites del crecimiento guiado por las exportaciones, lo que permitió pensar una alternativa, la del “desarrollo hacia dentro”, con la que, en la práctica, continuaron: “Las dificultades de la balanza de pagos porque la política adoptada para favorecer la industria lesionó al sector exportador, modificando la composición de las importaciones, en dirección de los bienes complementarios, cuya demanda aumentó rápidamente, paralela al crecimiento industrial” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 375). En el contexto mundial, este estilo de desarrollo sufrió impactos directos por los cambios coyunturales a partir de la década de 1970 (ver cuadro 2).

Durante esa década, la mayoría de los países latinoamericanos tenía con un costo de la vida relativamente estable, aunque cuatro países mantuvieron aumentos en el nivel de precios por encima del 15 % anual. Hacia 1973, con la excepción de Venezuela y Honduras, hubo incrementos superiores al 5 % y, en 1974, la mayoría de los países superó el 15% anual, mientras que en Venezuela fue del 8 % (Street, 1979, p. 870). Además, para “la región en conjunto, el producto interno bruto, que había crecido a una tasa media anual de 6.7 % en el periodo de 1971 a 1974, solo aumentó 2.6 % en 1975” (Street, 1979, p. 870).

Cuadro 2
Principales cambios en el orden económico mundial que impactaron América Latina desde 1970, según Bulmer-Thomas

Cambio principal	Características
Caida del sistema de Bretton Woods (1971)	<p>Gobierno estadounidense no pudo mantener la convertibilidad de dólares a oro a un precio fijo.</p> <p>Adopción de monedas flotantes en los países industrializados</p> <p>Problemas de los países latinoamericanos para sostener tipos de cambio reales, con estabilidad, basados en el comercio</p>
Crisis del petróleo de 1973 y 1978-79: después de la guerra árabe-israelí (1973), la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) impuso cuotas de exportación y los precios del petróleo se cuadruplicaron, patrón que se repitió después de 1978.	<p>Los países latinoamericanos importadores de petróleo (con excepción de Bolivia, Colombia, Ecuador y Venezuela) sufrieron fuertes impactos en sus balanzas de pagos.</p>
Nuevos cambios en el comercio internacional (inicios de la década de 1970)	<p>Alza en salarios reales en los países desarrollados</p> <p>Alto diferencial salarial entre países desarrollados y los demás</p> <p>Empresas multinacionales y nueva división internacional del trabajo: tareas intensivas en mano de obra se hicieron fuera de los países desarrollados.</p>
Los "países recientemente industrializados" (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán)	<p>Crecimiento de exportaciones acelerado, del PIB y la flexibilidad ante choques externos</p>
Sistema generalizado de preferencias (SGP): promesa de trato preferencial para exportaciones de los países menos desarrollados (PMD)	<p>Ventana de oportunidad, limitada, para exportaciones latinoamericanas y estímulo para inversiones en operaciones de maquila y ensamble</p>
Auge de los precios en el mercado mundial	<p>Aumento de la liquidez en el mundo favoreció los precios y los términos de intercambio para algunos productos latinoamericanos.</p>

Fuente: Adaptado de Bulmer-Thomas (1998, pp. 375-378).

En Brasil, la inflación había bajado durante la década de 1960. Luego de 1973, se elevó al 13 % y llegó a alcanzar el 42 % hacia 1976. En México llegó al 22 % a finales de 1973. También se dieron casos de hiperinflación en países que habían sufrido crisis recurrentes de esta naturaleza. En Chile, el índice de precios al consumidor (oficial) se incrementó en un 334 % en 1973, un 505 % en 1974 y bajó al 375 % en 1975.

Por su parte, en Argentina:

El índice aumentó 61 % en 1973, 24 en 1974 y 183 % en 1975. En 1976, el índice argentino llegó al 443. En Uruguay, el índice aumentó 97 % en 1973, 77 % en 1974, y 82 % en 1975. Estas tasas elevadas no pueden atribuirse por completo a los efectos de la acción de la OPEP y de la recesión mundial, pero la tensión de la crisis de los combustibles fue sin duda uno de los factores (Street, 1979, p. 870).

Debido a lo anterior, algunos autores ubican en la crisis de 1973 un punto de quiebre dentro de la denominada “edad de oro” del capitalismo, que dio origen al inicio de la inestabilidad y un ciclo de crisis (Hobsbawm, 1995), lo cual puso en entredicho el predominio de la economía estadounidense en el contexto de la economía mundial. De acuerdo con Alejandro Simonoff, esta crisis:

Desarticuló el mundo de posguerra, porque liquidó la universalización del Estado de Bienestar y la estructura bipolar con sus tres mundos: el Occidental y desarrollado, el Bloque Socialista y el Tercer Mundo, como se había instituido con la derrota del Eje nazi-fascista. Explica el ascenso de la ‘nueva derecha’ en el Primer Mundo, con sus recetas políticas, económicas y culturales que dinamitaron sus contratos sociales de posguerra (Simonoff, 2021, p. 19).

Esta combinación de contextos mundiales, internacionales y regionales generó respuestas desde América Latina a partir de un repertorio de tres posibilidades de estilos de desarrollo, a veces orientadas desde las economías nacionales o los esfuerzos de integración regional:

Promoción de las exportaciones, sustitución de las exportaciones y desarrollo de la exportación de productos primarios... cada una de las cuales hizo mayor hincapié en el sector exportador y significó un cambio de la tradicional industrialización por sustitución de importaciones (ISI) (Bulmer-Thomas, 1998, p. 378).

A pesar de estas estrategias, la participación de América Latina en las exportaciones mundiales descendió de 4,9 % en 1970 a 4,6 % en 1980 (Bulmer-Thomas, 1998, p. 378). Fue aquí donde el discurso del neoliberalismo, de manera ortodoxa, planteó la existencia de una única alternativa, con un sesgo en el lado de la oferta.

Es importante resaltar que, durante el siglo XX, América Latina había realizado un esfuerzo fiscal que se quedaba corto para atender las necesidades sociales y responder a las crecientes demandas del sector privado en términos de inversión pública, lo que favoreció a la inversión privada. Desde el siglo XIX, el sector agrario esquivó el impuesto sobre la tierra con el efecto consecuente de una carga fiscal basada en impuestos indirectos de carácter regresivo. Luego, en el siglo XX, el sector privado no pudo evitar la introducción del impuesto sobre la renta, pero la fuerza de la evasión y las exenciones marcaron una progresividad en el papel y no en la realidad (Bulmer-Thomas, 1998, p. 408).

A esta debilidad histórica y estructural en material fiscal, se le debe sumar el peso de la inflación y el crecimiento del sector informal, que hicieron bajar el valor real de las

recaudaciones y las dejaron por fuera de la declaración oficial de las actividades económicas crecientes. Ante esta situación, una alternativa era la obtención de créditos, aunque a nivel interno había pocas posibilidades por la debilidad de los mercados de capitales y, a nivel internacional, hasta antes de la década de 1970, los mercados financieros tenían un acceso limitado. De aquí surgió la posibilidad de la expansión de las empresas propiedad del Estado (EPE) de nuevo cuño, con la finalidad de incrementar la acumulación del capital y la inversión pública, lo que implicó, inclusive, la absorción de bancos privados en quiebra, porque “antes de los ochenta sólo Costa Rica...y Cuba...habían establecido un monopolio estatal de los depósitos bancarios” (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 411-412). Los resultados de la estrategia fueron dispares: sí se generó formación de capital en la región, pero el esfuerzo no pudo ser sostenible.

Se había consolidado otra estrategia de desarrollo: la del crecimiento basado en la deuda (Bulmer-Thomas, 1998, p. 416). Después de la segunda posguerra y hasta 1968, los principales orígenes de financiamiento externo provenían de fuentes oficiales, al grado que, hacia 1968, representaban el 60 % de la deuda pública externa latinoamericana. Estas podían ser de carácter bilateral o multilateral, en donde las últimas crecieron en importancia desde el establecimiento del Banco Mundial (1944), el Fondo Monetario Internacional (1945) y el Banco Interamericano de Desarrollo (1961).

Si bien América Latina había incumplido con sus deudas en la década de 1930, lo que no la hacía una fuente segura para el otorgamiento de créditos, esta situación varió en la década de 1960 por dos factores: la proliferación de instituciones crediticias (hasta 500), lo cual diluyó el riesgo, y la exigencia de primas altas y la adopción de tasas de interés flexibles, con lo que los créditos se convirtieron en lucrativos (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 417-418). Además de los bancos, otras instituciones otorgaron créditos que

no fueron dirigidos únicamente al sector público. La deuda latinoamericana creció desde finales de la década de 1960, pero hasta la segunda crisis del petróleo:

Era sostenible, porque la tasa nominal de interés sobre la deuda estaba por debajo de la tasa de crecimiento nominal de las exportaciones... La segunda crisis petrolera fue un parteaguas en la administración económica global. Los países desarrollados cayeron en recesión, arrastrando a la baja el precio de los bienes y provocando un marcado deterioro... Pero esta vez los países desarrollados atacaron sus desequilibrios estructurales por medio de una severa política monetaria, elevando la tasa mundial de los intereses a niveles astronómicos. Al llegar a 1981 la tasa base de Londres y Nueva York era de más del 16%, lo que hizo subir la tasa de los intereses correspondientes a la deuda con los bancos cerca de 20% (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 420-421).

A pesar del contexto descrito, los acreedores continuaron otorgando créditos, de tal manera que entre “finales de 1979 y 1982 la deuda latinoamericana pasó de 184 mil millones a 314 mil millones de dólares. Como era de prever, la relación entre deudas y exportaciones se deterioró muy pronto” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 422), mientras que las importaciones crecieron más del doble, así como el déficit en cuenta corriente. Además, en el contexto global, se vivió la desaceleración económica en los países industrializados y una recesión en los Estados Unidos. Stallings (2014) plantea lo siguiente:

Préstamos a gran escala de bancos privados a prestatarios de América Latina comenzaron a principios de los años setenta y se aceleraron después de la primera crisis del petróleo en 1973. Formaban parte del proceso de reciclaje de los petrodólares, por el

que los países de la OPEP depositaban en bancos internacionales sus ingresos por la venta del petróleo, que habían crecido enormemente, y esos bancos, a su vez, los empleaban en países en desarrollo (p. 61).

Paralelamente, la pérdida de confianza y la posibilidad de una devaluación monetaria fomentaron la fuga de capitales:

En su mayor parte ilegal...No obstante, acreedores y deudores por igual ignoraron todas las señales de alarma hasta que fue demasiado tarde. Costa Rica y Nicaragua se enfrentaron a graves problemas de deuda en 1980, pero en general se consideró que esto no tenía mucha importancia para el resto de América Latina...Al principio, el deterioro generalizado de la relación entre el servicio y la deuda y entre ésta y las exportaciones no causó alarma (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 422-423).

La alarma llegó en 1982: en agosto, el Gobierno mexicano amenazó con no cumplir el pago de la deuda externa pública, lo que se desencadenó la crisis de la deuda. Varios países no pudieron pagar su servicio y esta situación afectó a los bancos estadounidenses (Chase, Citibank) que habían girado créditos, lo cual dio pie a una crisis bancaria que se extendió a los países dependientes. Dicha crisis bancaria se transformó en una crisis financiera global entre 1982 y 1984 (Bordo y Landon, 2010, p. 9). Esta situación, que algunos autores han denominado como el “régimen de la deuda”, no era nueva en América Latina. Paul Krugman indicó que, en la región, durante décadas, se conjugaron crisis monetarias con quiebras bancarias y procesos de hiperinflación. En estas, el contexto sociopolítico interno jugó un papel fundamental con una tendencia al “populismo macroeconómico”, que se dio cuando:

Unos gobiernos democráticamente elegidos pero débiles alternaban con regímenes militares fuertes, ambos dedicados a comprar el apoyo popular con programas populistas que no tenían cómo pagar. Con el fin de financiar estos programas, los gobiernos acudían ya fuera al endeudamiento con negligentes banqueros extranjeros cuyo resultado final era una crisis en la balanza de pagos y el no pago de la deuda, o bien a la imprenta, generando como resultado final una hiperinflación (Krugman, 2009, p. 41).

La tendencia de largo plazo del “régimen de la deuda” en América Latina había sido planteada por Carlos Marichal en su libro clásico sobre la historia de la deuda externa en la región (Marichal, 1988). Reinhart *et al.* (2009) detectaron coyunturas críticas en los decenios de 1820, 1870, 1930 y 1980.⁷ Algunas veces, estos “países han incurrido en una suspensión de facto de los pagos de sus pasivos internos, mediante una inflación alta [de más del 40%] o hiperinflación” (Reinhart *et al.*, 2009, p. 825). Estos autores señalan que la:

Suspensión de pagos puede convertirse en un modo de vida. En el periodo de 175 años comprendido entre 1824 y 2001, los pagos de las deudas de Brasil y Argentina estuvieron suspendidos o en proceso de reestructuración durante una cuarta parte del tiempo, los de Venezuela y Colombia, durante casi 40% del tiempo y los de México, durante casi la mitad de todos los años a partir de su independencia. En promedio, los morosos recurrentes tuvieron tasas de inflación de más de 40% también durante alrededor de una cuarta parte del tiempo (Reinhart *et al.*, 2009, p. 825).

7 Para consultar un cuadro comparativo de las crisis financieras entre 1618 y 1998 cfr: Kindleberger y Aliber (2005, pp. 256 y siguientes).

De acuerdo con estos autores, en América Latina, entre 1820 y 2009, hubo varios periodos de crisis de deuda, los cuales, al analizarlos de manera comparada, dejan visible una tendencia de largo plazo a la “intolerancia de la deuda”, en donde, según los acreedores, una propensión hacia un aparente nivel de deuda manejable ha ido acompañada de inflación y un historial de pagos inestable por el elevamiento en los montos de la deuda, la salida de capitales, la evasión fiscal, entre otros factores, que determinan la intolerancia en contextos de mayor o menor estabilidad macroeconómica y de niveles diferenciados de dolarización de la economía (Reinhart *et al.*, 2009, pp. 821, 828 y 865). Esta posición ha sido criticada, por lo que es necesario investigar más casos con evidencia empírica complementaria, dado que el argumento, si se toma de manera tajante, justifica las políticas de austeridad recomendadas por el Fondo Monetario Internacional (Herndon *et al.*, 2013).

Es más, al analizar el rango de la relación entre deuda/PNB en el momento de suspensión de pagos, entre 1970 y 2008, los autores precitados encuentran que, en un 32,3 % de los casos, el rango era del 41 % al 60 %, pero que, en un 19,4 %, este era de menos del 40 %, mientras que, en un 16,1 %, el rango era de 61 % a 80 %; en un 16,1 %, del 81 % al 100 %; y, en un 16,1 %, de más del 100 %. En el primero de los rangos, se ubicó el 30 % de las suspensiones de pago o las reestructuraciones de la deuda; en el segundo, el 17 %; en el tercero, el 23 %; en el cuarto, el 13 %; y en el de más del 100 %, se ubicó el 17 % (Reinhart *et al.*, 2009, pp. 818 y 831).

Sobre el riesgo de otorgar créditos por parte de instituciones financieras internacionales, es claro que sus estrategias y el historial de la deuda de los países son relevantes para determinar las tasas de interés debido a la vulnerabilidad relativa que puede llevar al cierre del crédito internacional que origina crisis. En este sentido, una pregunta importante, con perspectiva transnacionalista, es: “¿por qué los mercados

otorgan préstamos repetidamente a países con intolerancia a la deuda hasta el punto en que el riesgo de un evento de crédito adquiere importancia?” (Reinhart *et al.*, 2009, pp. 822-823). Para Reinhart *et al.* (2009) es claro que esta práctica financiera tiene que ver con el ciclo de los mercados de capitales, dado que el negocio de prestar a países emergentes responde a las señales de dicho mercado: en periodos de auge prestan y en periodos de crisis recortan los créditos. Sin embargo, para los países emergentes, los periodos de crisis producen:

Paros repentinos y perjudiciales. En cuanto a la complicidad de los países respecto al problema, solo se puede concluir que a lo largo de la historia muchos gobiernos han sido demasiado miopes (o demasiado corruptos) como para internalizar los graves riesgos del endeudamiento excesivo. Además, en la era moderna, las instituciones multilaterales fueron demasiado complacientes (o tuvieron muy poco apalancamiento) cuando las cosas parecían estar yendo bien. Por ende... para los países con intolerancia a la deuda es probable que sea deseable encontrar mecanismos que limiten la deuda externa, ya sea por medio de cambios institucionales de parte del deudor, o de cambios en el sistema jurídico o regulatorio del país acreedor (Reinhart *et al.*, 2009, pp. 822-823).

En 1986 se produjo la tercera crisis del petróleo, con características diferentes respecto a las dos anteriores. Esta se originó cuando:

Arabia Saudí y Kuwait quisieron obtener más ingresos, por lo que aumentaron su cuota de mercado. Los precios del petróleo bajaron acusadamente. En abril los precios al contado del crudo se aproximaron a los 10 dólares el barril, es decir, bajaron un sesenta por ciento

con respecto a los de diciembre de 1985, pero éste siguió comprándose a 15-17 dólares. Estados Unidos no quería que el precio fuera de 10 dólares el barril... por miedo a la repercusión que pudiera tener en los productores nacionales, por lo que los saudíes aceptaron fijando un precio de 18 dólares (Foreman-Peck, 1995, p. 437).

Ya hacia el inicio de 1990, el precio del barril de petróleo volvió a subir y se cotizó en 20 dólares:

Pero la OPEP sobrepasó las cuotas y la desaceleración de la actividad mundial permitió que los precios volvieran a bajar. Sin embargo, en el verano de 1990 Irak invadió Kuwait con el fin de obtener mayores ingresos del petróleo para mantener sus enormes gastos militares. El precio se duplicó en septiembre, pero los saudíes aumentaron su producción en 3 millones de barriles diarios y, de todas formas, la demanda estaba descendiendo. El mercado mundial del petróleo estaba para entonces tan transformado que la crisis política no se convirtió también en una crisis energética (Foreman-Peck, 1995, pp. 437-439).

La década de 1990 presentó tres crisis financieras regionales: la de Europa en 1990-91, la “crisis del tequila” mexicana en 1994 y la crisis asiática de 1997-98 (Bordo y Landon, 2010, p. 9). Es evidente que los diferentes tipos de crisis se relacionan. Las crisis gemelas (*twin crises*) conjugan las crisis del tipo de cambio con las crisis bancarias y su efecto combinado es mucho más fuerte. Una crisis de tipos de cambio se genera por una depreciación de la moneda o cuando un banco central trata de prevenir la depreciación, usando sus reservas o incrementado las tasas de interés, lo que provoca una disminución de las primeras o un incremento muy elevado de las segundas (Jing, 2015, pp. 267-268).

Ahora, teniendo en cuenta este contexto transnacional/global, es importante clarificar los rasgos económicos de la crisis de la década de 1980 en América Latina, para así comprender el contexto regional de la denominada “década perdida”.

El caso de América Latina en la década de 1980 y la concepción de la “década perdida”

Según Alicia Bárcena, convencionalmente, agosto de 1982 se señala de la siguiente manera:

El inicio de la denominada ‘década perdida’ para el desarrollo latinoamericano. En esa fecha, México declaró la moratoria (a la postre temporal) de su deuda externa, dado que tanto las condiciones internas como las externas habían cambiado en forma drástica, elevándose la carga de intereses y amortizaciones a niveles que le hacían imposible continuar con el servicio en los términos originalmente acordados. Pero este no era el único caso; ya en julio de 1981 Costa Rica había declarado la moratoria de su deuda externa (Bárcena, 2014, p. 9).

La crisis de 1980 “fue una crisis del mundo en desarrollo e incluso de ciertas regiones, específicamente de América Latina y África” (Ocampo, 2014, p. 22). Durante las décadas de 1970 y 1980, los regímenes neoliberales aparecieron de manera temprana en América Latina, vinculados con las dictaduras militares en países como Chile y Argentina. En términos ideológicos, estratégico-militares y económicos, estos recibieron la influencia de los Estados Unidos y fueron orientados por las ideas de los *Chicago Boys*. Por lo tanto, estos regímenes tuvieron fuertes impactos económicos, sociales, políticos, culturales y ambientales, que Demmers *et al.* (2004) han sintetizado:

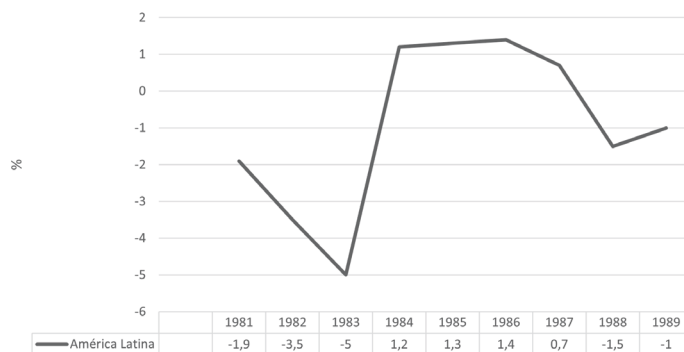
La iniciativa y la continuidad de las políticas neoliberales fueron en gran medida ‘de cosecha propia’, tanto en las crisis económicas nacionales como en una respuesta política nacional. Este neoliberalismo temprano fue introducido por dictaduras militares violentas y anticomunistas (Chile 1973, Argentina 1976, Bolivia 1982). Con el neoliberalismo, la idea de la ISI de que desarrollo equivalía a industrialización fue reemplazada por un concepto de desarrollo equivalente a crecimiento económico, acabando así con la posición protagónica de la clase obrera. Y con la síntesis ideológica de la doctrina de la Seguridad Nacional y el neoliberalismo las juntas habían encontrado un instrumento eficaz para la eliminación física de los herederos intelectuales del keynesianismo y del socialismo. Otros países latinoamericanos experimentaron cambios internos dentro del partido gobernante (populista) durante la década de 1980, lo que resultó en el debilitamiento de la facción keynesiana y el surgimiento de un gobierno neoliberal y tecnocrático. Esta forma de neoliberalización del régimen político y económico tuvo su punto de partida dominante en el ámbito internacional, con la rápida expansión de la crisis económica y de la deuda en la década de 1980 (Demmers *et al.*, 2004, p. 19) (traducción libre).

Específicamente, para América Latina, ha sido estudiado que la crisis económica de 1980 y la depresión de toda la década solo se puede comprender si se toma en cuenta la vinculación de varios factores desencadenantes: “reducción de los ingresos derivados de las exportaciones, de las inversiones públicas y del acceso al mercado internacional de capitales; disminución y reorientación de la producción industrial; presiones inflacionistas y agravamiento de la deuda externa” (Aracil *et al.*, 1998, p. 465).

Los precios de los productos principales de exportación, al igual que en otras coyunturas críticas, cayeron con pocas excepciones. Los términos de intercambio cayeron casi un 25 % entre 1981 y 1989 y no creció el comercio interregional. La participación de la industria en la producción de riqueza bajó del 25,2 % en 1980 al 23, 8 % en 1989. La inversión pública se desplomó y se cerró el acceso al mercado mundial de capitales. Más que una desindustrialización:

América Latina conoció durante esta década una reorientación de su aparato industrial: protegido y orientado hacia la demanda interior, se puso a producir para la exportación. Paralelamente, el paro del crecimiento, la disminución y reorientación industrial y el agravamiento del problema de la deuda externa... fueron acompañados por fuertes presiones inflacionistas (Aracil *et al.*, 1998, p. 466).

Gráfico 3
América Latina: evolución del PIB per cápita entre 1981-1989 en %



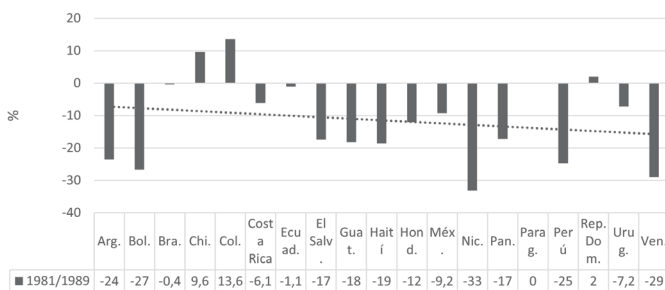
Fuente: Elaboración propia a partir de Aracil et al. (1998, p. 465) y Dabène (1991, p. 167).

El PIB per cápita de la región latinoamericana tuvo una caída muy fuerte entre 1981 y 1983, aunque mostró una recuperación

de 1984 hasta 1986, con una tendencia que no pudo ser sostenida, por lo que empezó a caer nuevamente a partir de 1987, para volver a bajar entre 1988 y 1989 (ver gráfico 3).

Al interior de la región, el comportamiento de las economías fue diferenciado. Nicaragua, Perú, Argentina, Bolivia y Venezuela sufrieron el impacto más negativo. En Nicaragua, el PIB per cápita cayó en un -33 %. En general, con la excepción de Colombia, Chile y República Dominicana, que mostraron un crecimiento económico moderado, todos los países evidenciaron un decrecimiento importante en términos de este indicador (ver gráfico 4).

Gráfico 4
América Latina: evolución del PIB per cápita
por países entre 1981-1989 en %



Fuente: Elaboración propia a partir de Aracil *et al.* (1998, p. 466) y Dabène (1991, p. 167).

Convencionalmente, se ha indicado que dos fenómenos forzaron, en términos transnacionales, esta situación. El primero fue la tendencia a financiar los proyectos de desarrollo a partir del endeudamiento externo, de carácter público, junto con la inversión extranjera directa por parte de empresas transnacionales y multinacionales. En el periodo comprendido entre 1950 y 1965, según Aracil *et al.* (1998), el capital estadounidense se multiplicó por tres en la

industria de América Latina; ya a principios de la década de 1970, había presencia de filiales de empresas del norte de América y Europa. A estos factores se sumó el peso de la deuda y el alza de los intereses:

A partir de 1980, primero por la administración Reagan y después por todo el mundo, lo cual significó un brusco aumento de las cantidades a reembolsar, es decir, del servicio de la deuda. Así, el Libor, principal índice de los préstamos latinoamericanos pasó de una media del 8% entre 1970 y 1979 al 14,4% en 1980 y al 16,5% en 1981. Además, las monedas latinoamericanas estaban en general fuertemente sobrevaloradas durante los años sesenta. Cuando se realizaron los ajustes...éstos provocaron fuertes desequilibrios de las balanzas comerciales que se fueron compensando también mediante préstamos (Aracil *et al.*, 1998, pp. 468-469).

Ante esta situación, las divisas debieron orientarse al pago de intereses y la amortización del principal de los préstamos, lo cual obligó a conseguir préstamos de carácter compensatorio y renegociar deuda; además, debido al déficit en la balanza de pagos, de naturaleza creciente, los países tuvieron que restringir las importaciones para incrementar los ingresos provenientes del comercio exterior. En el contexto global, otro factor generó crisis: la caída en los precios de las materias primas, que se registró desde 1981. Esto redujo los ingresos por concepto de exportaciones y restringió la posibilidad de realizar compras en el exterior. Hubo déficit en la balanza comercial y la balanza de pagos, mientras que la inflación se incrementó. También se abrió la puerta para la “condicionalidad cruzada”, es decir:

La limitación de importaciones permitió el desarrollo de la industrialización por sustitución de importaciones,

ésta se hizo en detrimento del consumo, lo que acentuó las tensiones sociales, porque para luchar contra la degradación financiera y los riesgos de una bancarota, numerosos gobiernos impusieron políticas de austeridad draconianas. Otros acabaron por rechazar el pago de los vencimientos o reclamaron al FMI préstamos, que este no concedía si no era a cambio de comprometerse con la realización de una política liberal muy estricta (Aracil *et al.*, 1998, pp. 470-471).

La primera vez que se utilizó el concepto de “década perdida” fue en Gran Bretaña para caracterizar la primera década posterior a la segunda posguerra: 1945-1955. En el caso de América Latina, este concepto se empleó para designar al periodo 1980-1990. La “década perdida”, término que se usó hacia mediados de la década de 1980, parece marcar el final de la estrategia desarrollista de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), creada en 1948, que sucumbió ante el neoliberalismo global. La evidencia que sustentó la adopción del concepto fue un ejercicio de simulación realizado por el organismo, el cual arrojó el siguiente resultado: la situación económica de América Latina en 1990 sería similar a la de 1980, por lo que se habría perdido una década de crecimiento económico (Estefanía, 1984, s.p.).

Como puede notarse, la recesión económica de 1980 llegó a América Latina transmitida por una combinación de factores de carácter estructural y de política económica, que impactaron tanto a los países ricos como a los pobres. Entre estos factores, se pueden citar, según Carlos Moneta, lo siguientes:

Las políticas antiinflacionarias y de ajuste (vinculadas en parte a los desequilibrios creados por los incrementos del precio internacional del petróleo en 1979-1980) y las medidas de estabilización que han aplicado los países industrializados tras varios años de muy bajas tasas de crecimiento

de su producto; las tasas de interés en los mercados internacionales de capital; el resurgimiento de las políticas proteccionistas aplicadas por los países de la OCDE; el aumento del valor de las manufacturas y la disminución de los precios de los productos básicos (Moneta, 1983, p. 548).

Esta situación justificó la aplicación de modelos monetaristas:

De apertura externa a la economía internacional; la creencia en una recuperación del sistema económico mundial que facilitaría el pago de la deuda con mayores exportaciones; la canalización de grandes recursos financieros a la compra de armamentos y a la adquisición de bienes de consumo prescindibles y, en general, una inadecuada utilización de los recursos (Moneta, 1983, p. 548).

En 1981, Enrique Iglesias, secretario general de la Cepal, declaró lo siguiente:

Mil novecientos ochenta y uno ha sido el peor año para la economía latinoamericana desde 1945: escaso crecimiento, alta inflación, déficit sin precedentes de la balanza por cuenta corriente y de la balanza de pagos, extraordinario incremento del endeudamiento exterior, etcétera. El único dato positivo ha sido el incremento de las exportaciones (Estefanía, 1981).

Sobre esta situación (ver cuadro 3) incidía el contexto económico global debido al estancamiento, en donde los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), originada en 1961, crecieron alrededor del 1 %, mientras que el producto mundial osciló cerca del 1,5 %. En 1980, el volumen del comercio mundial había crecido el 1,5 % y, para 1981, se proyectaba un crecimiento nulo (Estefanía, 1981).

Cuadro 3
El impacto de la situación económica mundial y los factores internos
sobre la economía latinoamericana en 1981

Indicador	Comportamiento
Ritmo de crecimiento económico	1,2 %. Esta tasa fue mucho más baja que la del año anterior (5,8 %) e inferior a la que se había registrado en los anteriores 35 años.
Tasa media de aumento de los precios al consumidor	Cercana al 60 %
Déficit por cuenta corriente de la balanza de pagos	\$33 700 millones de dólares (para 1980 fue de \$28 000 millones de dólares), mientras que el ingreso neto de capitales fue de \$31 800 millones de dólares. Es importante tomar en cuenta que la balanza global de pagos, entre 1963 y 1979, había tenido superávit.
Endeudamiento externo	La deuda externa bruta llegó a casi \$240 000 millones de dólares con un aumento del 15 % respecto a 1980. Se duplicó con respecto al monto de cuatro años antes.
Volumen de las exportaciones	Este fue un indicador positivo, porque, a pesar de la contracción del comercio mundial, las exportaciones crecieron un 11 % con respecto a 1980.

Fuente: Tomado de Estefanía (1981).

Sobre esta situación (ver cuadro 3) incidía el contexto económico global debido al estancamiento, en donde los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), originada en 1961, crecieron alrededor del 1 %, mientras que el producto mundial osciló cerca del 1,5 %. En 1980, el volumen del comercio mundial había crecido el 1,5 % y, para 1981, se proyectaba un crecimiento nulo (Estefanía, 1981).

En América Latina, las economías más fuertes tuvieron caídas superiores al promedio. Brasil, que representaba casi la tercera parte del producto de la región, vio decrecer su actividad económica en un 3 %, mientras que, en 1980, había aumentado en un 8 %. Argentina, con alrededor de la décima parte de la producción de la región, vio su PIB

disminuido en un 6 % y la producción industrial en un 15 %. México y Paraguay tuvieron un comportamiento diferente. En el primer país, el PIB se incrementó en un 8 %, al seguir un ciclo de crecimiento que se había iniciado en 1978, fundamentado, sobre todo, en la producción y la exportación de petróleo. Por su parte, Paraguay aumentó un 8,5 % (para 1980 lo había hecho en un 11 %) y Chile un 5 %, con lo que cerraba un ciclo de crecimiento originado en 1976. Finalmente, Cuba aparecía como un “milagro económico”, puesto que había crecido un 1,7% como promedio entre 1979 y 1980, pero, en 1981, su tasa de fue de cerca del 10 %, un incremento basado en la actividad cañera y la producción manufacturera (Estefanía, 1981).

Dentro de este contexto, no hay que perder de vista que la participación de los países subdesarrollados en las exportaciones agrícolas cayó del 53 % en 1950 al 31 % en 1980, mientras que Estados Unidos se consolidaba como el granero mundial. En 1980, este país exportaba el 36 % del trigo, el 70 % del maíz y el 59 % de la soya. Paralelamente, la seguridad alimentaria mundial se erosionó en los países subdesarrollados, con excepción de América Latina (McMichael, 2004, p. 53).

En 1981, la crisis para América Latina era clara. Se presentó un bajo crecimiento económico, que no llegó al 1,2 %, lo cual hizo visible que el ciclo de bonanza económica de la segunda posguerra ya no era tal; una alta inflación fue el detonante de una situación que se tornaría muy difícil. La inflación se incrementó desde 1978 y llegó al 60% en 1981. En términos históricos, las economías latinoamericanas se dividían en dos: las que padecían procesos inflacionarios fuertes y las que presentaban procesos moderados. La inflación de Argentina fue del 12 % y la de Brasil de un 100 %, mientras que, en el otro extremo, la de República Dominicana fue de 6,6 % y la de Panamá del 5,6 % (Estefanía, 1981).

De acuerdo con Joaquín Estefanía, como analista que vivió el proceso, ante estos signos, era interesante indicar

que Iglesias no tenía una visión pesimista, porque, desde ese momento, empezó a comparar dichos indicadores con la crisis capitalista que había golpeado al sistema de manera más contundente durante el siglo XX: la crisis de 1929 y la depresión de la década de 1930. Según este economista, en 1981, los indicadores eran menos negativos y, además, existían posibilidades de “maniobra” para contrarrestar el impacto de los cambios en la economía mundial. Evidentemente, en este punto de vista pesaba la posición de la Cepal, de carácter estatista, que favorecía una política económica intervencionista y a veces proteccionista, lo que ponía de manifiesto la idea de que se podía incidir sobre el comportamiento del mercado (Estefanía, 1981).

Sin embargo, el impacto de estos factores externos, en combinación con los internos, más bien abonó el terreno para que el neoliberalismo pasara a ser la teoría/ideología económica que, mediante el ataque al enfoque cepalino, llegó a depositar toda su confianza en el mercado, como la fuerza motriz del crecimiento económico para solventar una crisis. Eso sí, después de 1980, el surgimiento de un nuevo orden económico mundial acompañó al mercado en esta situación, junto con una institucionalidad que buscó “regular” su funcionamiento.

Hacia 1984, con base en datos de 1983, otros organismos internacionales empezaron a diagnosticar los efectos, que algunos interpretaban a la vez como las causas, de la situación de crisis económica latinoamericana. La Organización de las Naciones Unidas (ONU), creada en 1945, identificó tres factores principales para la crisis latinoamericana:

El agravamiento de la crisis que se inició en 1981; el notable esfuerzo de ajuste realizado por muchas de las economías de la región para reducir los desequilibrios externos generados en años anteriores, y la extraordinaria contracción que sufrió el

ingreso de capitales, de modo que una región en vías de desarrollo, en lugar de recibir una transferencia de recursos del exterior, efectuó una transferencia de recursos hacia el resto del mundo. El resultado de estas tres tendencias es un *sobreajuste* que...[llevó] a la mayoría de los habitantes de la región (369 millones de personas) a situaciones de pobreza crónica y en muchos casos a situaciones de extrema miseria (Estefanía, 1984, s.p.).

El PIB de América Latina bajó un 2,8 % en 1983 (en 1981 había crecido un 1,5 % y en 1982 había bajado un 1 %); la inflación siguió creciendo, aumentó el desempleo y cayeron los salarios reales. Por su parte, el PIB per cápita, entre 1981 y 1983, descendió por encima del 5 % y ese descenso se manifestó en 16 de los 19 países de la región a los que daba seguimiento la Cepal. En esos años hubo un superávit comercial, que se explica no por el aumento en el valor de las exportaciones, sino, más bien, por la contracción en el volumen de las importaciones. Este superávit comercial financió buena parte de los pagos de intereses y utilidades, además de las reservas internacionales acumuladas en los años anteriores.

América Central, en este contexto regional, tuvo una reducción en su crecimiento económico, lo cual fue agravado, y a veces causado, por la combinación con la crisis social y política. En aquel año, los casos que padecían las mayores consecuencias sociales, políticas y económicas de la situación eran El Salvador y Nicaragua. En el primer país, el PIB disminuyó en un 9 %, tanto en 1980 como en 1981, mientras que, en Nicaragua, el producto global había crecido un 6 % (en contraste con un 11 % en 1980), pero luego de que había caído casi un 30 % entre 1978 y 1979 (Estefanía, 1981).

Los cambios en la economía global impactaron la región centroamericana a finales de la década de 1970 e inicios de

la de 1980. La subida en los precios del petróleo, la inflación y el deterioro del Mercado Común Centroamericano se combinaron con el impacto social de desastres naturales como el terremoto de Managua de 1972; todo esto redujo los ingresos reales y los niveles de empleo de la clase trabajadora, así como de algunos sectores de cuello blanco. También se consolidaron nuevas elites económicas regionales asociadas con el capital transnacional, que, en varios países, apostaron por el apoyo al autoritarismo (Booth, 2000, pp. 67 y 69).

Cuando América Central suspendió los pagos de la deuda externa, esta fue la situación en los países de ingreso medio. Costa Rica lo hizo en 1981, con un cociente deuda externa/PNB de 136,9 y un cociente deuda externa/exportaciones de 267; Honduras lo realizó en 1981, con un cociente deuda externa/PNB de 61,5 y un cociente deuda externa/exportaciones de 182,8; y Panamá lo efectuó en 1983, con un cociente deuda externa/PNB de 88,1 y un cociente deuda externa/exportaciones de 162 (Reinhart *et al.*, 2009, p. 830). Por lo tanto, las crisis, específicamente la de la deuda, no se originan solo en la relación norte-sur, sino que sobre estas inciden de manera directa la distribución del ingreso, la riqueza y las desigualdades sociales, las cuales han generado una desigualdad histórica en América Latina. La crisis de la deuda sí presentó dos particularidades con respecto a las crisis anteriores: el hecho de estar centrada en la balanza de pagos y el equilibrio de los flujos del endeudamiento internacional (Díaz-Alejandro, 1984, p. 337).

Como plantea Gootenberg:

En el transcurso de las décadas de 1980 y 1990, en la región se profundizaron las brechas sociales durante la llamada década perdida del desarrollo, sin que se vislumbraran señales de mejoría a comienzos del siglo XXI. La desigualdad de América Latina

es un paradigma inquietante de la capacidad de adaptación que distingue a los sistemas sociales opresivos y disfuncionales (Gootenberg, 2004, p. 10).

Asimismo, el antiguo modelo de crecimiento:

Basado en el papel central del Estado en el proceso de acumulación de capital, fue atacado, por un lado, por la reducción de flujos de capital hacia empresas de propiedad estatal (EPE) y, por otro lado, por un nuevo consenso en favor de la economía neoliberal y la menor intervención del Estado... El nuevo modelo de crecimiento guiado por las exportaciones surgió, en parte, como respuesta pragmática a la serie de ajustes y programas de estabilización adoptados en todos los países durante la década de 1980 (Bulmer-Thomas, 1998, p. 424).

De esta forma, se fomentaron las exportaciones, tendencia que ya venía desde la década de 1960, pero que se agudizó al no poder conseguir créditos del exterior, por lo que los Gobiernos latinoamericanos tuvieron que lidiar con problemas derivados del déficit fiscal y una reforma fiscal proyectada; la ineficiencia de las empresas propiedad del Estado; y la política de subsidios desmedidos. El nuevo modelo de crecimiento reflejó:

Un consenso, sin precedentes entre las instituciones financieras internacionales (IFI), los académicos y los gobiernos de los países desarrollados en favor del libre mercado, la liberalización comercial y financiera y la privatización de las empresas públicas. Esta ortodoxia, pese a sus frágiles fundamentos teóricos y empíricos, abrumó a quienes en América Latina apoyaban la política hacia adentro y el Estado intervencionista (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 424-425).

Además, la “condicionalidad cruzada” implicó el ajuste de los países deudores, en la renegociación de sus deudas, a los criterios del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y los Gobiernos acreedores. Estas reglas se concretaron en el denominado “consenso de Washington”, sobre el que se profundizará más adelante, a lo que sumó la fuga de capitales.

Ante la crisis y las medidas para aumentar las exportaciones y reducir las importaciones, que tuvieron como uno de sus resultados negativos la incentivación de nuevos créditos, Estados Unidos, como principal acreedor, diseñó el Plan Baker, denominado así porque fue presentado por el secretario del Tesoro, James Baker, en la asamblea del FMI, celebrada en Seúl, Corea, en 1985. Según este, iba a ser necesario que se otorgaran 30 mil millones de dólares en préstamos nuevos, dirigidos a los quince países con mayor deuda, en su mayoría latinoamericanos. Dicha cantidad de dinero sería distribuida de la siguiente manera:

20 mil millones serían aportados por los bancos comerciales, y 10 mil millones por las...[instituciones financieras internacionales]. Pero los recursos requeridos por estas 15 naciones, que luego serían 17 cuando se incluyó a Costa Rica y Jamaica, eran mucho mayores de lo que se proponía en el plan...Además, Baker no pudo entregar los aumentos previstos de los acreedores oficiales o privados, por lo que la transferencia neta de recursos a partir de 1985 siguió siendo negativa (Bulmer-Thomas, 1998, p. 433).

Los objetivos de este plan se introdujeron “por primera vez en México y Costa Rica a fines del decenio de los ochenta” (Reinhart *et al.*, 2009, p. 857). Los bancos acreedores fueron conformando un mercado secundario internacional de los títulos de deuda externa, de carácter informal, en el que remataban sus títulos o pagarés de deuda, por debajo

de su valor nominal (Villamonte Blas, 2013). Según planteó Bulmer-Thomas, pese al fracaso del Plan Baker:

Los acreedores tuvieron que mantener la ficción de que la estrategia funcionaba y que el valor de la deuda en el mercado era el mismo que el valor a la par. Aunque las regulaciones bancarias variaban de un país a otro, todas tenían un rasgo común: si no se pagaban a tiempo los intereses, los activos de garantía se declararían de 'valor reducido'. Varias pequeñas repúblicas latinoamericanas (especialmente Bolivia, Costa Rica y Nicaragua), pese a las reprogramaciones, habían incurrido en constantes incumplimientos... Como resultado, el valor de la deuda externa pública en el mercado secundario siguió siendo de más del 50% para todos los países, salvo para un puñado cuyas deudas estaban atrasadas... La ficción se mantuvo hasta febrero de 1987, cuando Brasil... declaró una moratoria unilateral (Bulmer-Thomas, 1998, p. 433).

Un repertorio de medidas compartidas de política económica tuvo resultados pobres y, algunas veces, contradictorios (ver cuadro 4). La combinación de la promoción de exportaciones y la restricción de importaciones, así como la devaluación nominal del tipo de cambio:

Se llevó al punto de garantizar una real depreciación efectiva del tipo de cambio (DETC), como desincentivo para las importaciones y, simultáneamente, un impulso para las exportaciones. A mediados de la década...las únicas naciones que habían experimentado una revaluación real de la moneda eran las que seguían comprometidas con un tipo de cambio fijo nominal (El Salvador, Haití, Honduras y Panamá) y las que sufrían hiperinflación (Bolivia, Nicaragua) (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 439-440) (ver gráfico 5).

Cuadro 4
América Latina: medidas de ajuste interno y estabilización
ante la crisis de 1980, según Bulmer-Thomas

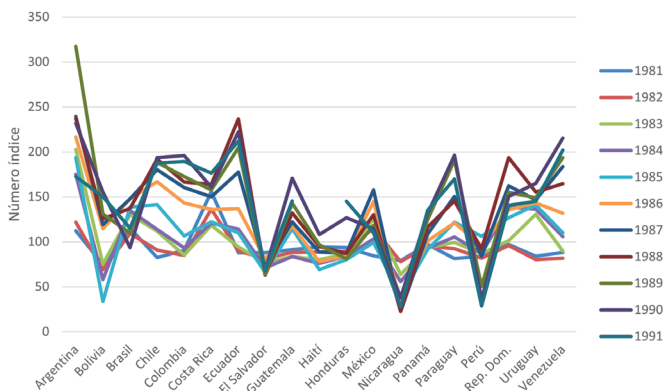
Medida	Resultado
Reducir demanda agregada a nivel congruente con la baja en las importaciones	Ofrecer incentivos de precio y de otros tipos para trasladar la oferta del mercado interno al mundial
Transferir divisas a acreedores de países desarrollados a partir del excedente comercial	El excedente pasó, mayoritariamente, al sector privado, pero la deuda externa estaba en manos del sector público.
Modificación los precios relativos	Presionó a un alza en el nivel general de los precios (inflación)
Recortes en el gasto público y la devaluación (tipos de cambio flexibles, excepto en Haití y Panamá) Emisiones inorgánicas para cubrir el servicio de la deuda	Atacar el déficit fiscal que ya había crecido antes de la crisis, cuando la mayoría de los países tenía un déficit superior al 5 % del PIB y una inflación elevada.
Recortes en el empleo público	Desempleo y crecimiento del sector informal Creciente proporción del ingreso público se destinó al pago de intereses de la deuda externa e interna y no al recorte drástico del empleo público. Caída en la inversión social
Participar en el mercado secundario de la deuda	Aprovechar descuentos para reemplazar deuda externa por deuda interna y para sustituir deuda externa por activos

Fuente: Tomado de Bulmer-Thomas (1998, pp. 448-472).

Por el lado de la inflación, en 1981, solamente Chile, República Dominicana, Guatemala, Honduras y Panamá mantuvieron una inflación menor al 10 %; unos países fluctuaron entre el 20 % y el 50 %, otros entre el 50 % y el 100 %, mientras que Argentina mostró el mayor impacto con una inflación mayor al 100 % (Bulmer-Thomas, 1998, p. 449). En el resto de la década, todos los países sufrieron procesos de inflación marcada, con picos en distintos años (ver gráfico 6).

Sin embargo, Nicaragua, Argentina, Brasil, Perú y Bolivia mostraron picos inflacionarios complicados, donde el caso de Nicaragua, con más del 33 000 %, fue realmente grave (ver gráfico 7). En la región, los procesos económicos de México, Brasil y Argentina influyeron sobre el comportamiento del resto de los países.

Gráfico 5
América Latina: tipos de cambio efectivos reales, 1980-1991 (1980=100) 19 países



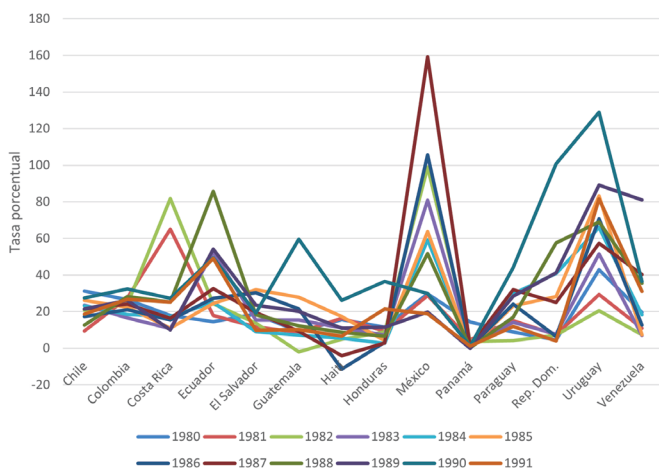
Fuente: Elaboración hecha a partir de Bulmer-Thomas, 1998, p. 441, cuadro XI.2.

Ante esta situación, el FMI insistió en señalar la necesidad de reforzar su propuesta de disciplina fiscal y monetaria frente a una aparente falta de contundencia. No obstante, como plantea Victor Bulmer-Thomas, “era evidente que el problema tenía raíces más profundas. De los 14 países que sufrieron un desequilibrio interno e inflación antes de la crisis de la deuda, sólo uno (Costa Rica) había logrado hacer progresos en el camino de la estabilización a mediados de los ochenta” (1998, p. 458). Por dicha razón, desde mediados de la “década perdida”, varios países empezaron

a tomar medidas económicas heterodoxas para paliar la crisis, que incluyeron la congelación de precios y salarios; la pérdida del valor real de los salarios; la vuelta a los tipos de cambio fijos, como el caso de Nicaragua después de 1991; o la recepción de remesas del exterior, sobre todo, de inmigrantes ubicados en los Estados Unidos, entre otras.

Gráfico 6

América Latina: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991. 14 países

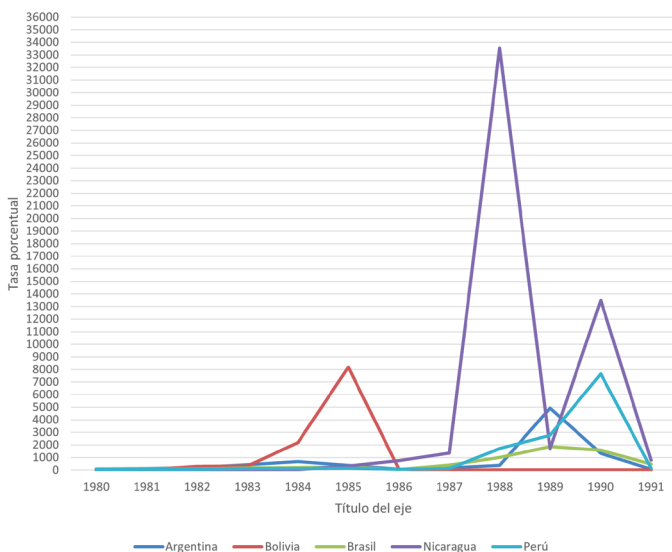


Fuente: Elaboración hecha a partir de Bulmer-Thomas (1998, p. 450).

En este contexto, José Antonio Ocampo plantea:

Crisis de la deuda de los años ochenta ha sido el episodio económico más traumático que ha experimentado América Latina a lo largo de su historia. Durante la ‘década perdida’ a la cual dio lugar, la región retrocedió del 121% de promedio del PIB per cápita mundial al 98%, y del 34% al 26% del PIB por habitante de los países desarrollados (Ocampo, 2014, p. 19).

Gráfico 7
América Latina: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor),
variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991. 5 países



Fuente: Elaboración hecha a partir de Bulmer-Thomas (1998, p. 450).

Antes de la década de 1980, había presión por los déficits fiscales y de comercio exterior, así como por la falta de capitales endógenos en varias economías latinoamericanas, pero no todas padecieron fuertes periodos de inflación. Lo anterior a pesar de los fallos del estilo de desarrollo dirigido por el Estado, abiertamente señalados por el neoliberalismo, aunque también por la izquierda latinoamericana, que planteó cómo esto no permitió salir del subdesarrollo:

Cabe recordar que la economía latinoamericana creció por más de tres décadas al ritmo más alto de su historia bajo ese modelo y no es evidente que se haya derribado por el peso de dicha ineficiencia. Más aún,

de alguna manera el modelo había evolucionado hacia una estrategia más equilibrada entre mercado interno y desarrollo exportador, en los países más pequeños desde mediados de la década de 1950 y en la mayoría de los países medianos y grandes desde mediados de la década de 1960... De hecho, en la literatura de los años setenta, varios países latinoamericanos, entre los que se destaca el Brasil, eran presentados internacionalmente como ejemplos de éxito exportador junto con los 'tigres asiáticos'... De esa manera, se habría podido converger hacia un modelo de desarrollo más parecido al que habían seguido varios países de Asia Oriental: igualmente dirigido por el Estado, con rasgos también proteccionistas, aunque con mayor énfasis en la construcción de una base exportadora sólida (Ocampo, 2014, p. 27).

En el contexto global, como afirmó Angus Maddison, aun con la insistencia de la teoría de la convergencia condicional neoclásica (Barro y Sala i Martín, 1992) (que seguía el planteamiento general de una tendencia de las regiones pobres a crecer más rápido que las ricas, por lo que, manteniéndose todo lo demás igual, las pobres alcanzarían a las ricas en términos del nivel de ingreso o el producto per cápita (Dávalos Dutre, 2005, p. 85)), para el periodo 1973-2001, solamente se evidenciaron:

Quince economías de Extremo Oriente, responsables de una cuarta parte del PIB mundial y de la mitad de su población. El resurgir de Asia fue extraordinario. A partir de 1973 su crecimiento per cápita fue mucho más rápido de lo que lo fue durante toda la edad de oro, y diez veces mayor que durante el viejo orden liberal (1870-1913), alcanzando al grupo capitalista más avanzado. Su experiencia fue una réplica, aunque con distintos grados de intensidad, del gran salto protagonizado por Japón en la edad de oro...

El comportamiento económico del resto de las regiones del mundo entre 1973 y 2001 ha sido desastroso... La desaceleración del ritmo de crecimiento ha sido especialmente intensa en África, América Latina y Oriente Medio. Sus economías se vieron afectadas por los problemas que sufrieron los países capitalistas más avanzados, interrumpiéndose bruscamente los procesos de crecimiento que habían iniciado y cuestionándose sus políticas económicas. Los buenos resultados que esos países habían obtenido durante la edad de oro no habían sido responsabilidad suya, sino consecuencia de la difusión del ritmo de crecimiento de que disfrutaban los países más desarrollados. Cuando ese núcleo de países capitalistas entró en recesión, la crisis agravó sus propios problemas económicos, especialmente los relacionados con la deuda, la inflación y los sistemas fiscales y monetarios de América Latina y África. A Oriente Medio también le afectaron las fluctuaciones que sufrieron los precios del petróleo y las guerras de Irán, Irak y el Líbano (Maddison, 2001, p. 11).

El impacto social de la crisis de 1980 y las medidas de política económica adoptadas en América Latina impulsó el debate sobre la necesidad de contrarrestar los efectos de la política económica neoliberal y los programas de ajuste estructural y evidenció los sesgos más importantes y sus resultados sociales.

La década de 1990 en América Latina: “una década de luces y sombras” y el inicio de la búsqueda del “desarrollo con equidad”

Para la década de 1990, el diagnóstico de la Cepal se centraba en señalar que el impacto de la globalización había generado nuevos escenarios para la economía de América Latina y el Caribe, por lo que la caracterizó como una “década de luces y sombras”. Preocupaba la posición hegemónica de los Estados Unidos, la creación de un bloque económico

europeo que tomaba fuerza a nivel mundial, así como el crecimiento económico rápido de China y la transformación económica de los países que habían sido socialistas:

Estos cambios estuvieron acompañados de una progresiva conformación de mercados globales. Si bien el mayor grado de integración se observa en los mercados financieros, también se aceleraron los flujos de comercio e inversión, así como la irradiación de innovaciones tecnológicas provenientes, en su mayor parte, de los países desarrollados (Cepal, 2001, p. xi).

A lo anterior se deben sumar los procesos de reforma orientados a lograr una apertura comercial mayor; la búsqueda de liberalización de los mercados financieros nacionales y los flujos de capital externo; y el papel central que se le otorgó al mercado y las empresas privadas, tanto en la producción como “en la provisión de servicios públicos y prestaciones sociales” (Cepal, 2001, pp. xi-xii), aunque con alcances diferenciados en las políticas de cada país. Las economías nacionales se vieron afectadas por la crisis de 1994 en México, que se expandió a la economía global y dejó claros los límites de las políticas y las reformas a pesar de haber vivido algunos años con un mejor desempeño económico.

En ese contexto, en términos de política económica, lo que Paul Krugman denominó “el acuerdo keynesiano”, es decir, la intervención macroeconómica, se convirtió en la medida que permitió a los países ricos salir de las recesiones:

En Estados Unidos y en la mayoría de los países avanzados... todo el mundo espera que la Reserva Federal haga lo que hizo en 1975, 1982 y 1991: reducir las tasas de interés para reanimar la economía. Y esperamos también que el presidente y el Congreso reduzcan los impuestos y aumenten el gasto si es necesario... Con seguridad no esperamos que la recesión

se trate, al estilo de Herbert Hoover, elevando más los impuestos, reduciendo el gasto y aumentando las tasas de interés (Krugman, 2009, p. 110).

Sin embargo, por lo general, las medidas que se toman en los países pobres son diferentes: austeridad fiscal y tasas de interés crecientes, dictadas por el FMI y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos (Krugman, 2009), que, como en el caso de América Latina, llevó a recomendaciones de reformas estructurales bajo la modalidad de la condicionalidad cruzada para otorgar créditos orientados a superar la crisis de 1980.

A esto se debe aunar el hecho de que buena parte de la deuda de América Latina, como indica Ocampo, se había contraído a tasas de interés flotantes y, en el contexto del mercado mundial, la tendencia fue a la baja de los precios de las materias primas y los productos básicos. “A estos dos factores adversos de larga duración se agregó a comienzos de los años ochenta una profunda desaceleración económica en el mundo industrializado y una abierta recesión en los Estados Unidos” (Ocampo, 2014, p. 33).

Con una perspectiva de largo plazo, lo que queda claro es que la economía global reproduce problemas sistémicos que se refrendaron con la crisis de 2007-2008. Mevlüt Thathyer ha planteado que estos problemas se pueden agrupar en cuatro tipos: las fallas en la transformación económica de sistemas extensivos a sistemas intensivos, el predominio del neoliberalismo y su sesgo en el lado de la oferta, la financiarización del sistema global y las inestabilidades presentadas por este (Tathuer, 2017), que incluyen el comportamiento del “ciclo de negocios” (Kuzucu, 2017), donde las crisis se transforman en objetos de estudio fundamentales y complejos.

A finalizar la “década perdida” y debido a sus impactos sociales, la Cepal inició el debate sobre la necesidad de construir un estilo de “desarrollo con equidad”. Los indicadores de

desempleo, subempleo, informalidad, caída de los salarios reales, aumento de la pobreza y descuido de los servicios sociales hicieron que se tomara conciencia del que el costo social:

En parte ha sido provocado por las políticas con que se ha intentado enfrentar la crisis, las que no habrían otorgado a los aspectos sociales la debida importancia. No se trata sólo de las conocidas consecuencias de la aplicación de políticas reactivas para recuperar y mantener los equilibrios monetarios, fiscales y de balance de pagos, sino también de una excesiva dedicación al desarrollo económico, a la expansión de la oferta de bienes y servicios, en desmedro de una preocupación directa por el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. En realidad, lo que se... [puso] en debate nuevamente... [fue] la relación entre desarrollo económico, entendido como la expansión del producto y del ingreso por habitante, la distribución de los mismos y el desarrollo social, referido al mejoramiento de las condiciones de vida de la población (Gurrieri, 1990, pág. 12).

La combinación entre un nuevo régimen de acumulación y la visión de la economía crítica permite dibujar las características del proceso económico global que propició la crisis de la década de 1980, pero también las transformaciones sociales e institucionales que sustentan el estilo de desarrollo neoliberal, lo cual posibilita aproximarse, en el capítulo siguiente, al estudio del fenómeno en la región de América Central.

Capítulo 2

La crisis económica de América Central durante la década de 1980 en el contexto global. La tercera fase de la globalización (1970-1990), el cambio económico y el reformismo neoliberal⁸

Introducción

Como se analizó en el capítulo anterior, la “época de oro” del capitalismo mundial, durante la segunda posguerra, combinó una tendencia de crecimiento económico, inflación y desempleo bajos, que empezó a encontrar limitaciones a partir de la recesión mundial de 1974, marcada por la interdependencia de los países por las relaciones comerciales existentes, las políticas antinflacionarias y el descuido de las políticas para fomentar la creación de empleo. Las dos crisis del petróleo (1973-1979) originadas por las políticas de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la inflación y el incremento en el desempleo no afectaron de igual manera a la economía mundial (Foreman-Peck, 1995, pp. 418 y 420), aunque está claro que impactaron negativamente a las economías abiertas-dependientes.

8 Este capítulo constituye una ampliación de Viales Hurtado R.J. (2019). La crisis económica de América Central en la década de 1980: cambio económico-estructural-global en la tercera fase de la Globalización (1970-1990).

En América Central, en esa época, la transformación socioeconómica fundamental se generó por la vinculación entre la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) y la creación del Mercado Común Centroamericano. El antecedente de esta reforma institucional suprarregional fue el Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano (CCE), creado en la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1951. Ya en 1958 se firmó el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración Económica de América Central. Según lo plantea Héctor Pérez Brignoli:

El Tratado General firmado por Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica en 1960 (Costa Rica ingresó formalmente al Mercomún en 1963), creó una zona de libre comercio, dio incentivos fiscales a las nuevas industrias y montó varios organismos regionales. A través del Banco Centroamericano de Integración Económica se canalizó una importante ayuda financiera de Estados Unidos para obras de infraestructura y se favoreció... la inversión privada directa (Pérez Brignoli, 1985, p. 111).

Como es bien sabido:

Objetivos plasmados en los tratados centroamericanos de 1958 y 1960 buscaban dinamizar las actividades agrícolas e impulsar la industrialización subregional. Se promovió también un sistema de transporte que permitiera conformar un mercado común y establecer un arancel externo común (AEC), mediante la integración de políticas homogéneas. Los objetivos establecidos buscaban respuestas al reducido tamaño de las economías centroamericanas y a su escaso nivel de diversificación productiva (Cepal, 2009, p. 5).

Panamá no firmó los tratados, pero sí estableció relaciones comerciales con el MCCA. Este país siguió la dinámica de la integración regional, participó en foros y, en 1963, planteó su posible incorporación al proceso; esa actitud se extendió durante la vigencia del esquema de integración (Cepal, 2009, p. 5). En términos geopolíticos, vale la pena llamar la atención sobre la manifestación del Día de los Mártires del 9 de enero de 1964, que protestó con la finalidad de colocar la bandera panameña en la Zona del Canal de Panamá, la cual había sido cedida a los Estados Unidos a perpetuidad, por medio del Tratado Hay-Buanu Varilla de 1903; la firma de los tratados Torrijos-Carter de 1977; y la invasión de los Estados Unidos a Panamá en 1989 hacen pensar en patrones comunes de violencia vividos en la región centroamericana como elemento común con Panamá.

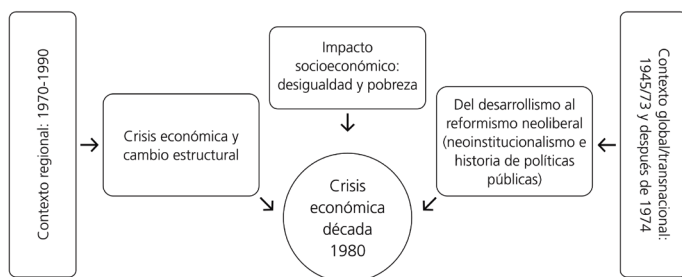
En julio de 2010, Panamá se unió oficialmente al Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) y en esa ocasión se firmó una declaración, por parte de los ministros de comercio de América Central, donde se aceptó la incorporación de Panamá al Sistema de Integración Económica Centroamericana (Sieca), la cual se hizo efectiva el 29 de junio de 2012 (sin autor, Panamá se integra al Sieca, 2013). El contexto de esta incorporación de Panamá a la integración centroamericana, cuando varió la definición geopolítica de América Central, fue la negociación del Acuerdo de Asociación entre América Central y la Unión Europea (que inició en 2006 y se firmó el 29 de junio de 2012), puesto que la Unión Europea había exigido a Panamá su integración para ser parte del proceso (sin autor, Panamá se incorporará formalmente a integración económica centroamericana, 2010). Este acuerdo, en su momento, fue criticado por la asimetría existente entre ambas regiones (Salinas, 2012).

La integración centroamericana de la década de 1960 tuvo signos de agotamiento en la década de 1970 por el déficit en la balanza comercial, el endeudamiento externo y el

aumento en el gasto público. Además, se aceleró el proceso de urbanización desordenada, el incremento de las migraciones internas campo-ciudad, la crisis de vivienda y de servicios básicos, así como las movilizaciones sociales que demandaron una mejoría en las condiciones de vida (Pérez Brignoli, 1985; Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, 1978). En el contexto internacional:

Alianza para el Progreso, propuesta por la Administración Kennedy en 1961, pretendió impulsar el crecimiento económico, ciertos cambios estructurales (sobre todo en el sector agrario), y la democratización política. Detrás de esas ambiciosas reformas se escondía... un operativo de contra-insurgencia: se trataba de derrotar la Revolución Cubana y a los movimientos guerrilleros que amenazaban multiplicarse (Pérez Brignoli, 1985, p. 115).

Esquema 1
La crisis económica de 1980 en América Central
dentro de su contexto: una visión relacional



Fuente: Elaboración propia.

Este capítulo toma en cuenta el contexto global, mundial, transnacional, regional y nacional para estudiar la crisis económica de 1980 en América Central, con una visión

relacional y de trayectoria, puesto que, como planteó Helio Fallas en 1981, para comprender esta coyuntura hay que tomar en cuenta que “los problemas relativos a la estructura productiva, el sector externo, el crecimiento del sector público, la inflación y la pobreza se entremezclan e interactúan unos con otros” (Fallas, 1981), por lo que se parte de un modelo de análisis construido para este fin (ver esquema 1).

Se investiga y se interpreta la crisis económica de América Central en la década de 1980 dentro de su doble contexto: el regional centroamericano, entre 1970 y 1990, que evolucionó desde un estilo desarrollista, pasando por el reformismo neoliberal, hasta la visibilización de sus límites, los cuales permitieron debatir sobre el “desarrollo con equidad” en 1990; y el global/transnacional, que abarca la segunda (1945-1973) y la tercera fase (1974 en adelante) de la globalización, según Solimano (2003); además, se hace énfasis en el estudio del cambio económico-estructural y el impacto de la crisis económica, con una visión de largo plazo, entre 1970-1990.

Hernán González, en la introducción de su libro publicado en 1992, *América Central en Crisis*, estableció lo siguiente:

Tanto la situación agropecuaria de la región como la industrial, presenta sólo condiciones favorables para las más grandes empresas, especialmente las transnacionales. Se puede afirmar, que la década del 90, en términos económicos, será el decenio de la transnacionalización absoluta de la economía centroamericana... Estas tendencias, traerán necesariamente una mayor concentración y centralización del capital, agudizando con ello el empobrecimiento generalizado de la población (González, 1992, p. 10).

En este capítulo, el análisis de los contextos relacionados permite contestar la pregunta de si la década de 1980,

en el contexto global y transnacionalista del periodo 1970-1990, ¿fue una década perdida o de reforma institucional transnacional o ambas?

América Central: ¿de dónde veníamos? Diversificación productiva, agroindustrial e industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) en el mediano plazo, 1950-1980

Es válido recordar que, en el contexto de América Latina, el PIB per cápita:

Creció a un ritmo del 2,7% anual entre 1945 y 1980, el más alto que ha experimentado para un período de tiempo de esta duración. Además, como resultado del rápido crecimiento poblacional, la participación de América Latina en la producción mundial continuó aumentando, hasta llegar en 1980 al 9,8%, dos puntos porcentuales más que a fines de la Segunda Guerra y cuatro más que en 1929...la tasa de crecimiento que caracterizó al período [fue]... del 5,5% anual en promedio (Bértola y Ocampo, 2010, p. 189).

Esta fue la “edad de oro” del capitalismo en América Latina (Bértola y Ocampo, 2012). Además, América Central presentó cambios estructurales importantes, entre 1950 y 1975, en términos de la población y la tenencia de la tierra. En ese lapso, la población:

Se incrementó en diez millones de habitantes... la frontera agrícola se expandió de 13.105,8 miles de hectáreas a 17.496,7. En esa expansión ganaron más del 30% las fincas grandes, y se fragmentó mucho más la tierra de la pequeña y mediana propiedad... para 1950 las pequeñas propiedades sumaban 677,9 miles de

fincas, mientras que para 1975 aparecen 1.003,6 miles de fincas. Las grandes pasaron de 44,9 a 72,9 miles de fincas, pero controlando el 70,8% de la superficie cultivable (Hernández, 1994, pp. 159-160).

Existía una “dicotomía entre agricultura de exportación y agricultura de consumo interno o entre las grandes y las pequeñas explotaciones” (Cepal F. O., 1973, p. 145), acompañada de un “fraccionamiento tendencial de las fincas pequeñas reflejando una reproducción cada vez más limitada de la economía campesina” (Dierckxsens, 1990, p. 30), así como un proceso de proletarización que incrementó la población económicamente activa (PEA) agrícola, pero no necesariamente el trabajo asalariado en el sector primario (Dierckxsens, 1990, p. 32).

De acuerdo con Dierckxsens, entre 1950 y 1980, el capital agropecuario no pudo absorber la fuerza de trabajo asalariada y no asalariada, lo cual incidió en la urbanización rápida, por lo que la

Tasa de crecimiento de la población activa urbana (4,2% al año entre 1950 y 1980) ha sido ostensiblemente mayor que el crecimiento de la población activa total [de América Latina]... (2,7% entre 1950 y 1980), a pesar de un inferior crecimiento vegetativo urbano. El desplazamiento de fuerza de trabajo del campo hacia la ciudad, mediante flujos migratorios, contribuyó en forma significativa al incremento de la oferta de fuerza de trabajo en las zonas urbanas y con ello a la presión sobre el mercado de trabajo (Dierckxsens, 1990, p. 39).

También se generaron reformas institucionales diferenciadas en la región. Particularmente, en el caso de Costa Rica, luego de la Guerra Civil de 1948, según Jorge Rovira, se dio lo siguiente:

Tránsito del país hacia un nuevo estadio de su desarrollo capitalista, estadio éste al que se ingresa con toda claridad en el transcurso de los años que van de 1959 a 1963, luego de la aprobación de la Ley de Protección y Desarrollo Industrial de 1959, la suscripción en 1963 de los tratados y acuerdos que dieron vida al Mercado Común Centroamericano y con la aceleración del desarrollo industrial dependiente en Costa Rica (Rovira, 1988, p. 177; León *et al.*, 2016).

El otro factor que cita Rovira es el surgimiento de un nuevo tipo de Estado de carácter intervencionista, aunque hay que indicar que, en las últimas décadas, los estudios históricos han señalado que la tendencia al intervencionismo estatal data de finales del siglo XIX (Viales Hurtado y Díaz Arias, 2016), lo que reinterpreta los alcances del Estado liberal. Por ello, se podría señalar que en este periodo cambió la orientación de ese intervencionismo, así como de sus políticas económicas, de manera que fue la época del Estado “empresario” (Sojo, 1984).

En América Central, ante la crisis de agroexportación tradicional, se generó un proceso de diversificación de exportaciones, que sentó sus bases en la década de 1950 y tuvo sus resultados en la década de 1960. Al contrario de la tendencia seguida en América Latina, y en contraposición con los planteamientos del “desarrollo hacia adentro” estimulado por la ISI, América Central abrió sus economías a partir del pretexto de que no se podía transitar tan rápido a la industrialización con mercados pequeños. El resultado de esta apertura fue, en primer lugar, la diversificación de las exportaciones a partir del algodón, la ganadería y el azúcar.

El primer estímulo para el mercado del algodón centroamericano fue el alza en el precio después de la Segunda Guerra Mundial, pero tuvo su tope en 1950-51 y empezó a

caer en 1960. Se cultivó en áreas del Pacífico con escaso poblamiento, por lo que, si existía financiamiento, el área cultivada se podía expandir. La producción fue muy concentrada y se desarrolló en pocas fincas altamente mecanizadas, cuyos propietarios tenían vínculos con el crédito. Se utilizaron de manera intensiva los insecticidas y fertilizantes, así como la compra de maquinaria para cortar y desmontar, como modelo tecnológico. En 1957-58, El Salvador tenía los rendimientos más altos del mundo y, pocos años después, se nivelaron los otros países. Entonces, el acceso al crédito barato fue el motor de la expansión, aunque se emplearon otros mecanismos, como en Costa Rica y Nicaragua, donde se manejó un sistema dual de tipo de cambio; Nicaragua también echó mano de la moratoria de la deuda para apoyar a los productores.

Por su parte, el comercio interregional ganadero existía entre Costa Rica y Nicaragua desde la Colonia, pero el hato era de mala calidad y su producción ineficiente. Las exportaciones de ganado eran prácticamente desconocidas a principios de la década de 1950 y el contexto de la demanda externa estuvo determinado por un incremento en el consumo interno; un aumento de la demanda de Estados Unidos; el aumento del consumo interno en Argentina, Brasil y Uruguay; y el *boom* lo posibilitó la existencia de una frontera pecuaria. También hubo obstáculos para el desarrollo de esta actividad: en El Salvador y Honduras, los hatos eran propiedad de pequeños y medianos productores que tenían acceso limitado a la tierra. Los factores geoestratégicos de la Segunda Guerra Mundial posibilitaron una ampliación de la red de carreteras, aunque el hato era de mala calidad y tenía una alta incidencia de la mortalidad.

Para la expansión ganadera fue esencial mejorar la calidad del pasto, de manera que resultó fundamental la importación de concentrado (alimento) para la estación seca y la importación de ganado reproductor de calidad. El vehículo fue el

financiamiento de la banca privada y la banca de fomento, creada recientemente en la región. Hubo que atender la necesidad de invertir en mataderos modernos: en este aspecto destacó Nicaragua, dado que Anastasio Somoza G. construyó el Matadero Modelo en 1958, con capacidad para cuatrocientas reses diarias. También se hizo inversión en Guatemala y Costa Rica. Se pudo exportar carne congelada a los Estados Unidos y, en 1960, se estableció un servicio de transporte terrestre y marítimo, operado por una compañía estadounidense, que hacía envíos cada cinco días, lo cual llevó a la decadencia del comercio de ganado en pie, excepto en El Salvador y Honduras, que tuvieron una transición más tardía.

En el caso del azúcar, la exportación fue posible desde que Estados Unidos redistribuyó la cuota azucarera de Cuba hacia América Latina, después de 1960, aunque, a partir de la década de 1950, la actividad había iniciado su proceso de transformación, necesario para haber podido atender la demanda posterior. Ya en la década de 1920 se había generado un excedente, que no fue sostenido debido a la depresión económica y el retorno al proteccionismo de los consumidores. Bulmer-Thomas indica que, en Honduras, el único ingenio importante tuvo que cerrar en 1935 y el consumo interno llegó a depender de la “panela”, azúcar sin procesar (Bulmer-Thomas, 1989).

La firma de un nuevo Convenio Internacional del Azúcar, en 1953, fue otro estímulo relevante. El problema no era el área cultivada de azúcar, sino, más bien, los rendimientos y la capacidad de procesamiento, por lo que se abrieron nuevos ingenios con una altísima capacidad de procesamiento. En Nicaragua, esta capacidad estaba dividida entre los Somoza (apoyo del Banco Nacional de Nicaragua) y el grupo Pellas-Lacayo (apoyo de Banco Nicaragüense-Banic y Bananmer). En dicho país, el área no creció mucho, pero sí la productividad y el azúcar extraída de la caña. A principios de la década de 1960, la producción estaba en manos de productores

en gran escala. En Costa Rica, El Salvador y Nicaragua ya existían excedentes de exportación desde finales de la década de 1950, que se beneficiaron por la redistribución de la cuota cubana. Por su parte, Guatemala y El Salvador empezaron a exportar hasta la década de 1960, aunque todos eran exportadores para mediados de esa década.

Según Bulmer-Thomas (1989), estos ciclos de exportación de algodón, carne y azúcar transformaron el sector agrícola en América Central y llevaron a la diversificación de las exportaciones. A la vez, fueron la respuesta a un proceso de “modernización capitalista” guiado desde el Estado: estos productos estaban controlados por los sectores económicos “nacionales”, que invirtieron en tecnología, mientras que la vinculación con el mercado internacional permitió la generación de excedente y, a la vez, su acumulación entre capitalistas de la región. Sin embargo, no hay que perder de vista tres aspectos: en primer lugar, el hecho de que estos sectores tuvieron beneficios al acceder al crédito; en segundo, que no se favoreció, en primera instancia, el fomento de la pequeña y la mediana producción, aunque sí se hizo por medio del modelo cooperativo, por lo menos en Costa Rica; y, finalmente, que el modelo de bajos salarios agrícolas no se modificó, de manera que no fue redistributivo.

A raíz de estos desarrollos, la década de 1950 sumó dos nuevas tensiones a la relación entre la agricultura para el consumo interno y la destinada a la exportación en América Central: por una parte, el sector de pequeñas fincas tendía a especializarse en la producción para el consumo interno, mientras que el de las grandes haciendas en la agricultura para la exportación, excepto en Costa Rica y Honduras; por otra parte, los incrementos en el tamaño de la población presionaron, dada la mayoría de población rural, al sector de producción para el consumo interno y las pequeñas fincas, que continuaron fragmentándose.

El principal impacto de la intensificación de las exportaciones sobre la agricultura para el consumo interno se sintió en el mercado de trabajo: el crecimiento de las exportaciones agrícolas generó nuevas regiones de atracción para la migración permanente, muchas veces en la provincia, como en Honduras, Costa Rica y Guatemala. En Nicaragua y El Salvador, los flujos migratorios más bien se concentraron en las ciudades capitales. Se creó una demanda estacional de trabajadores, por ejemplo, durante la cosecha del café, que reñía con los requerimientos laborales de la agricultura para el consumo interno. Estos cambios aumentaron el número de trabajadores sin tierra (proletarización fuera de la plantación bananera).

En la década de 1960, los procesos de proletarización en el campo fueron aparejados con ingresos familiares disímiles en la región. Los trabajadores agrícolas sin tierra eran representativos en Costa Rica, aunque su ingreso familiar era el más elevado de la región. Contrariamente, países como El Salvador y Guatemala aparecían como menos proletarizados, pero sus ingresos familiares eran el 50 % de los recibidos en Costa Rica (ver cuadro 5).

Cuadro 5
América Central: trabajadores agrícolas sin tierra
en la década de 1960 (5 países)

Pais	No. Trabajadores sin tierra	% de la fuerza laboral	Ingreso familiar en dólares
Costa Rica	81 765	42	727
El Salvador	75 632	15,6	229
Guatemala	107 309	16,5	340
Honduras	99 099	26,1	s.d.
Nicaragua	87 796	31,4	370

Fuente: Tomado de Bulmer-Thomas (1989, p. 213).

Se dio una contradicción en el nivel de las políticas públicas, dado que se reconoció la necesidad de diseñarlas

con el objetivo de atender la producción para el mercado interno, base de la reproducción de la mano de obra rural (maíz, frijoles, arroz, sorgo y trigo), pero, a menudo, estos productos se podían obtener a precios más bajos en el mercado internacional debido a los bajos rendimientos en su producción interna. También se dio el comercio intrarregional de algún producto, sobre todo, el maíz.

Esta fue la época del desarrollismo en América Central, fundamentado en la idea de que el “‘desarrollo’ se puede alcanzar a través de la libre-empresa capitalista en un marco ‘proteccionista’” (Molina Chocano, 1977, p. 17). La industria se introdujo y se expandió de manera superpuesta a la estructura latifundista tradicional, el enclave bananero y las haciendas cafetaleras y algodoneras. La ISI se trata de consolidar, pero se importan los insumos y los bienes de capital que se requieren para producir los sustitutos. Además, en muchos casos, se generó solo el ensamblado o el armado de partes y piezas producidas en países capitalistas desarrollados, principalmente Estados Unidos, de allí que se acuñó el término de “industrialización dependiente”.

Además, es interesante que, aun cuando se estableció retóricamente la integración total de la región, según Bulmer-Thomas, no se pensó en permitir el libre tránsito de los factores de producción, especialmente de la mano de obra. Hacia 1965 se había liberalizado casi totalmente el comercio intrarregional de artículos manufacturados, pero no el de productos agrícolas.

De acuerdo con la Cepal (1983), como resultado importante, se incrementó la tasa de participación de la industria en el PIB centroamericano de 10 % en 1950 a 20 % en 1970, pero la participación máxima se alcanzó hacia 1970, lo que hace suponer que el MCCA, al ingresar en su segunda década, tuvo dificultades para seguir incentivando la industrialización. En términos de generación de empleo, se calcula que se crearon 3 000 nuevos empleos anuales, fruto de

la industrialización, de 1958 a 1968 y 2 500 anuales de 1968 a 1972. A partir de lo anterior, de cada 100 trabajadores que se incorporaron a la fuerza laboral, entre 10 y 14 encontraron puestos originados por el MCCA, sin tomar en cuenta las condiciones laborales del sector agrícola. Los primeros diez años del MCCA fueron exitosos. Hacia 1970, las exportaciones intrarregionales llegaban a 300 millones de dólares. En ese período, El Salvador y Guatemala vendieron al mercado regional más del 30 % de la totalidad de las exportaciones.

¿Qué llevó al fracaso del proyecto? (Hernández, 1991): el peso de varios factores desaceleró la industrialización regional (Cepal, 1983). Honduras, con poca industrialización, no logró generar un excedente a partir de la comercialización agrícola en la región, por lo que solicitó un trato preferencial, pero, al no recibirlo, se retiró del proyecto a finales de la década de 1970. También hubo problemas fiscales debido al crecimiento de las importaciones intrarregionales exentas del pago de derechos. Otro problema fue la estrechez del mercado interno regional; la población era de menos de 11 millones de habitantes en 1960, mientras que la pobreza extendida limitó el poder adquisitivo de buena parte de las personas, lo que llevó a la saturación del mercado. Como indica González:

El caso de El Salvador, en 1972 se importaba el 51,2% de los insumos de resto del mundo; en 1975, esa cifra aumentó al 62%. Honduras, en 1975, importaba el 52,5% de los insumos. Guatemala... importaba en 1971 el 33,5% y el 1976 el 39,9%. Costa Rica importaba en 1975 el 35% de los insumos de la industria textil, el 67% de la industria de papel, el 26% de la industria de alimentos, el 65% de la fabricación de sustancias químicas y el 63% de la industria metalmecánica. Nicaragua, en 1976, importaba el 11,3% de la industria de alimentos, el 25,9% de la industria textil, el 90% de

la industria de la fabricación de papel, el 84,85% de la fabricación de sustancias químicas y el 86,7% de la industria metalmecánica (1992, p. 33).

A lo que hay que sumar la dependencia tecnológica, así como la duplicidad de industrias y la penetración del capital extranjero en el proceso de integración económica, que limitaron la consecución de los objetivos iniciales del proyecto. Todos estos factores hicieron que se retornara a un esquema de negociaciones bilaterales, iniciado por Honduras, posición contradictoria históricamente en términos de la integración regional, aunque existió un episodio bélico importante: la denominada guerra del Fútbol entre Honduras y El Salvador en 1969, que tuvo como causa principal el hecho de que Honduras expulsó a trabajadores migratorios salvadoreños, con el fin de ayudar a proporcionar las tierras para la reforma agraria reclamada por su Gobierno militar (Anderson, 1981; Dunkerley, 1988).

La vuelta a esquemas de desarrollismo clásico, con influencia de ideas económicas neoclásicas, convirtió a los proyectos endógenos en elementos críticos, no en estrategias de desarrollo alternativo. Asimismo, se volvió a apostar por la exportación tradicional de productos primarios al mercado internacional, que sufrió un fuerte golpe por la crisis de la economía mundial a partir de 1981. La revolución y el triunfo sandinista favorecieron la importación de productos regionales de manera estacional. Otro golpe importante contra el esquema de la integración fue la puesta en marcha de los programas de ajuste y estabilización, que adoptaron todos los países después de 1982 como respuesta a la crisis de la deuda. El último impacto negativo con respecto a la integración, además de las políticas proteccionistas que asumieron varios países, consistió en la crisis política de la región. El resultado fue que, para 1985, el valor en dólares de las exportaciones intrarregionales había bajado más

de 50 % y, por su relevancia, ya solo representaba 15 % del total de la actividad comercial, mientras que la crisis política centroamericana descartaba cualquier esfuerzo por revivir el proceso de integración (Bulmer-Thomas, 1998).

Según Caldentey (2000, p. 171), en la región centroamericana, el período 1945-1955 estuvo marcado por el crecimiento económico basado en la diversificación de las exportaciones y también por la incipiente industrialización con intervencionismo estatal fuerte, de acuerdo con este investigador. Entre 1966 y 1969, período del Mercado Común Centroamericano (MCCA), ese crecimiento se reforzó para entrar en crisis de 1970 hasta 1979. Dicha crisis fue agudizada por los conflictos económicos y sociales que explotaron en la década de 1980, a los que se sumaron factores extraeconómicos y la crisis fiscal. Además, había aumentado la pobreza y había caído el poder adquisitivo: el MCCA ya solo representaba 15 % del total de la actividad comercial. La crisis política centroamericana descartaba cualquier esfuerzo por revivir el proceso de integración. Muchos analistas, tanto en la región como fuera de ella, consideraron al MCCA como parte del problema, no de la solución, de manera que se desacreditó políticamente el modelo de la ISI (Bulmer-Thomas, 1998, p. 469).

El origen de la crisis de 1980 en América Central

Para el caso de América Latina, como mencionan Aracil *et al.* (1998):

1980 fue una fecha negativa... tanto a nivel regional como por países. Significó el inicio de una crisis, cuya profundidad y generalización abrió un período de depresión económica que se extendió a lo largo de toda la década siguiente. El fenómeno truncó la evolución del crecimiento que había sido gradual y relativamente progresivo desde el final de la Guerra Mundial.

El desarrollo económico fue interrumpido hasta tal punto que la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) no dudó en calificar a este periodo de ‘década perdida’. Más grave aún, el nivel de vida de la población latinoamericana, el PIB por habitante, disminuyó al nivel de 1977 y las desigualdades en el reparto de las rentas se agravaron. Más que una parálisis, fue una sensible recesión que obligó a que los Estados pusieran en marcha reformas estructurales. En algunos casos, como en Brasil, Ecuador, Uruguay o Costa Rica, el retroceso del PIB por habitante fue moderado. En Chile y en Colombia, incluso progresó. Pero en Argentina, Venezuela o Bolivia el retroceso fue superior al 20% (p. 465).

Al igual que en otras épocas, para América Latina, esta crisis se originó en la caída de los precios de las exportaciones, pero ahora se sumaron otros factores como la caída de las inversiones públicas, el cierre del mercado internacional de capitales, la desindustrialización, la inflación y la crisis de la deuda externa, todo esto en un nuevo contexto transnacional/global, que se ubica entre la segunda y la tercera fase de la globalización, entre 1950 y 1990, según se analizó en el capítulo anterior.

La crisis de la deuda se explica por la existencia de un mercado de capitales y la demanda de esos capitales desde América Latina para sostener un estilo de desarrollo “desarrollista”, junto con un crecimiento económico “basado en la deuda” (Bulmer-Thomas, 1998). Los préstamos fueron una alternativa para la inversión extranjera directa, financiados por bancos, que en la mayoría de los casos habían sido de rapiña. Después de 1960, estas instituciones resultaron más flexibles con respecto a las restricciones del FMI, lo que permitió refinanciar la deuda y mitigar las crisis del petróleo para no alterar la balanza de pagos por la compra de

combustibles o para invertir en nuevos modelos energéticos. Sin embargo, Bulmer-Thomas (1998) señala lo siguiente:

El interés de los bancos por las repúblicas pequeñas fue muy limitado. Con excepción de Costa Rica, Panamá y Uruguay, aquellos siguieron dependiendo en gran medida de las fuentes oficiales de capital. Por ejemplo, cerca del 90% de la deuda de El Salvador y Guatemala a comienzos de los ochenta era con fuentes oficiales de capital (Bulmer-Thomas, 1998, p. 420).

En 1980, Costa Rica y Nicaragua tuvieron problemas importantes con la deuda, pero en ese momento no se visualizó una crisis para la región latinoamericana hasta que, en agosto de 1982, el Gobierno de México amenazó con no poder pagar su deuda, lo cual desencadenó la crisis de la deuda latinoamericana como respuesta a un “nuevo modelo de crecimiento guiado por las exportaciones... Incapaces de conseguir préstamos del exterior, los gobiernos también empezaron a enfrentarse a los problemas de la reforma fiscal, las ineficientes empresas paraestatales, y los subsidios indiscriminados” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 424). No obstante, en la base de este *turning point* se encontraba un factor institucional, teórico e ideológico. En este sentido, Bulmer-Thomas (1998) indica:

El nuevo modelo de crecimiento... reflejó un consenso sin precedentes entre las instituciones financieras internacionales (IFI), los académicos y los gobiernos de los países desarrollados en favor del libre mercado, la liberalización comercial y financiera y la privatización de las empresas públicas. Esta ortodoxia pese a sus frágiles fundamentos teóricos y empíricos, abrumó a quienes en América Latina apoyaban la política hacia adentro y el Estado

intervencionista... La aparición de un nuevo modelo de desarrollo transformó casi todos los ámbitos de la política económica. Se liberalizó el comercio, se desregularon los mercados financieros y empezaron a venderse empresas públicas al sector privado (Bulmer-Thomas, 1998, p. 425; León, 2014).

Lo anterior se planteó para América Latina como la única vía posible, pero durante esa misma coyuntura, en el contexto global, había otros estilos posibles como el de Asia Oriental, con rasgos de proteccionismo y dirección estatal, sustentado prioritariamente en la inversión nacional y una base exportadora fuerte, según lo han planteado Bértola y Ocampo (2012, p. 202).

En la década de 1980, la economía de América Central recrudence su dependencia de la economía internacional, lo que se puso de manifiesto en dos indicadores: el peso del sector externo y la ayuda financiera para orientar las políticas de ajuste, así como las políticas económicas de corto plazo (Rivera y Sojo, 1986). En la región, el origen de la crisis tuvo una temporalidad diferenciada:

Nicaragua abre el proceso a partir de 1977, alcanzando su punto más alto en 1979, para luego en 1981 y 1982 alcanzar una cierta estabilidad que se pierde a partir de 1983, alcanzado un nuevo punto de agudización en el periodo 1984-1986. En El Salvador la crisis se comienza a manifestar de forma abierta y grave a partir de 1979... a partir de 1984 se detiene el proceso de caída de la actividad económica. Guatemala experimenta en los años 1980-1983 un grave conflicto militar mientras se mantiene relativamente al margen de la grave crisis económica y financiera que afecta a los otros países. Es sin embargo a partir de 1984 que ese país enfrenta una crisis económica abierta que alcanza

su máxima expresión... en los años 1985-1986, Costa Rica en el periodo 1981 y 1982 experimenta una crisis económica de extrema gravedad y declara en septiembre de 1981 la moratoria unilateral del servicio de la deuda; experimenta una inflación de tres dígitos en 1981-1982 y sufre una fuerte caída en el PIB. Recién a fines de 1984 se empieza a alcanzar en el PIB, en el nivel de los salarios mínimos, y en otras variables las cifras vigentes antes de la crisis. Finalmente, Honduras experimenta graves problemas de balanza de pagos en el período 1981-1983, cuando las autoridades aplican fuertes medidas restrictivas. La asistencia norteamericana permite sobrellevar las dificultades sin recurrir a la devaluación como en el resto de los países (Rivera y Sojo, 1986, pp. 108-109).

Por esta razón, desde un punto de vista estructuralista, José Roberto López indica que el origen económico de la crisis en la región estuvo determinado:

En primera instancia, por lo desequilibrios estructurales originados en los modelos de desarrollo implementados en la región desde finales del siglo [XIX]... desequilibrios agudizados como consecuencia del desarrollo económico experimentado desde los años cincuenta; en segunda instancia por elementos económicos coyunturales tanto de origen interno como externo; y, en tercer lugar, por factores extraeconómicos más recientes donde destacan los conflictos político-militares de finales de los años setenta y de la primera mitad de los años ochenta (López, 1986, p. 117).

López construyó un modelo explicativo del origen de la crisis en América Central. En este, los antecedentes estarían centrados en la dependencia del sector comercial

externo; el crecimiento económico concentrador y excluyente; el agotamiento del modelo de industrialización regional; la intervención limitada del Estado; y la falta de planificación de las políticas públicas. Los factores determinantes de la crisis fueron: el desequilibrio estructural, originado en los modelos de desarrollo puestos en marcha dentro de la región desde el siglo XIX, y los elementos económicos coyunturales, tanto de origen interno (crecimiento de la deuda interna, inflación) como externo (condicionalidad cruzada de la deuda, depreciación de las monedas) (López, 1986).

Se deben tomar en cuenta los factores extraeconómicos, en especial los conflictos político-civiles-militares de finales de 1960 y la primera mitad de la década de 1980, con el resultado de una Costa Rica triunfadora económicamente por el rezago de países como El Salvador por la economía de guerra (López, 1986). En esta década, América Central se empobreció debido a la reducción del crecimiento económico (el PIB por habitante disminuyó de manera radical) y la caída de la producción agrícola (el comercio intraregional de granos básicos se tornó insignificante y los cultivos tradicionales disminuyeron en cada país). Se dio un deterioro de los términos de intercambio, la desindustrialización con desintegración regional, el agotamiento de las reservas internacionales, un deterioro de los salarios reales, el desempleo y un incremento de la pobreza y la exclusión social (López, 1986) (ver cuadro 6).

Si se toma en consideración el contexto transnacional y global de la crisis, es importante complementar el planteamiento anterior para incluir el cambio de régimen de acumulación mundial con predominio del capital financiero; la transnacionalización de las elites dominantes; el papel ascendente de las corporaciones transnacionales; el estilo de crecimiento neoliberal; y el surgimiento del “sistema global”, como lo denominó Leslie Sklair (1995).

Cuadro 6
Factores coyunturales, internos y externos, que explican
la crisis de 1980 en América Central, según José Roberto López

Factores internos	Factores externos
Caída de la inversión interna	Alza en el precio del petróleo (1973 y 1979) por el modelo energético dependiente
Fuga de capitales y cerebros	Baja en los precios internacionales de los productos de exportación
Incremento de la deuda interna	Baja en la demanda de los productos de exportación en los países industrializados
Déficit fiscal excesivo (Chaves, 1992)	Estrechamiento del Mercado Común Centroamericano
Caída en el cuántum de las exportaciones tradicionales	Dispersión de la inversión extranjera
Costos económicos de la guerra	Deuda externa y las tasas de interés internacionales

Fuente: Elaboración propia a partir de López (1986) y Chaves (1992).

Varias personas autoras denominaron a esta coyuntura como una “crisis general”, al vincular factores económicos, demográficos, sociopolíticos y geopolíticos. En la época se empezaba a comprender el surgimiento del “sistema global”, de ahí que se identificaron algunos elementos nuevos en contraste con las crisis anteriores. Una pregunta relevante fue la siguiente:

¿Qué est[aban] haciendo las elites gobernantes, no tanto para resolver esta situación que de por sí es inmanejable, sino para tomar medidas que amortigüen al menos los efectos de la crisis actual y futura? Y algo más: ¿se puede explicar la carrera armamentista y la militarización que absorbe los pocos recursos disponibles en países donde no hay comida, salubridad y educación, para la mayor parte de sus poblaciones? (Castillo, 1983, p. 23).

En el Caribe, un rasgo común de los países fue el hecho de que se habían “vuelto más vulnerables a las fluctuaciones de los mercados internacionales de materias primas agropecuarias y mineras, de servicios como el turismo y de capitales” (Lundahl y Pelupessy, 1989, p. 13). En América Central, se hicieron evidentes los problemas estructurales, sobre todo vinculados con el agro, entre estos: la concentración de la tierra, el tipo de organización productiva, la tendencia a la monoexportación, la poca diversificación de mercados para la producción, el cambio técnico limitado, el intercambio desigual entre productores e intermediarios, los problemas de precios de los productos y los insumos, entre otros.

Para intentar resolver estos problemas, los países plantearon políticas diferenciadas. En Costa Rica se establecieron propuestas orientadas al reformismo agrario (Barahona, 1980) y se promulgó la Ley No. 2825 de Tierras y Colonización en 1961; luego, se creó el Instituto Costarricense de Tierras y Colonización (ITCO) por medio de la Ley No. 3042 de 1962. El objetivo de esta institucionalidad fue la “titularización y la concentración de recursos en los llamados asentamientos campesinos prioritarios” (Royo, 2003, p. 228). Los límites de esta propuesta triunfante, entre 1950 y 1984, quedan evidenciados porque:

Las fincas más pequeñas –de 1 a 10 Ha.-, no obstante constituir la mitad del total, sólo controlan cerca del 5% de las tierras. En cambio, las mayores de 200 Ha., dominan aproximadamente la mitad de las tierras. Estas fincas abarcan del 54,9% de las tierras en 1950 al 47,2% en 1984. Costa Rica lamentablemente mantiene un régimen de distribución de la tierra bastante inequitativo, a pesar de la creencia general en una pretendida igualdad (González, 1994, pp. 24-25; Rodríguez, 1993).

Lo anterior se combinó con el cambio tecnológico dispar entre las actividades agrícolas (Martínez, 1987).

En Guatemala se combinó la crisis económica con la crisis social y la violencia política. De acuerdo con Guerra-Borges (2011):

Al ingresar a la década de 1980 la economía creció 3,4 por ciento en términos reales, tasa moderada aunque nada despreciable dadas las circunstancias del momento... En el sexenio 1981-1986 la economía registró tres años de estancamiento y tres de crecimiento negativo... No fue sino hasta 1987 que la economía retomó un curso estable de expansión... en los años ochenta... el producto por habitante cayó en promedio -18,6, más de dos veces el retroceso promedio de 26 países de América Latina y el Caribe (que fue de -8,3 por ciento) (pp. 121-122).

En Honduras, según Lundahl y Pelupessy (1989), sucedió lo siguiente, a

Comienzos de la década de los setenta, se planificó una reforma agraria para romper el sistema latifundio-minifundio y crear nuevas formas de propiedad basadas en la propiedad comunitaria y cooperativa... Para evitar conflictos políticos, la reforma agraria fue aplicada mayormente en tierras estatales, creándose un sector reformado que ha estado lejos de ser exitoso. Además, el crecimiento demográfico h[izo]... que aument[ara] el número de minifundios. En resumen, el sector agrícola contin[uó] mostrando la misma polarización que tenía a comienzos de la década de los setenta (p. 16).

En El Salvador, de acuerdo con lo planteado por Segovia:

A raíz de la crisis política y económica de finales de los años setenta, se desencadenó... un proceso de transformaciones económicas, sociales y políticas que juntas provocaron un cambio estructural y coadyuvaron al surgimiento de un importante proceso de modernización económica y social. El proceso de cambios fue el resultado de la conjugación de factores económicos y extraeconómicos, internos y externos, entre los que sobresalen el conflicto armado, la crisis socioeconómica de los ochenta y la respuesta de política económica a dicha crisis; las reformas estructurales de 1980 y la reforma económica de principios de los noventa; la participación económica y política de Estados Unidos; y la firma de la paz y el posterior cumplimiento de los acuerdos (Segovia, 2002, p. 251; Pelupessy, 1998).

Edelberto Torres-Rivas (1994) denominó al periodo como los “años perdidos”: “Ha sido esta década, 1979-1991, infame para el destino de la inmensa mayoría de la población centroamericana” (p. 11). Para Carlos Figueroa (1994), esta crisis “expresó el agotamiento de una determinada manera de acumular (la sustentada en el latifundismo agroexportador) y el de una manera de gobernar: la del Estado autoritario a través de su forma específica en América Central, la dictadura militar”, de manera que se abrió un interregno que se puede valorar como positivo: el de la búsqueda de la paz.

En términos socioeconómicos, estos “años perdidos” contrastaban con un periodo de prosperidad que fue estudiado por Leonardo Garnier. Dicho periodo se fundamentaba, según este autor, en un crecimiento económico notable entre 1950 y 1980, con una tasa de crecimiento promedio del PIB del 5 % en términos reales, cuyas bases se relacionaron con lo siguiente:

Una importante diversificación y modernización de la producción. En esas tres décadas, la participación de la agricultura en el PIB se redujo significativamente... mientras... crecía el peso de las actividades manufactureras y del gobierno... Paralelamente se transformaron las relaciones comerciales de la región, y se fortaleció... la apertura de las economías nacionales... Simultáneamente, se dio una rápida expansión del comercio regional como resultado de la sustitución de importaciones de bienes manufacturados de consumo final (Garnier, 1994, p. 89).

Lo anterior, como se había planteado, dentro del contexto de la integración regional centroamericana. Es importante valorar cómo se trató de solventar la crisis en términos de política económica.

Los cambios en la política económica

Respecto a la política económica, entre 1981 y 1983, los países de la región centroamericana, menos Nicaragua, pusieron en marcha:

Políticas de estabilización de tipo restrictivo, generalmente en contextos marcados por la vigencia de convenios con el Fondo Monetario Internacional. No obstante, a partir de 1984 solo Costa Rica establece un nuevo convenio con ese organismo internacional (abril de 1985). Esta evolución contrasta con el continuo establecimiento de convenios por parte de México y varios países de América del Sur con el FMI y está asociada con el flujo creciente a partir de 1982 de fondos de AID a América Central (Rivera y Sojo, 1986, p. 109).

Las políticas monetarias, crediticias y fiscales fueron diferenciadas entre los países del istmo (Rivera y Sojo, 1986),

por lo que merecen ser reestudiadas. Además, la crisis tuvo impactos sociales importantes en términos de la dinámica poblacional, el comportamiento de la natalidad y la mortalidad infantil, la emigración, el incremento de las remesas, así como un aumento en el desempleo, la pobreza y la informalidad (Torres-Rivas, 1994).

Los efectos de la crisis han recibido bastante atención en función de los resultados de las políticas del ajuste estructural en América Central. Se ha estudiado el impacto de la apertura comercial, porque dicho ajuste estructural en los países centroamericano marcó:

El fin de un proceso de desarrollo con amplia intervención estatal, destinado principalmente a lograr el crecimiento rápido del sector industrial. Los años ochenta y el principio de los años noventa fueron marcados por un debate a veces muy polémico sobre la apertura comercial y el retiro de las instituciones públicas de las actividades económicas. En el marco de esta discusión, a menudo muy agitada, y bajo la incertidumbre acerca del futuro, se quedó corto el análisis de los efectos del antiguo modelo de desarrollo sobre la situación de los diferentes actores económicos y grupos sociales de la región... el modelo de industrialización y de desarrollo hacia adentro estaba relacionado con un sesgo anti-agrícola y con la marginación de las zonas rurales, la apertura comercial y el cambio en las reglas de juego para los distintos actores económicos podrían variar el rumbo de las relaciones intersectoriales y del desarrollo espacial de los países centroamericanos (Stamm, 1996, pp. 23-24).

Sin embargo, esta visión optimista se vio limitada por el siguiente motivo:

Los efectos socio-económicos de las nuevas actividades permanecen muy limitados, debido sobre todo a que las agroexportaciones no-tradicionales tienen una capacidad muy reducida de ofrecer empleo a la población rural, y en particular a aquellos segmentos que están perdiendo opciones de ingreso en la producción de granos básicos (Stamm, 1996, p. 44).

Puesto en contexto global, el ajuste implicaba una opción que se planteó como única, entre tres grandes alternativas, según Fürst (1989): en primer lugar, el enfoque liberal-ofertista patrocinado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; en segundo, las políticas de base neoestructuralistas; y, finalmente, el denominado “ajuste con cara/rostro humano” (Fürst, 1989). En la alternativa inicial privaron medidas de liberalización orientadas a la eliminación de regulaciones y de controles, cuya finalidad era “lograr que los precios fueran correctos”, bajo una lógica de mercados autorregulados. Estas políticas “reasignan el gasto hacia sectores que promueven la producción de bienes exportables en desmedro de aquellos orientados al mercado interno” (Lundahl y Pelupessy, 1989, p. 21).

Por su parte, las políticas neoestructuralistas desconfían de la eficiencia del mercado planteada por los neoclásicos, de manera que propusieron “una mayor intervención directa en los mecanismos de mercado, unida a reformas tributarias, sustitución selectiva de importaciones y otras reformas socio-económicas” (Lundahl y Pelupessy, 1989, p. 21). Asimismo, el denominado “ajuste con rostro humano” planteaba un enfoque más keynesiano, basado en políticas macro-económicas de carácter expansivo, para tratar de garantizar:

Una reactivación general, políticas orientadas a promover la justicia redistributiva asociadas a políticas sectoriales específicas, medidas orientadas

a promover la provisión de servicios sociales y políticas compensatorias en las áreas de nutrición, salud, vivienda, entre otras, para proteger el nivel de vida de los pobres (Lundahl y Pelupessy, 1989, p. 21; Torres Rivas, 1989).

Según Fürst (1989), Costa Rica combinó las tres estrategias (Rovira, 1984; Franco y Sojo, 1992; Vargas, 1992; Villasuso, 1992; Vargas Solís, 2002; Sánchez, 2004; Garnier y Blanco, 2010; Céspedes *et al.*, 1990; León, s.f.).

En el caso particular de Costa Rica, al menos hasta 1992, los resultados de la opción del reformismo neoliberal, vía ajuste estructural, de acuerdo con Alicia Korten, fueron:

- a. La promoción de las exportaciones, que desvió “los subsidios gubernamentales de productos que se consum[ían]... dentro del país a aquellos que se exporta[ban]... a mercados extranjeros” (Korten, 1997, p. 18). Paralelamente, se incentivó el cambio de producción de granos para cultivar productos de exportación no tradicionales de mercado como las plantas ornamentales, las fresas, los chiles dulces, entre otros.
- b. Se dio un incremento en las exportaciones. En el periodo comprendido entre 1980 y 1992, las exportaciones de los productos tradicionales:

Café, banano, carne, azúcar se incrementaron en un 34% y las exportaciones no tradicionales se elevaron en un 134%. Las políticas también han favorecido un incremento de los salarios y estabilizado el desempleo. Los salarios reales crecieron en un 5% entre 1980 y 1990 y el desempleo, que por un tiempo largo osciló entre 3 y 4%, subió dramáticamente a 9,1% en 1982 y se estabilizó en 1990 en un 5% (Korten, 1997, p. 18).

- c. Sin embargo, las políticas no resolvieron el déficit de la balanza comercial:

La diferencia promedio en la década de los setenta entre estos rubros sumaba 234 millones de dólares. En el año 1992, a pesar del aumento en las exportaciones, la diferencia había crecido a 531,8 millones. Parte del problema radicaba en que la producción de artículos de exportación implicó... importaciones considerables. Por otra parte... la reducción de aranceles sobre productos importados... trajo un aumento en la importación de bienes de lujo (Korten, 1997, p. 18).

d. Tampoco se resolvió el problema de la deuda externa:

Para sanear el problema de divisas extranjeras causado por el constante exceso de importaciones sobre exportaciones, el país siguió solicitando préstamos fuertes. En 1980, la deuda... ascendía a 2,7 mil millones de dólares. Para 1983, había subido a 4,2 mil millones. En 1991, y pese a una condonación de mil millones, esta se mantenía en 4,1 mil millones (Korten, 1997, pp. 18-19).

Entre 1982 y principios de la década de 1990:

El ajuste costarricense se caracterizó por ser gradual y expansivo. Después de la aguda devaluación que se dio en 1981, la política cambiaria ha utilizado el instrumento de las minidevaluaciones para evitar el resurgimiento del sesgo antiexportador que se había acumulado a finales de la década de los setentas, pero sin provocar la inestabilidad que podría surgir, en una economía pequeña y abierta como la costarricense, con un tipo de cambio completamente libre (Garnier e Hidalgo, 1991, p. 39).

El Gobierno incrementó los subsidios y redujo los impuestos para el sector exportador. Entre 1985 y 1992:

El Gobierno de Costa Rica desembolsó 326.1 millones de dólares en Certificados de Ajuste Tributario para las exportaciones no tradicionales. En un periodo un poco más amplio, entre 1983 y 1992, la renta pública anual proveniente de los impuestos a las exportaciones [disminuyó]... significativamente de 121 a 42 millones (Korten, 1997, p. 19).

Por su parte, el sector industrial, que se había originado en el contexto de un mercado protegido, vivió el embate de la apertura económica y la desregulación.

Al menos en el corto plazo [no llevó]... a la desindustrialización... A pesar de una leve pérdida de competitividad frente a las importaciones, la industria de Costa Rica y Honduras se mantiene firme en los mercados internos y aumenta sus exportaciones. No obstante... hay indicios que ponen en entredicho el que la producción manufacturera sea competitiva a largo plazo (Altenburg, 1995, pp. 76-77).

El modelo industrial predominante fue el de la maquila (Ascher y Hubbard, 1989). También se generó un recorte “temporal” en la inversión social: “Entre 1980 y 1988, las asignaciones orientadas a los servicios sociales bajaron del 46,4% del presupuesto total del Gobierno al 41,1%. Esto se tradujo en un deterioro de educación y de salud” (Korten, 1997, p. 19). Las grandes corporaciones transnacionales tuvieron espacio para insertarse en el nuevo estilo económico, por lo que se generaron cambios en el empleo y en el control de la producción y la comercialización. El sector campesino y de pequeños agricultores también sufrió el impacto del ajuste debido a la política de importación de alimentos concebidos como “baratos”, es decir, bajo la lógica, muchas veces perversa, de que era más barato

importarlos que producirlos en el país, lo que atentó contra la seguridad alimentaria y nutricional (Arias *et al.*, 1993; Reuben, 1990; Fernández Arias, 2004).

Para América Central, en conjunto, se dio la transición de la “finca a la maquila” como lo ha planteado Pérez Sáinz (1996), lo que además transformó el mercado de trabajo e incrementó los niveles de pobreza (Funkhouser y Pérez Sáinz, 1998; Pérez Sáinz, 2014). En el caso de la agricultura, esta transición se dio en el contexto del debate de política económica y el cambio institucional entre la apertura comercial, el libre mercado y el proteccionismo (López Mora, 1995), así como en un ámbito transnacional de transición entre el segundo y el tercer régimen alimentario mundial (Abarca, 2013; Masfís y Sancho, 1994).

Además, Torres Rivas (2007) menciona lo siguiente sobre el tema de los desastres naturales y los periodos que vinieron después:

Los desastres naturales más importantes en los últimos años son el terremoto de 1972 en Managua, el huracán Fifi en 1974 en Honduras, el terremoto de 1976 en Guatemala, la erupción del volcán Irazú en 1963 en Costa Rica, el terremoto de 1986 en El Salvador, el huracán Juana de 1988 en Nicaragua... a las que le siguen intensos periodos laboriosos de reconstrucción (p. 132).

El cambio económico implicó que, entre 1980 y 1987, las exportaciones no tradicionales hacia el mercado estadounidense aumentaran en un 300 % (Membreño, 1994, p. 216) —básicamente, mariscos, flores, frutas y hortalizas—. Durante este mismo periodo, la mayor contribución a la generación de divisas estuvo dada por las remesas laborales, en el caso de El Salvador, con importancia

también en Guatemala, Honduras y Nicaragua⁹, y el crecimiento del sector turismo para Costa Rica, por citar dos ejemplos (Kaimowitz, 1994).

Ahora bien, pese a los esfuerzos del nuevo modelo guiado por las exportaciones asumido en Latinoamérica, particularmente en América Central, desde mediados de la década de 1980, la especialización productiva exportadora de esta última región no varió de manera sustancial. Como señala un informe de la Cepal (1999), las economías centroamericanas estaban en manos de “unos pocos productos o de unos pocos mercados (o de ambos) para sus ingresos de exportación” (p. 12) y continuaban manteniendo una dependencia importante del café y el banano, las denominadas exportaciones tradicionales de mercado.

Para los países centroamericanos, la tendencia de la participación del sector agrícola en el PIB permite hacer una línea divisoria entre los países de alta y baja participación en la década de 1990, aunque el sector continuó siendo estratégico para la región en conjunto. La mayoría de los países centroamericanos había visto decrecer la participación del sector agrícola en el PIB. En Guatemala, este sector representaba el 28,3 % del PIB en 1990; en El Salvador, el 26,3 %; en Honduras, el 22,3 %; en Nicaragua, el 24,6 %; en Costa Rica, el 19,4 %; y en Panamá, el 11,9 %, sobre este último país es bien sabido que basa su estructura productiva en el sector servicios. Los países de alta participación agrícola en

9 En el caso de El Salvador, las remesas familiares ascendían a 10,9 millones de dólares en 1980 y llegaron a los 1 086,6 millones de dólares en 1996; respecto a esta última fecha, dichas remesas representaban el 16,0 % del PIB. En Guatemala, las remesas ascendían a 96,5 millones de dólares en 1990 y 362,7 millones de dólares en 1996, es decir, un 3,2 % del PIB. En Honduras, mientras que las remesas llegaban a 50 millones de dólares en 1990, estas alcanzaron los 128,4 millones de dólares, un 3% del PIB, en 1996. En Nicaragua, se recibieron 75 millones de dólares por concepto de remesas en 1995 y este monto se incrementó a 95 millones de dólares, o sea, un 4,6 % del PIB, en 1996 (Proyecto Estado de la Nación, 1999, p. 375).

el PIB eran Guatemala, con un porcentaje que, hasta 1996, había caído al 21,1 % de las exportaciones, y Honduras, que hacia 1996 prácticamente mantenía un nivel de participación idéntico al de 1990, con un 22,3 % de participación. Por su parte, en El Salvador, la participación agrícola en el PIB había caído en un 10 % para 1996.

En Costa Rica, este mismo sector sufrió una caída del 4 %, mientras que Panamá presentó una caída muy similar. Nicaragua es el único país que vio incrementar la participación agrícola en el PIB en alrededor de un 10 %, la cual llegó a un 35,4 % en 1996. La principal contradicción del estilo neoliberal aplicado al agro estuvo relacionada con la pobreza en general y, particularmente, con la pobreza rural. Si bien algunos organismos regionales latinoamericanos señalaron que, en términos generales, la pobreza disminuyó del 41 % al 39 % en el periodo 1990-1995, esta disminución fue insuficiente, ya que la pobreza se había incrementado del 35 % al 41 % en la década de 1980. Eso sí, también se debe tener presente que las variaciones en la evolución de la pobreza son bastante contrastantes entre los países (Cepal, 1997, p. 14). Además, a nivel latinoamericano, la mayoría de los pobres vivían en zonas urbanas, pero las tasas de pobreza eran más altas en las zonas rurales.

Desde la perspectiva de la distribución de la Población Económicamente Activa (PEA), la situación fue similar a la de la década de 1980. Es interesante hacer notar que, en las zonas rurales centroamericanas, entre 1980 y 1997, solamente un promedio del 3,7 % de la PEA estaba constituido por los empleadores. La participación minoritaria de estos es bajísima en Guatemala (0,5 %) y en Honduras había venido en crecimiento (2,6 %). En El Salvador (4 %) y Panamá (2,2 %) se había dado una tendencia al decrecimiento y Costa Rica era el único país que mostraba avances en este sentido (7,1 %).

Los asalariados se ubicaban mayoritariamente en el sector privado: en Costa Rica (58,8 %), El Salvador (47,8 %),

Guatemala (35,4 %), Honduras (31,4 %) y Panamá (36,0%), mientras que los del sector público habían decrecido como resultado de la reducción del aparato estatal relacionado con las políticas de reforma del Estado. Asimismo, los asalariados del sector privado crecieron, en buena parte, por la aparición de empresas multinacionales agrarias pequeñas, medianas y grandes, que habían monopolizado la producción agrícola no tradicional para la exportación, así como por la desaparición de empresas estatales.

Los empleos rurales no agrícolas no crecieron mucho en Guatemala, Honduras y Panamá, países en los cuales los trabajadores por cuenta propia constituían más de una tercera parte para Panamá (33,4 %) y casi la mitad para Guatemala (47,9 %) y Honduras (41,6 %). En Costa Rica (11,3 %) se notaba la pérdida de la participación de los trabajadores por cuenta propia en las zonas rurales al igual que en El Salvador (28,1 %). Los elementos esbozados dan argumentos para señalar que el proceso de desaparición del peso del agro en la estructura económica centroamericana fue fuerte en la década de 1990, pero que los resultados no estuvieron en consonancia con lo esperado mediante el ajuste de los Gobiernos neoliberales (Viales Hurtado, 1999).

En los albores de la década de 1990, el debate sobre el contexto general de la pobreza y de la informalidad en América Central y del peso de las políticas neoliberales sobre esta problemática se convirtió en medular (Viales Hurtado, 2005). De acuerdo con Edelberto Torres-Rivas (1999), al iniciar la década de 1970, América Central era básicamente campesina. Más rural, porque la población de este entorno no superaba el tamaño de la población urbana, y más agraria, porque el PIB era en esencia agrícola. Por el contrario, hacia 1999, la importancia de la agricultura decayó y, además, en la región se incrementaron las diferencias internas. Entre 1970 y 1999 también aumentaron las variaciones regionales:

El PIB per cápita en Costa Rica... [era] de 2.081 dólares y el de Nicaragua de 491. El porcentaje de gente que viv[ía] con menos de un dólar diario es de 18,9 en Costa Rica y de 53,3 en Guatemala. La concentración de la riqueza exhib[ía] puntualmente una relación opuesta. Medida en términos de quintiles, el 10% de la población más rica se apropia[ba] del 35% del ingreso total en Costa Rica y del 47% en Guatemala. Estas... no son sociedades subdesarrolladas, sino injustas (Torres Rivas, 1999, p. 53).

De acuerdo con Rafael Menjívar y Juan Diego Trejos (1990), la búsqueda de una nueva estrategia de desarrollo en la década de 1980, para el caso de América Central, partió de tres tipos de concepciones: primero, la idea que asimilaba el ajuste estructural con la estrategia de desarrollo, pasando por alto el hecho de que la primera es solo un plan económico; segundo, la teoría del derrame (efecto *trickle down*), según la cual existiría una primera etapa de sacrificios, pero luego los beneficios se desbordarían por igual; y tercero, la creencia de que los problemas sociales solamente podían superarse con cooperación externa.

De esta manera, en 1983, medio millón de personas (el 5 % de la población) se llevaban el 31,5 % de la riqueza; 3 millones de personas obtenían el 30 %, quienes componían las capas medias y contaban con un ingreso de \$5 680 dólares per cápita anuales como promedio, es decir, unos \$473 dólares por mes; 5,5 millones de personas alcanzaban el 26% de la riqueza, pues recibían un ingreso per cápita promedio anual de \$246 dólares, entendido como \$20,5 dólares por mes; y, finalmente, en la base de la pirámide, 9 millones de personas (el 50 % de la población) se repartían el 13% de los ingresos, con un ingreso per cápita promedio anual de \$74 dólares, lo que equivalía a \$6,16 dólares mensuales. Esto quiere decir que,

a mediados de la década de 1980, luego de iniciar el ajuste estructural en la región, de un total de 25 millones de centroamericanos, 18 millones no cubrían sus necesidades básicas y 12 millones vivían en pobreza extrema; a ellos se les sumaban los pobres crónicos y los nuevos pobres que surgieron a partir de las políticas neoliberales.

Lo anterior vino aparejado con el crecimiento de la informalización y la pobreza (Barrera, Castiglia *et al.*, 1992) y el recorte de la inversión social, lo que abrió el debate sobre la década de 1990 y el “desarrollo con equidad” (Gurrieri y Torres Rivas, 1990) a raíz del incremento del desempleo, el subempleo, la caída de los salarios reales, el aumento de la pobreza y el deterioro de los servicios sociales.

Ahora interesa aproximarse el comportamiento macroeconómico de América Central durante la crisis de 1980, pero ubicándolo en el periodo 1950-1990, para así contar con una visión de mediano plazo.

El comportamiento macroeconómico durante la crisis de 1980. Una visión de mediano plazo (1950-1990)

De acuerdo con Cassio Luiselli, América Central, entre 1950 y 1970, creció:

A una tasa real promedio superior a 5%, destacándose Costa Rica y Nicaragua que crecieron a un ritmo superior, y sobre todo Panamá que creció más de 7%. Honduras, Guatemala y El Salvador lo hicieron a tasas ligeramente inferiores, pero en su conjunto la región se mostró ampliamente dinámica. Fueron tres los motores que impulsaron este crecimiento económico: el sector exportador —sobre todo agroexportador—, el proceso de industrialización sustitutiva vinculado a la integración económica, y la acelerada tasa de formación de capital en la región (Luiselli, 1989, p. 12).

Las tendencias anteriormente estudiadas se relativizan cuando se analizan los ciclos comerciales y las coyunturas económicas vinculados con productos particulares, así como al examinar economías nacionales particulares. Las economías centroamericanas han padecido lo que Marc Lindenberg (1988) denominó como “el dilema de las economías exportadoras pequeñas y altamente abiertas” (p. 156): estas crecen más lentamente que sus vecinos desarrollados y su desempeño está más sujeto a los *shocks* originados en la economía mundial. Este autor logró establecer la estrecha vinculación entre las crisis centroamericanas de 1954, 1958, 1975 y 1982 con las recesiones globales.

Además, Lindenberg identificó varios factores que pueden explicar esta situación: la dependencia de un número pequeño de productos de exportación con un impacto amplio sobre la economía nacional; la dependencia de las fluctuaciones de los precios de los productos exportados y los cambios en la demanda; el tipo de productos exportados; los recursos humanos especializados limitados; el rezago tecnológico; la dificultad de generar productos con marca reconocida internacionalmente; el rezago en la apertura de canales de mercado; y la debilidad para crear una banca local y sectores de seguros fuertes (Lindenberg, 1988, pp. 160-161).

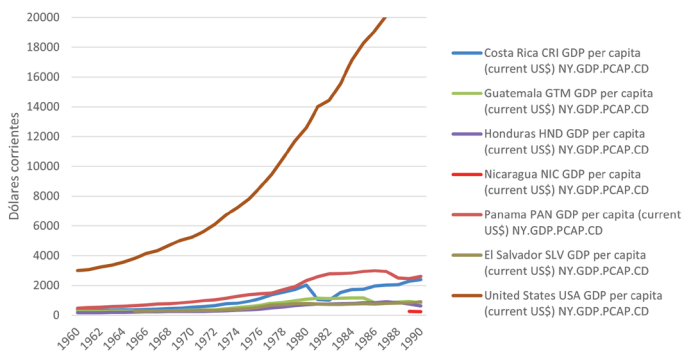
De esta forma, las economías dependientes, como las centroamericanas, difícilmente podrían “domesticar” el ciclo de negocios. Lindenberg ubicó ocho “periodos de tendencia” de la economía mundial, entre 1930 y 1985, divididos en tres tipos: las grandes crisis (1930-1934 y 1944-1949), las pequeñas crisis (1954-1961; 1974-1977 y 1978-1964) y los periodos de crecimiento sostenido (1935-1943; 1950-1953 y 1962-1973). Durante estos periodos, la economía centroamericana siguió la tendencia mundial en seis ocasiones, excepto en 1935-1943 y 1944-1949.

Respecto a la primera excepción, el mundo vivió un crecimiento económico fuerte en el periodo de entreguerras,

con una tasa de crecimiento del producto interno bruto del 7 % en los Estados Unidos y el Reino Unido, pero en América Central el crecimiento fue negativo, ya que hubo problemas en la reorientación del comercio fuera de Europa, la reducción de envíos y el control de precios de la economía que se transformó como el mercado fuerte durante la Segunda Guerra Mundial: los Estados Unidos (Lindenberg, 1988, pp. 164-165).

Es importante recordar que, en el contexto del crecimiento capitalista, la convergencia se da básicamente entre países industrializados, la cual se puede medir a partir del PIB per cápita como consecuencia del cambio tecnológico, el aumento de la productividad, los patrones de comercio e inversión y el desarrollo de las instituciones, según lo planteó Angus Maddison (1991) en su modelo de fuerzas dinámicas.

Gráfico 8
América Central (con Panamá) y Estados Unidos. PIB per cápita
según el Banco Mundial, 1960-1990, en dólares corrientes

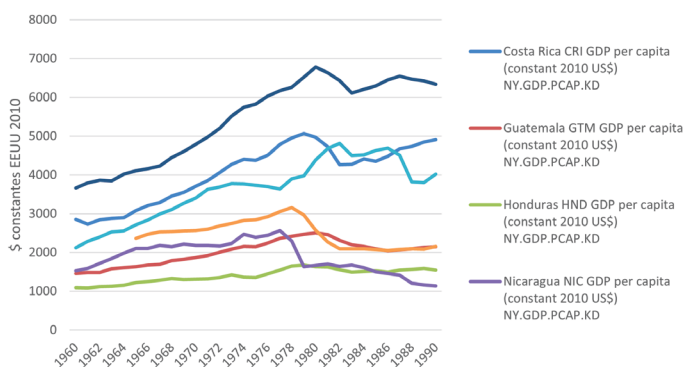


Fuente: Elaboración propia a partir de *The World Bank Data*. <https://data.worldbank.org/indicador/NY.GDP.PCAP.KD?locations=ZJ-CJ> (Viales Hurtado, 2019, p. 55).

Según el Banco Mundial, al analizar el comportamiento del PIB per cápita entre 1960 y 1990, en dólares corrientes, en Estados Unidos y América Central (con Panamá), se nota una clara divergencia entre estos países (ver gráfico 8). En dicho periodo se abrió una gran brecha en términos de este indicador con una tendencia creciente, que deja claro que Estados Unidos, a pesar de la quiebra de algunos bancos que habían realizado préstamos a América Latina, no padeció un fuerte impacto de la crisis de 1980 debido al comportamiento de su PIB per cápita. En la región de América Central, aun cuando hay un desempeño deficiente del indicador, queda claro que Panamá y Costa Rica presentan divergencias con respecto al resto de la región, de manera que van a tender a la convergencia hacia 1990, por encima de los \$2 600 dólares, hasta llegar a un punto cercano al que había alcanzado Estados Unidos en la década de 1960, por encima de los \$3 000 dólares, aunque el PIB per cápita de Costa Rica cayó en 1982. Es decir, la brecha en la región creció durante un periodo de treinta años, tres décadas perdidas, en donde la crisis de 1980 fue un interregno negativo para la región centroamericana. Por su parte, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, si bien en ese gráfico no hay datos para todo el periodo, fueron a la zaga en la región.

Si se toma en cuenta el PIB per cápita, pero calculado por el Banco Mundial en dólares constantes de 2010, para el periodo 1960-1990 y esta vez para contrastar con América Latina y el Caribe, la región centroamericana presenta una brecha con respecto a la primera región (ver gráfico 9). Se confirma la distancia, al interior de América Central —incluyendo a Panamá—, aunque esta vez Costa Rica supera a Panamá, excepto en los años del impacto de la crisis desde 1981; tendencia que se revierte a partir de 1987. Además, Honduras se reafirma como la economía centroamericana menos dinámica hasta 1985, cuando cae en picada Nicaragua, que alcanza su peor comportamiento económico en 1988.

Gráfico 9
América Central (con Panamá) y América Latina y el Caribe. PIB per cápita,
según el Banco Mundial, 1960-1990, \$ constantes EE. UU. 2010

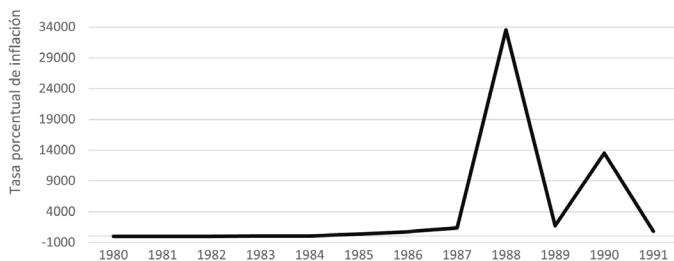


Fuente: Elaboración propia a partir de *The World Bank Data*. <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.KD?locations=ZJ-CL> (Viales Hurtado, 2019, p. 56).

Lo anterior tiene que ver con el impacto de la hiperinflación en Nicaragua, la cual empieza a crecer en 1987, pero alcanza niveles descomunales en 1988, por encima del 33 000 %, como se había indicado anteriormente. Aunque al año siguiente esta cae al orden del 1 600 %, la economía vuelve a sufrir un duro golpe con una inflación por encima del 13 000 % (ver gráfico 10).

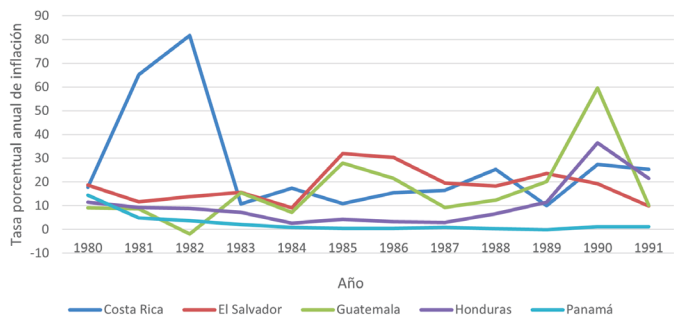
En el resto de América Central, la inflación resultó complicada para Costa Rica, entre 1981 y 1982, con un 65 % y casi un 82 %, respectivamente, y Guatemala con un 60 % en 1990. Además, Panamá mostró la menor inflación durante todo el periodo junto con Honduras, aunque este último tuvo un ciclo inflacionario a partir de 1987 y hasta 1990 (ver gráfico 11).

Gráfico 10
Nicaragua: tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991



Fuente: Elaboración propia a partir de Bulmer-Thomas (1998, p. 450) y Viales Hurtado (2019, p. 56).

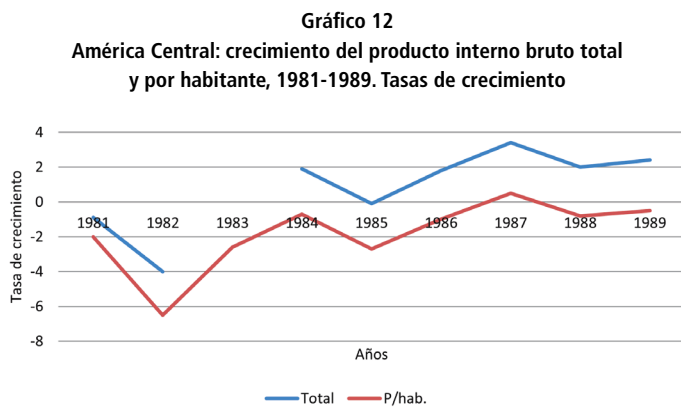
Gráfico 11
América Central (sin Nicaragua y con Panamá): tasa porcentual anual de inflación (precios al consumidor), variaciones de diciembre a diciembre, 1980-1991



Fuente: Elaboración propia a partir de Bulmer-Thomas (1998, p. 450) y Viales Hurtado (2019, p. 57).

En 1991, la Cepal hizo su apreciación inicial del crecimiento del PIB y el PIB per cápita para la región entre 1981 y 1989, cuyo resultado refrendó la idea de la “década perdida” (ver gráfico 12). El PIB se hundió en 1981-1982, luego no aparecen datos, pero la tendencia al

crecimiento se había recuperado en 1984, con un 1,9 %, para caer al -0,1 % al año siguiente; el punto más alto se alcanzó en 1987, con un 3,4 %; aunque estos indicadores estaban lejos de los niveles del periodo anterior a 1980, como se analizó anteriormente.

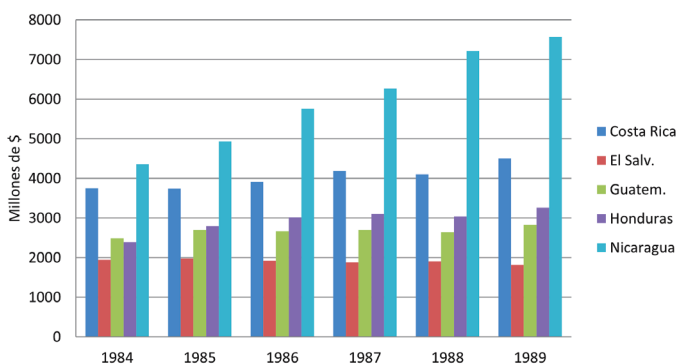


Fuente: Elaboración propia hecha a partir de Cepal (1991, p. 15) y Viales Hurtado (2019, p. 57).

El punto más bajo del PIB per cápita se calculó para el año 1982, con un -6,5% y el comportamiento de toda la década fue negativo, con excepción del año 1987, con un 0,5%. A partir de 1982, se registra una contracción del producto por habitante, con la excepción de 1987.

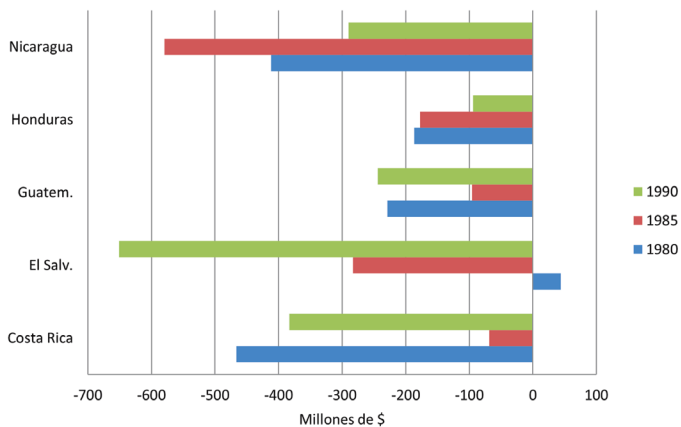
El mayor nivel de endeudamiento de Nicaragua, que recibió el impacto de la crisis en pleno proceso revolucionario, fue seguido por Costa Rica, Guatemala y Honduras. Por su parte, El Salvador aparece como la economía menos endeudada de la región, pero queda claro que el “crecimiento basado en la deuda” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 416) dejó sus secuelas hasta inicios de la década de 1990 (ver gráfico 13).

Gráfico 13
América Central: deuda externa total desembolsada 1984-1989.
5 países. Saldo a finales del año. Millones de dólares



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1991, p. 21) y Viales Hurtado (2019, p. 58).

Gráfico 14
América Central: balanza Comercial 1980-1990 por quinquenios.
5 países. En millones de dólares



Fuente: Elaboración propia a partir de Flacso-Costa Rica (2005, pp. 169-171) y Viales Hurtado (2019, p. 59).

Como señaló Lindenberg (1988), las economías pequeñas y abiertas resultaron vulnerables al comportamiento del comercio exterior (ver gráfico 14). A inicios de la década de 1980, resulta claro que la economía centroamericana con el mayor déficit comercial era Costa Rica, aunque seguida muy de cerca por Nicaragua; luego aparecía Guatemala y, posteriormente, Honduras. Solo El Salvador presentaba un indicador positivo, pero muy débil.

Hacia 1985, Costa Rica había logrado bajar ese déficit, pero Nicaragua más bien lo había aumentado, seguido por El Salvador, que tuvo una caída trepidante con respecto al inicio de la década. Guatemala bajó el déficit y Honduras en menor medida. Después, en la década de 1990, Costa Rica incrementó el déficit comercial al igual que Guatemala, mientras que Nicaragua y Honduras lograron reducirlo. Sin embargo, en este año, El Salvador aumentó su déficit comercial hasta llegar a alcanzar el peor nivel desde 1980 y para todos los países, con -651,1 millones de dólares.

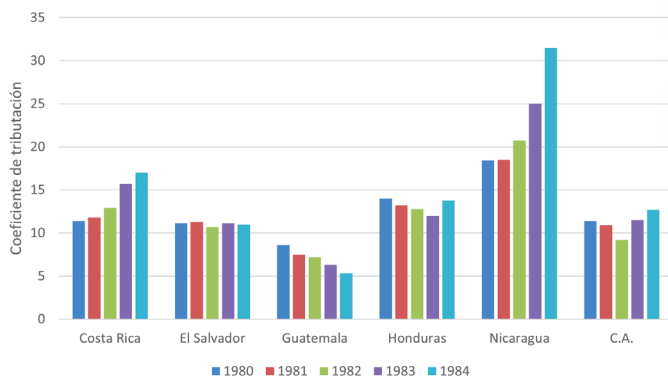
Estos factores se vinculan con la dinámica interna de las economías centroamericanas, que aumentaron el gasto público con la finalidad de minimizar los efectos de la crisis. Hernán González planteó que dicho aumento fue de aproximadamente el 250 % desde 1975, aunque a partir de 1980 empezó una tendencia a la baja en este rubro, pero con un escaso crecimiento de los ingresos del Gobierno central, lo que generó el déficit fiscal:

Esos ingresos, en América Central [constituían]... la mayor parte de las rentas públicas... [y oscilaban] entre el 68.9% en El Salvador... [con la cifra más baja] hasta el 92.2% en Honduras. Además, los ingresos tributarios... [se mantuvieron] prácticamente estáticos en algunos países y, en otros,... [cambiaron] pausadamente. Las diferentes organizaciones gremiales de la burguesía... [se resistieron] con éxito a la elevación

de los niveles tributarios, principalmente los impuestos de la renta y la propiedad. Buena parte de los aumentos en los ingresos tributarios se... [debió] a un mayor régimen impositivo indirecto. De esta manera, se... [gravó] el consumo... (González, 1992, p. 73).

Entre 1980 y 1984, el coeficiente de tributación (ver gráfico 15) claramente marcó para la región poco dinamismo, con una caída en 1982, pero, a la vez, se notan contrastes importantes. Nicaragua logró subir la carga tributaria después de la Revolución Sandinista, aunque el gasto militar también absorbió más recursos. Guatemala aparecía como el país con menor carga tributaria y Costa Rica registró un aumento leve de 1982 a 1984. El Salvador y Honduras se mantuvieron en niveles similares y, al igual que Guatemala, debieron financiar los gastos de defensa y seguridad pública.

Gráfico 15
Centroamérica: coeficiente de tributación, 1980-1984. 5 países

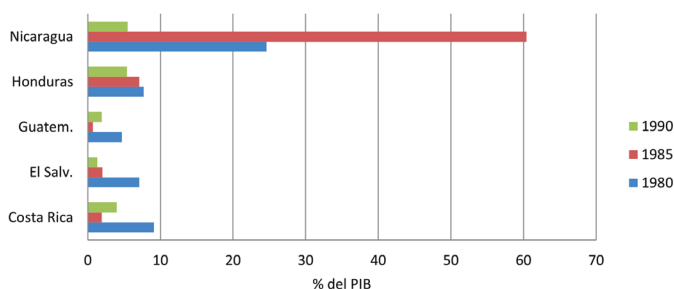


Fuente: Elaboración propia a partir de González (1992, p. 73) y Viales Hurtado (2019, p. 59).

Si se toma en cuenta el déficit fiscal como porcentaje del PIB entre 1980 y 1990, Nicaragua vuelve a aparecer como la economía con mayores problemas, ya que contaba con un 24,6 % en 1980, un 60,4 % en 1985 y un 5,5 % en 1990, junto con una recuperación muy importante. Los demás países, entre 1980 y 1990, no superaron el 10 % (ver gráfico 16) (Reuben, 1990).

La situación de crisis y el éxodo de capitales hicieron que los proyectos de reforma tributaria tuvieran un panorama complicado (Garnier Rímolo, 1994, p. 97).

Gráfico 16
América Central: déficit fiscal como porcentaje del PIB. 1980-1990.
5 países. En quinquenios



Fuente: Elaboración propia a partir de Flasco-Costa Rica (2005, p. 183) y Viales Hurtado (2019, p. 60).

A pesar del contexto negativo, los países de la región, al igual que en toda América Latina, tuvieron que seguir una política de incremento de las exportaciones, por lo que se tomaron:

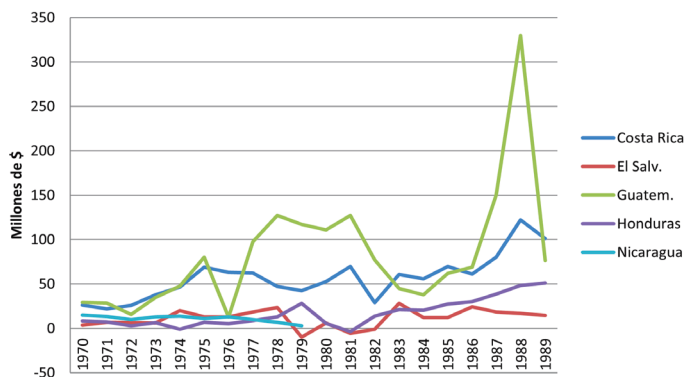
Medidas que pudiesen suprimir las importaciones sin dañar las exportaciones. El tipo de cambio, tan a menudo sobrevaluado, se volvió instrumento clave de los programas de ajuste externo... La devaluación nominal se llevó al punto de garantizar una real depreciación efectiva del tipo de cambio, como desincentivo

para las importaciones y, simultáneamente, un impulso para las exportaciones. A mediados de la década, las únicas naciones que habían experimentado una revaluación real de la moneda eran las que se seguían comprometidas con un tipo de cambio fijo nominal (El Salvador, Haití, Honduras y Panamá) y las que sufrían hiperinflación (Bolivia, Nicaragua) (Bulmer-Thomas, 1998, pp. 439-440).

Aunque Panamá rompió ese ciclo después de 1986, asimilándose a Costa Rica y a Guatemala (ver gráfico 5).

Lo anterior afectó las importaciones de carácter intra-regional del Mercado Común Centroamericano, pues estas cayeron un 60 % entre 1980 y 1986, porque las barreras no arancelarias crecieron, a la vez que la crisis política recrudeció con “el continuo incumplimiento de Nicaragua en el pago de bienes importados del resto de América Central” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 440).

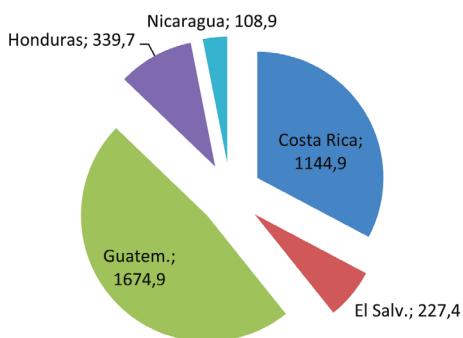
Gráfico 17
América Central: flujos de inversión extranjera directa, 1970-1989.
En millones de dólares



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (2001, pp. 9 y 13) y Viales Hurtado (2019, p. 60).

La situación podría haberse solucionado por medio de la Inversión Extranjera Directa (IED), según los principios de las economías abiertas, pequeñas y dependientes. (ver gráfico 17) Guatemala fue el país, con la excepción de 1976 y del periodo 1983-1985, que recibió la mayor cantidad de IED, con su punto más alto en 1988, con \$ 329, 7 millones. La segunda economía que recibió la IED más importante fue Costa Rica, que superó a Guatemala solamente en 1976 y en 1983-1985, pero que alcanzó el máximo en 1988, con \$ 122,3 millones, muy por debajo de Guatemala. Aun así (ver gráfico 18), el total de IED para todo el periodo fue de \$ 1.674,9 millones para Guatemala y de \$ 1.144,9 para Costa Rica. Los otros países estuvieron muy por debajo de estos niveles y Nicaragua, por lo menos hasta 1979, años en que se cuenta con datos, fue el que recibió la menor IED.

Gráfico 18
América Central: inversión extranjera directa entre 1970 y 1989



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (2001, pp. 9 y 13) y Viales Hurtado (2019, p. 60).

En este contexto se incrementó la necesidad de conseguir financiamiento externo, aunque las condiciones del nuevo orden económico internacional habían cambiado y se

estuvo sujeto a la condicionalidad cruzada de los organismos financieros internacionales para la obtención de créditos, las políticas de la Reserva Federal de los Estados Unidos y la presión por realizar una reforma y una transición hacia un nuevo estilo de desarrollo. También hubo predominancia del pensamiento neoliberal, que achacó el origen de la crisis al fracaso de la ISI dirigida por el Estado, aunque, como se analizó, esto solo era una parte del cambio estructural en la región, en donde el ajuste estructural resultaba una alternativa entre otras.

En el capítulo siguiente se examina la alternativa predominante con mayor detalle para aproximarse a la lógica de la estabilización, el ajuste, la imposición de la reforma neoliberal y su impacto social, así como a sus principales resultados, ubicándola en el contexto del periodo 1970-1990.

La crisis de 1980 en América Central: la estabilización, el ajuste, la imposición de la reforma neoliberal y su impacto social. La visión desde la perspectiva de dos décadas, 1970-1990

Introducción

Este capítulo profundiza en la caracterización de las medidas tomadas para salir de la crisis de 1980 con la finalidad de repensar el “estilo de crecimiento basado en la deuda” (Timossi Dolinsky y Stookey, 1990), así como de redimensionar el estilo de crecimiento neoliberal como un proyecto fundamentado en una reforma global, que abarcó tanto el estilo económico como la reforma institucional, para construir un nuevo orden económico internacional (con liberalización del capital financiero). De esta forma, surgieron nuevos actores transnacionales con poder de veto (condicionalidad cruzada) y élites (aunque algunas fueron herederas del poder de las élites tradicionales), las cuales impulsaron un estilo de democracia novedoso (Viales Hurtado y Cortés Sequeira, 2018).

Además, se analiza el impacto social de la crisis y de las medidas de estabilización y ajuste que se tomaron por presión de los organismos financieros internacionales, pero adoptadas y adaptadas por las élites nacionales, que se comportaron como transnacionalizadas, en términos de la situación de la pobreza, el ajuste del mercado de trabajo, la informalidad, el impacto sobre las economías rural y urbana y

el proceder de las políticas sociales en materia de educación y salud, al menos hasta inicios de la década de 1990.

Cuadro 7
América Central: los procesos transnacionales y las consecuencias de la integración en la economía y la sociedad globales según Walter I. Robinson

Ámbito	Principales transformaciones
Economía	Maquila, turismo, agricultura no tradicional, migración laboral transnacional y dependencia creciente de remesas laborales
Reestructuración de clase	Consolidación de la fracción transnacionalizada de las elites-burguesía, los tecnócratas y los profesionales. Nuevas clases trabajadoras rurales y urbanas, informalidad creciente
Fuerzas políticas y sociales	"Transiciones a la democracia", debilitamiento de la sociedad civil y nuevos movimientos sociales
Estado y sistema político	Integración supranacional gradual

Fuente: Adaptado de Robinson (2003, pp. 64-65).

Tal y como lo planteó Walter Robinson (ver cuadro 7), entre 1970 y 1990, la región centroamericana fue parte de procesos transnacionales generados por la economía y las sociedad globales en construcción, que, en términos de la economía, significaron el auge de un nuevo modelo guiado por las exportaciones, esta vez de productos no tradicionales de mercado; el crecimiento del turismo; la consolidación de la maquila; la migración laboral transnacional; y el peso cada vez más importante de las remesas laborales, aunque con matices entre los países de la región.

Por su parte, la informalización, la creación de una economía informal, generó cambios importantes en la estructura ocupacional y también en la estructura social, complementada con la transnacionalización de los grupos empresariales y los grupos dominantes dentro de un contexto sociopolítico de violencia política en tres países de la región, que luego dio paso a procesos de reforma y "transición a la democracia" (Sánchez Ancochea y Martí i Puig, 2014), sobre todo

a un estilo de “democracia delegativa” (O’Donnell, 1994) neoliberal. Se trata de un tipo de democracia liberal con elecciones periódicas, pero donde la nueva clase política no representa, necesariamente, los intereses de las mayorías y, por lo general, no rinde cuentas de su accionar, además de que se ha visto permeada por el impacto de la corrupción y el peso de regímenes híbridos (Lynn Karl, 1990) en los que coexisten signos evidentes de autoritarismo, incremento de las desigualdades, crisis de la meritocracia (en el sentido de que las élites gobernantes ya no estaban preparadas para gobernar) y exclusión social, todo esto en un ambiente global de una nueva institucionalidad.

La estabilización y el ajuste en América Central entre 1979 y la década de 1980

En América Central, la idea de la “estabilización” como etapa inicial del cambio estructural precedió a la crisis que se manifestó hacia 1982, según Leonardo Garnier. Por medio de esta política económica:

Los gobiernos centroamericanos se vieron en la imperiosa necesidad de realizar...en forma sistemática, ajustes de corte estabilizador. Con excepción de la Nicaragua sandinista, todos estos procesos... se [negociaron] con el Fondo Monetario Internacional... [y] entre 1979 y 1990 operaron quince de estos acuerdos, por un monto cercano a los mil millones de Derechos Especiales de Giro (DEG)... En algunos casos -siendo Costa Rica el ejemplo más conspicuo- las exigencias de estos convenios se vieron fortalecidas por las exigencias de otros organismos y agencias, como el Banco Mundial... y la Agencia Internacional para el Desarrollo... en un claro esquema de condicionalidad cruzada (Garnier Rímolo, 1994, p. 107).

Esta situación vino acompañada de una caída en la inversión y la producción, lo que, a la vez, generó un incremento en el desempleo y el subempleo. Costa Rica y Guatemala vieron duplicadas sus tasas de desempleo abierto, que pasaron de menos del 5 % al 10 %; Honduras estuvo un poco por encima de ese porcentaje, mientras que la situación fue muy negativa en Nicaragua y El Salvador:

Donde los niveles de desempleo abierto llegaron a afectar a más del 20% y el 30% de la población económicamente activa. La gravedad de esta situación se aprecia más claramente cuando se complementa con información sobre el subempleo, que afectaba prácticamente a la mitad de la población laboral de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, y a una cuarta parte de la costarricense (Garnier Rímolo, 1994, p. 105).

Con excepción de Nicaragua, los acuerdos para “ajustar los desequilibrios” se hicieron con el FMI, pero la condicionalidad cruzada se consolidó, porque, paralelamente, se tuvo que responder a los lineamientos emitidos por otros organismos financieros internacionales como el Banco Mundial y la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos (AID). La medida principal que se exigió para ajustar los desequilibrios en las economías fue la contracción de la demanda interna. Ante la caída en la demanda privada, se aplicó una restricción del crédito, la devaluación del tipo de cambio, una política monetaria restrictiva, así como “políticas salariales austeras. La contracción de la demanda pública se... [buscó] mediante una reducción global de gasto, la cual... [afectó] fuertemente a los gastos de inversión y al gasto social” (Garnier Rímolo, 1994, pp. 107-108).

La prioridad de estas medidas —que implicaron un acuerdo implícito y explícito entre el sector empresarial,

cada vez más transnacionalizado, y los organismos financieros internacionales— fue el control del déficit fiscal vía “austeridad fiscal”. Las dos políticas concretas para lograr esto se centraron en la reducción del gasto/inversión tanto como en la expansión del ingreso, donde esta última vía implicaba necesariamente una reforma tributaria que no se pudo consolidar en América Central. Entre 1982 y 1983, en Guatemala se tomaron medidas para el mejoramiento de la recaudación mediante el impuesto al valor agregado, pero los resultados fueron insatisfactorios; en El Salvador se ensayó, en 1984, con un impuesto temporal:

Sobre los ingresos extraordinarios de las exportaciones de café... donde también se dieron aumentos en los impuestos selectivos de consumo y ventas. En Costa Rica, los paquetes tributarios aprobados en 1983 y 1988 estuvieron igualmente sesgados hacia los impuestos indirectos... y también se vieron acompañados por reducciones en otros tributos, especialmente en el impuesto sobre la renta y las cargas sobre las exportaciones, resaltando la reducción del impuesto sobre las exportaciones de café y la eliminación de impuestos a la exportación que, como en otros países, benefició al sector bananero (Garnier Rímolo, 1994, p. 110).

Por su parte, Nicaragua reforzó el peso de los impuestos indirectos, mientras que las otras medidas que se tomaron, bajo una libertad marcada por la Revolución Sandinista en términos de no obedecer los dictados de la condicionalidad cruzada, fueron superadas por la hiperinflación, como se analizó anteriormente, lo que llevó a que el impacto, en términos nominales de las medidas, fuera desbordado por esta.

Desde 1979, el FMI estableció este tipo de políticas en Honduras y en todos los países de la región se hicieron esfuerzos orientados a la reducción del gasto público, aunque lo

que se limitó fuertemente fue la inversión pública, no así el gasto corriente. El Salvador sí redujo el gasto corriente del sector público del 18,4 % en 1982 al 11,7 % en 1989, pero los otros países tuvieron una tendencia diferente, dado que más bien aumentó. En Costa Rica, el gasto corriente del sector público incrementó del 20,6 % al 26,4 % del PIB; en Guatemala, del 9,9 % al 12,8 %; en Honduras, del 17,4 % al 18,7 %; y en Nicaragua, del 35,1 % al 40,4 %.

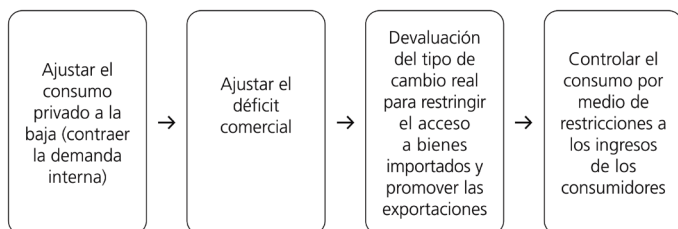
Los gastos en inversión pública, por el contrario, sufrieron recortes drásticos en todos los países: en Guatemala, la participación de los gastos públicos del capital en el PIB cae del 8,4% al 3%; en El Salvador cae del 9,6% al 4,3%; en Honduras, del 12,5% al 7,4%; en Nicaragua, del 17,6% al 7,5%; y en Costa Rica, del 11,2% al 5,6% (Garnier Rímolo, 1994, p. 116).

La otra medida de estabilización estandarizada, orientada a reducir el déficit comercial, fue:

Promover un manejo cauteloso de la demanda interna vía consumo privado. Ahora bien, ¿qué sentido tiene una política de restricción del consumo interno en países donde más de la mitad de la población vive en condiciones de pobreza extrema?... [Este fue] un objetivo particularmente importante para el proceso de estabilización financiera en Costa Rica, de la misma forma que la estabilización política era un aspecto crucial de los procesos que se vivían al norte del río San Juan. Ésta podría ser una de las causas de que los organismos financieros internacionales hayan puesto mayor presión en Costa Rica para que ajustara el tipo de cambio, los salarios reales y la demanda interna (Garnier Rímolo, 1994, p. 117).

La lógica de las medidas de reducción del consumo privado (ver Esquema 2) implicó la contracción de los salarios reales, así como la contracción del crédito para afianzar el efecto de la devaluación, en un contexto de inflación.

Esquema 2
La lógica de las medidas de reducción del consumo privado
según Leonardo Garnier Rímolo



Fuente: Adaptado a partir de Garnier Rímolo (1994, pp. 117 y 127).

En Costa Rica se adoptó una política cambiaria ortodoxa, aunque presentó resistencia, pero, debido al incremento en el déficit comercial hasta casi la mitad del valor de las exportaciones en 1980, se optó por implementar la flotación del colón durante la administración de Rodrigo Carazo Odio. Esto implicó una devaluación, en términos nominales, por encima del 500 %, de ahí que se combinaron procesos de inflación y devaluación, especulación financiera y fuga de capitales. Desde 1982, la administración de Luis Alberto Monge Álvarez aplicó un sistema de minidevaluaciones, con el aval del FMI, para estabilizar el tipo de cambio. Con esta medida: “el colón se recuperó parcialmente, hasta alcanzar en 1983 un 85% de su valor original, y devaluándose luego gradualmente, de manera que hacia 1990 el valor real del colón era un 60% de su valor en 1980” (Garnier Rímolo, 1994, p. 117).

Lo anterior, sumado a las políticas de reducción del consumo privado, provocó una caída en el nivel de vida

debido a la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos y el aumento del desempleo y la pobreza, pero empezó a crecer a un ritmo del 4,5 % anual y se empezó a recuperar la inversión después de 1982; paralelamente, se incrementaron los salarios reales, bajó la tasa de desempleo y subió el empleo, aun cuando hacia 1990 no se había llegado al nivel que se tenía a inicios de la década perdida: “En 1982 el gasto social había caído a un 70% del valor alcanzado antes de la crisis, a partir de ese momento volvió a crecer de manera que, para 1989, ya había alcanzado casi un 95% de su antiguo valor” (Garnier Rímolo, 1994, p. 118).

Honduras se resistió a devaluar el Lempira hasta 1989. Se recurrió a restricciones cambiarias y la retención de divisas. En este contexto, Leonardo Garnier detectó que la reducción del gasto público impactó dramáticamente:

En los escuálidos presupuestos sociales que caracteriza[ban]... la mayor parte de los países de la región. En términos relativos, este fenómeno... [fue] más grave en Guatemala y El Salvador, donde los gastos en educación y salud representaron, en 1986, apenas un 2,5% y un 3,3% del PNB respectivo, lo cual es prácticamente el mismo porcentaje que alcanzaban en 1960. En Honduras, esta proporción fue del 7,6%, del 10,1% en Costa Rica y del 12,7 en Nicaragua, dato este último que hay que tomar con cautela dada la caída de la producción y los ingresos que experimentaba Nicaragua en esos años (Garnier Rímolo, 1994, p. 116).

El desempleo cayó, pero continuó en un nivel alto, porque constituía un 10 % de la PEA hacia 1989. Paralelamente, los salarios se deterioraron y llegaron a representar un 78 % del valor alcanzado en 1979, razón por la cual el consumo no creció con rapidez, esto a pesar de que el PIB incrementó al 3,3 % anual, de manera que había aumentado un 20% en 1989 con

respecto a 1980. Guatemala no recibió presiones para devaluar por parte del FMI, pero se creó un mercado negro de divisas y se estableció un sistema de cambios múltiples, de hecho, que implicó una devaluación del 35 %. Después de 1985, el FMI sí presionó por la devaluación, así que la paridad entre el quetzal y el dólar se quebró a partir de ese año y la devaluación se completó en 1989 con un tipo de cambio de 3,26 quetzales por dólar. Hubo crisis inflacionaria en 1985 y 1986 y, a finales de la década perdida, el IPC subió por encima del 20 %. De esta forma, si bien los salarios reales se habían recuperado levemente, estos se vieron impactados de forma negativa y así también el consumo. La producción creció al 3,8 % anual después de 1986, aunque el desempleo aumentó hasta estabilizarse en un 10 % de la PEA. Asimismo, al iniciar la década de 1990, la pobreza en Guatemala alcanzaba al 80 % de la población (Garnier Rímolo, 1994, p. 126).

En El Salvador y Nicaragua, el impacto económico de la violencia y la guerra fue contundente. La devaluación se inició en 1982 hasta llegar a una devaluación real del 25 %, pero la sobrevaluación del colón se inició desde 1986. La economía de guerra salvadoreña, con una estimación de costos a partir de los daños causados por más de 1 000 millones de dólares, minó el crecimiento económico, elevó el desempleo hasta el 25 % o el 30 % y sufrió una inflación del orden del 25 % anual. Los salarios mínimos cayeron y, para 1989, representaban un 53 % de su valor real de 1980. La pobreza llegó al 87 % en 1985, el indicador más negativo de toda la región (Garnier Rímolo, 1994, p. 127).

Por su parte, Nicaragua, que siguió un esquema de política económica diferente, tuvo consecuencias similares determinadas, además, por el contexto económico global. En los años posteriores a la revolución, el córdoba se apreció y se incrementaron las importaciones, aumentadas por haber tenido acceso al financiamiento internacional, de manera que, conforme ese financiamiento disminuyó, desmejoró la situación.

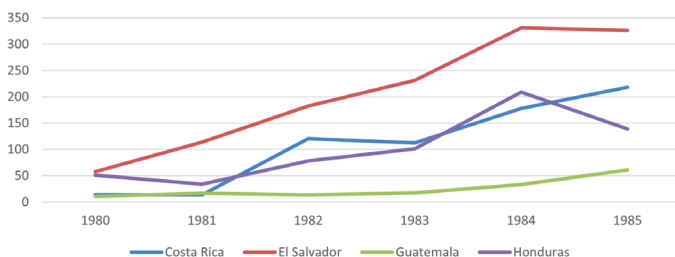
El tipo de cambio se sobrevaluó y, en 1987, el del mercado libre superaba casi 180 veces al oficial. Esta “diferencia no sólo pudo reducirse con las brutales devaluaciones de 1988 y 1989, que llevaron el tipo de cambio oficial de 0,07 a casi 16.000 córdobas nuevos por dólar, con lo que se llegó a una situación en la que el tipo de mercado libre superaba al oficial en apenas un 25%” (Garnier Rímolo, 1994, pp. 127-128).

Además, el déficit del Gobierno central llegó a representar el 21 % del PIB en el periodo 1984-1985, para bajar al 16 % entre 1986-1987 y luego volver a incrementarse en 1988, cuando llegó al 26 % del PIB. Esto obligó al Gobierno a la aplicación de medidas ortodoxas sin la participación del FMI, a lo que se sumó el bloqueo de los Estados Unidos, que implicó, para el periodo de 1980-1989, pérdidas por más de mil millones de dólares, más otros 1 400 millones por el efecto de la economía de guerra (Garnier Rímolo, 1994, p. 128). La combinación de producción decreciente y medidas ortodoxas explica el proceso de estanflación que padeció la economía:

Nicaragua experimentó en la segunda mitad de la década el mayor proceso inflacionario del continente, con un aumento de precios superior al 33.000% en 1988. Al mismo tiempo... la producción caía en términos reales a una tasa promedio anual del 3,4% de manera que el PIB de 1989 representaba apenas un 84% del PIB de 1984, y un 73% del PIB de 1975 (Garnier Rímolo, 1994, p. 128).

El impacto social de la crisis nicaragüense fue contundente: un desempleo cercano al 25 % durante la década de 1980, una cuarta parte de la población integrada a las fuerzas armadas, una caída de las remuneraciones reales del 94 % entre 1984 y 1988, así como un 69 % de la población en condición de pobreza hacia 1985.

Gráfico 19
Asistencia económica de los Estados Unidos para América Central,
1980-1985. 4 países. En millones de \$ y sin contemplar "asistencia militar"



Fuente: Elaboración propia a partir de López (1986, pág. 182).

En este contexto geopolítico, para América Central, la “ayuda económica” de los Estados Unidos, canalizada principalmente por medio de la AID, tuvo un peso importante como elemento paliativo de la crisis, con la excepción del caso de Nicaragua. Para fines no militares, a la región ingresaron más de \$2 600 millones de dólares entre 1980 y 1985, mientras que El Salvador recibió el 47 % de esos fondos, de los cuales solo una parte fueron donaciones (ver gráfico 19).

Esta situación implicó un reforzamiento de la dependencia financiera de la mayoría de los países centroamericanos, con excepción de Guatemala y Nicaragua, respecto a los Estados Unidos debido al impacto de la crisis económica de la década de 1980. Este tipo de cooperación se institucionalizó transnacionalmente. De acuerdo con José Antonio Sanahuja:

Dos propuestas más importantes fueron la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) de 1982 y la ‘Iniciativa para la Democracia, la Paz y el Desarrollo de América Central’, aprobada por el Congreso en

agosto de ese mismo año, que pretendió financiar y llevar a la práctica las recomendaciones y propuestas del Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre América Central (Comisión Kissinger) de enero de 1984. Hay que destacar, por último, la creación de la ‘Fundación Nacional para la Democracia’ (*National Endowment for Democracy, NED*) en noviembre de 1983 (Sanahuja Perales, 1996).

El presidente Ronald Reagan, por medio de la ICC, buscó reactivar económicamente a los países de la región mediante las reformas neoliberales, pero, además, persiguió el objetivo geoestratégico de favorecer la seguridad nacional de los Estados Unidos, a partir de su “doctrina de seguridad nacional”, en el escenario centroamericano de la Guerra Fría (Rojas y Solís, 1988).

Por su parte, a inicios de la década de 1980, América Central:

Buscó en Europa un contrapeso a la presión de Estados Unidos, cuya escalada militar en la región podía tener consecuencias desastrosas. Y Europa Occidental buscó en la pacificación de América Central un alivio a la tensión Este-Oeste, cuya escalada tendría consecuencias directas en su propio territorio (Sanahuja Pantoja, 1996, p. 118).

Con estas finalidades, en 1984, se llevó a cabo la Conferencia de San José, la primera, que, en el caso centroamericano, se interpretó como una posibilidad de encontrar un equilibrio de las superpotencias en la región. Se trató de un complemento a los procesos endógenos latinoamericanos generados por el Grupo Contadora (1983) y regional generado por Esquipulas II (1987) (Montobbio, 1997).

Sin embargo, en términos económicos:

Las expectativas eran claramente asimétricas. América Central demandó la apertura del protegido mercado comunitario a sus productos tradicionales, especialmente al café y al banano, junto con un sistema de estabilización de precios de exportación similar al concedido a sus ex-colonias en África, el Caribe y el Pacífico... También solicitó la reducción de su deuda externa con Europa, y grandes sumas de ayuda, a modo de un ‘mini-plan Marshall’ para la región. La Comunidad, sin embargo, desatendió estas demandas y las mantuvo al margen del diálogo de San José, remitiéndolas a foros multilaterales como el “Club de París” o el GATT, y sólo ofreció un Acuerdo de Cooperación no preferencial, sin concesiones comerciales ni grandes montos de ayuda. En suma, ello mostró que la Comunidad no tenía la intención de alterar su “pirámide” de preferencias hacia el mundo en desarrollo, en la que América Latina ha ocupado junto con Asia el nivel más bajo (Sanahuja Pantoja, 1996, pp. 121-122).

No obstante, ¿cómo afectó este cambio estructural y del contexto global a la población y sus condiciones de vida?

América Central: el impacto social del ajuste sobre los mercados de trabajo en el sector primario y secundario

A principios de la década de 1950, la población centroamericana era de casi 11 millones de habitantes, mientras que para fines del siglo XX era de casi 35 millones de habitantes. La mitad de los habitantes eran hombres; uno de cada cinco, indígena; y casi uno de cada tres, guatemalteco. Además, un poco más de la mitad de la población vivía en zonas rurales.

De acuerdo con el Estado de la Región, las condiciones de vida de la población centroamericana mejoraron en la segunda mitad del siglo XX:

Como lo reflejan los indicadores de esperanza de vida al nacer y la tasa de mortalidad infantil. Según datos de CELADE, la esperanza de vida pasó de 45,4 años en el quinquenio 1950-1955, a un estimado de 68,9 años en el periodo 1995-2000, para una ganancia total de 23,5 años. La mayor ganancia se da para las mujeres, pues incrementaron su esperanza de vida en 25,3 años, frente a los 21,8 años para los hombres. La tasa de mortalidad infantil para la región en su conjunto se redujo de 143,5 por 1.000 nacidos vivos en 1950-1955, a 37,1 por mil estimada para el quinquenio 1995-2000. Guatemala y Costa Rica están en los extremos regionales de esperanza de vida y mortalidad infantil, con diferencias de 12,3 años y de 32 muertes menos por cada mil habitantes respectivamente, en favor del segundo. En toda la región, pero específicamente en Costa Rica, El Salvador y Panamá, emerge el desafío de atención a la vejez, es decir, garantizar la subsistencia y los servicios especializados que requiere esta población (Proyecto Estado de la Nación, 1999, p. 40).

En el caso del sector primario, el estilo de crecimiento “neoliberal”, por medio de las políticas económicas, también buscó:

La disminución del peso del Estado en agricultura, lo cual significa, por ejemplo, que el gasto público se limite a proveer los servicios y las instalaciones que el mercado no puede proporcionar o construir por sí mismo. Recomienda una tributación menos costosa para la producción y la distorsión de los mercados. Los subsidios para la producción y el

consumidor deben ser suprimidos por ineficientes y caros. La comercialización interna y externa no deben estar en manos de organismos oficiales, sino de la iniciativa privada. Los precios deb[ían] corresponder a la situación de la oferta y de la demanda... eliminando la intervención del Estado (Arias, 1989, p. 124).

Esta política se tornó más grave hasta generar una crisis en el agro, porque la “producción de los cultivos para el mercado interno, a lo largo de tres decenios (1950-1980), creció a un ritmo lento, menor que el de la población” (Martínez, 1987, p. 105). Con un paquete de medidas, se dejó atrás el activo papel de las políticas estatales en la eliminación de la pobreza en el campo y la superación del “atraso” de la agricultura tradicional. Estas medidas incluyeron procesos de desregulación y liberalización que buscaron eliminar el papel intervencionista del Estado en el agro, aunque su aporte efectivo había resultado, muchas veces, deficitario (Linck, 1994, p. 31).

Las principales medidas que afectaron el sector agrícola fueron la supresión de los subsidios a la producción en un marco de liberación de precios e intercambios agrícolas, la reorientación del crédito y las inversiones destinadas a la agricultura y la introducción de estímulos fiscales a la exportación de los denominados productos no tradicionales de mercado, como se había indicado. Una consecuencia importante en esta línea de acción fue la siguiente:

Tendencia a la reducción de la parte relativa de los gastos públicos asignados al desarrollo rural... Esta reducción a menudo fue acompañada por una modificación en la estructura de asignación de los recursos presupuestarios: los cultivos alimentarios eran abandonados en beneficio de los cultivos de exportación no tradicionales (Ribier, 1994, p. 39).

Las líneas de crédito se orientaron preferencialmente al estímulo de ciertos cultivos de exportación no tradicionales como las flores, las plantas ornamentales, las frutas y las legumbres, mientras que las exportaciones de este tipo de productos se estimularon mediante la creación de los Certificados de Abono Tributario (CAT), por ejemplo. Este conjunto de medidas tuvo impactos diferenciados sobre el agro. En primer término, es importante destacar la evolución errática de los cultivos tradicionales de exportación (el café, el banano, el azúcar y el cacao), la baja en la producción de cultivos alimentarios por habitante, aunada a un incremento en las importaciones alimentarias. Los cultivos no tradicionales de exportación han sido limitados por los mercados relativamente estrechos y, además, por la competencia entre países que, siguiendo políticas comunes, han generado la misma especialización productiva (Viales Hurtado, 1999).

En América Central, como en América Latina en general, en términos de las estructuras productivas, la tendencia de los programas de ajuste se orientó hacia “el debilitamiento de las pequeñas granjas agrícolas diversificadas y la constitución de oligopolios productivos, la más de las veces con capitales extranjeros, para los cultivos de exportación no tradicionales” (Kay, 1995, p. 41). En síntesis, como plantean Carter, *et al.* (1996):

Desde mediados hasta fines de la década de 1980, las exportaciones agrícolas no tradicionales crecieron a tasas del 222 por ciento en Chile, 78 por ciento en Guatemala y 348 por ciento en Costa Rica. En Paraguay... las exportaciones agrícolas casi se triplicaron durante la década de 1980 (Carter *et al.*, 1996, p. 33) [traducción propia].

Los opositores a las exportaciones agrícolas como fuente de crecimiento económico frecuentemente objetan el alcance y la duración de los beneficios —al menos en el nivel macroeconómico— que generan, sobre todo ante la evidencia de la caída en los términos de intercambio, de los ciclos cortos del *boom* de cierto tipo de productos, dada la pequeñez de sus mercados y la dependencia creciente de la importación de alimentos. Por ejemplo, el mercado latinoamericano en los Estados Unidos ha sido importante para el caso centroamericano y la exportación de raíces y tubérculos, hortalizas, yuca, tiquisque, ñampí, ñame, malanga, ayote, chayote, etc., pero es bastante inelástico con respecto a la demanda (Fernández, 1994, p. 98; Fernández, 2004).

Así, después de casi dos décadas de esfuerzos de apertura comercial en cuanto a la agricultura, la participación de América Central en las exportaciones agrícolas mundiales bajó del 1,56 % en 1980 hasta el 0,95 % en 1990 (Brignol-Mendes, 1994, p. 53). Mientras que, entre 1980 y 1987, las exportaciones no tradicionales hacia el mercado estadounidense aumentaron en un 300 % (Membreño, 1994, p. 276) —básicamente, mariscos, flores, frutas y hortalizas—, la mayor contribución a la generación de divisas en ese mismo período estuvo dada por las remesas laborales en el caso de El Salvador y por el crecimiento del sector turismo en Costa Rica, por citar dos ejemplos (Kaimowitz, 1994).

La tendencia de la participación del sector agrícola en el PIB para los países centroamericanos permite hacer una línea divisoria entre los países de alta y baja participación en la década de 1990, aunque el sector continúa siendo estratégico para la región en conjunto. A partir de 1990, la mayoría de los países centroamericanos vieron decrecer la participación del sector agrícola en el PIB. En Guatemala, dicho sector representaba el 28,3 % del PIB en 1990; en El Salvador, el 26,3 %; en Honduras, el 22,3 %; en Nicaragua, el 24,6 %;

en Costa Rica, el 19,4 %; y en Panamá, el 11,9 %, de este último país es bien sabido que basa su estructura productiva en el sector servicios (Viales Hurtado, 1999).

El principal límite del modelo neoliberal aplicado al agro está relacionado con la pobreza en general y, particularmente, con la pobreza rural. Si bien algunos organismos regionales latinoamericanos señalaron que, en términos genéricos, la pobreza disminuyó del 41 % al 39 % entre 1990 y 1995, esta disminución es insuficiente, ya que la pobreza se había incrementado del 35 % al 41 % en la década de 1980. Eso sí, también se debe tener presente que las variaciones en la evolución de la pobreza son bastante contrastantes entre los países (Cepal, 1997, p. 14). También, a nivel latinoamericano, la mayoría de las personas en condición de pobreza vivía en zonas urbanas, pero las tasas de pobreza eran más altas en las zonas rurales. En 1985, “la fuerza de trabajo agrícola representó... el 43% de la PEA total, lo cual reafirma la importancia... de este sector en las economías de los países” (Fallas, 1993, p. 31).

Las tierras arables representaban un 10 % de la superficie total y, además, históricamente, la estructura de tenencia de la tierra ha sido excluyente. Si se aúna a esta situación el crecimiento poblacional rápido —con una tasa de crecimiento del 2,8 % entre 1980 y 1990, una tasa de fecundidad de 3,7 % en 1997 y una tasa de crecimiento del 2,0 % de 1997 a 2015—, se pone en evidencia lo que la Cepal (1997) ha catalogado como la “reproducción intergeneracional de la pobreza”. Es decir, la tierra tendió a dividirse entre muchos hermanos, situación que se agrava en el caso de las mujeres y las personas indígenas, factor que, tanto en la actualidad como de manera histórica, ha contribuido:

(Al) agotamiento del suelo y a la subdivisión de los minifundios; el aumento del número de familias

pobres sin tierra, y la perpetuación de estrategias de supervivencia basadas en el único recurso que controlan los jefes de familia: la mano de obra propia y la de sus hijos (Cepal, 1997, p. 41).

En 1993, la producción en manos campesinas pobres se concentraba mayoritariamente en los granos básicos, por lo que aquellos que poseían pequeñas parcelas se basaban de manera significativa en su autoconsumo; además, ellos tenían que fungir como asalariados temporales para complementar sus bajos niveles de ingresos (Fallas, 1993, p. 35). Esta caracterización puede llevarse de forma retrospectiva al siglo XIX y extenderse hasta finales de la década de 1990, puesto que la situación seguía siendo similar. El pluriempleo permitió a algunos contingentes de población rural mantener la propiedad de sus pequeñas parcelas, de ahí que tomó peso la tesis de Kay (1995) acerca del campesinado como semi-proletariado permanente, junto con la pluriactividad como estrategia de sobrevivencia de las familias campesinas, según lo plantea Rello (2001).

De acuerdo con la Cepal (1997), el hecho de que la mayoría de los pobres latinoamericanos se localizaba en las zonas urbanas no implicaba una disminución de la pobreza rural, dado que, en 1980, un 54 % de los hogares rurales era pobre; en 1990, un 58 %; y en 1997, un 57 %. Por su parte, los hogares rurales en condición de indigencia representaban un 28 % en 1980, un 34 % en 1990 y un 31 % en 1997 (pp. 17-18).

En el caso de Costa Rica, desde la década de 1980, se presentó un incremento en las exportaciones de piña, que se asoció a la transnacionalización de la actividad productiva con un impacto ambiental negativo, puesto que el ciclo estuvo:

Directamente relacionado con la creación, en 1982, de la empresa PINDECO, filial del grupo

internacional Del Monte, que poseía en 1988, ella sola, 46% de la superficie cultivada de piña y controlaba la casi totalidad de la comercialización de esa fruta... Aparte de la piña, según datos del Banco Nacional de Costa Rica, 40% de las 5000 hectáreas de nuez de macadamia, 80% de las 6100 hectáreas de cítricos y 52% de las superficies de flores pertenecen a empresas de capitales extranjeros que se han instalado o han desarrollado sus actividades a partir de 1984-1985, aprovechando la modificación del tipo de cambio pero también incontables estímulos fiscales otorgados por el gobierno (Ribier, 1994, pp. 41-42).

En ese país, para 1989, el número de empleados en labores agrícolas de estos cultivos, según PREALC, fue de 9 452 y, en labores de empaque, 2 972. Esto daba un total de 12 423 empleados, mientras que, en los granos básicos, los empleos se redujeron a 6 633 entre 1985 y 1989 (Mora, 1994, p. 23). Los empleos rurales no agrícolas no crecieron mucho en Guatemala, Honduras y Panamá, países en los cuales los trabajadores por cuenta propia constituían más de una tercera parte para Panamá (33,4 %) y casi la mitad para Guatemala (47,9 %) y Honduras (41,6 %). En Costa Rica (11,3 %) se notaba la pérdida de la participación de los trabajadores por cuenta propia en las zonas rurales al igual que en El Salvador (28,1 %).

Como planteó Héctor Pérez Brignoli (1985), en el sector secundario se deben considerar:

Los efectos más negativos del proceso de industrialización en América Central se cuenta el impacto sobre el empleo. El porcentaje de la población activa ocupado en la industria se mantuvo constante (alrededor de un 10 por 100) entre 1950 y 1972. Se estima que entre

1958 y 1972 la integración económica creó unos 150.000 empleos (directos e indirectos); ello representa un 3 por 100 del empleo total, y un 14 por 100 del aumento global en la fuerza de trabajo, en el conjunto de los cinco países centroamericanos (p. 113).

Según se ha indicado, la crisis de 1980 impactó fuertemente el proceso ISI y el Mercado Común Centroamericano. Wim Dierckxsens (1990) lo explica de la siguiente manera:

La región centroamericana atrav[esó] un momento particularmente difícil en 1982, cuando se contraen también... las importaciones de bienes de capital y materias primas para la industria... Sólo en el sector de productos textiles, prendas de vestir, etc., observamos un balance de comercio exterior positivo y, en menor medida, en la división 'otras industrias manufactureras'. Solamente en estos dos sectores se observa un incremento en el empleo fabril y, en la rama de textiles, también en la producción (p. 94).

En Costa Rica, que fue el país más afectado, esta situación generó una liberación de mano de obra que debió buscar opciones en pequeñas empresas, con baja tecnología y muy dependiente de las divisas. Por su parte, el "porcentaje de desempleo más alto en esta coyuntura... [se ubicó] en la industria (17% del total) y en las ocupaciones manuales (operarios y artesanos) quienes representaban más del 45% del desempleo total... en 1982" (Dierckxsens, 1990, p. 94), lo que acercó o puso en riesgo de no satisfacer sus necesidades básicas.

En la región de América Central, la segmentación del mercado de trabajo por género marcó una tendencia de incremento de la oferta de trabajo femenino, más allá del

servicio doméstico, con mayor presión para insertarse en la industria textil o de confección de ropa, pero, a la vez, de “bloqueo relativo... para insertarse, sobre todo, en la empresa privada... [que] se traduce a su vez en una migración internacional predominantemente femenina” para insertarse en el mercado secundario estadounidense, principalmente, es decir, para ocupar labores que el mercado primario, bien pagado, en ese país no estaba dispuesto a asumir y buena parte de estas mujeres contaban con doce años o más de educación (Dierckxsens, 1990, p. 94).

El ajuste por la vía de los mercados de trabajo

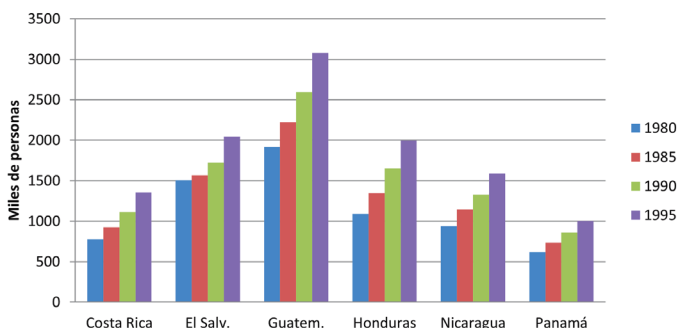
Si bien la población económicamente activa creció entre 1980 y 1990, la década de 1990 es la que permitió un crecimiento mayor en todos los países de América Central (ver gráfico 20).

Sin embargo, este dato debe comprenderse en combinación en el elevado desempleo abierto, que pasó de tener el nivel más alto en El Salvador, con un 10 % en 1970, a alcanzar el peor nivel, también en ese país, cuando llegó al 33% en 1985. Desde 1980, todos los países incrementaron sus niveles de desempleo abierto y, en el resto de la década, los niveles mayores no superaron el 25 % y los menores, el 7 %, en este último nivel se ubicó Costa Rica (ver el gráfico 21).

Además, este desempleo abierto elevado se combinó con un elevado subempleo, el cual ya estaba presente desde la década de 1970, pero que, en la década de 1980, alcanzó su nivel más elevado en Honduras, con un 64 %, seguido por El Salvador con un 55 %, Nicaragua con un 49 %, Guatemala con un 43 %, Costa Rica con un 25 % y Panamá con un 23 %. Eso sí, a mediados de la década de 1980, ese nivel bajó hasta alcanzar el punto más alto en El Salvador con

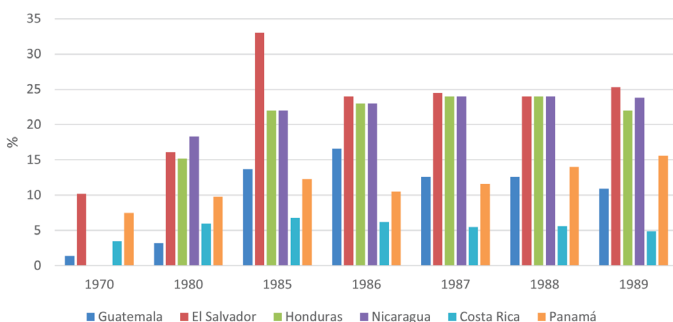
un 32,2 % en 1985 y el más bajo en Costa Rica con un 8 % en 1986 (ver gráfico 22).

Gráfico 20
América Central: población económicamente activa, 1980-1995.
En miles de personas



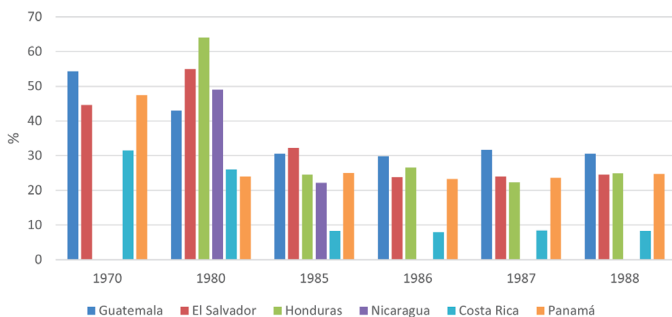
Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (2004) y Flasco-Costa Rica (2005, p. 44).

Gráfico 21
América Central: desempleo abierto entre 1970 y 1989
(años seleccionados). En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Menjivar y Trejos (1990, p. 45).

Gráfico 22
América Central: subempleo entre
1970 y 1988 (años seleccionados). En %



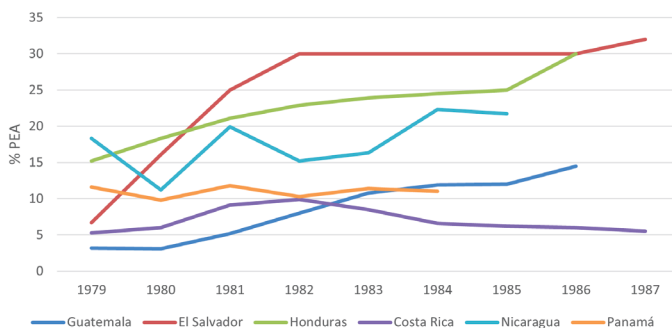
Fuente: Elaboración propia a partir de Menjívar y Trejos (1990, p. 45).

La crisis de empleo fue más profunda en El Salvador, Honduras y Nicaragua, menos fuerte en Guatemala y Panamá y causó menos estragos en Costa Rica.

Aparte de este desempleo abierto, cuyas cifras son francamente alarmantes para el caso de los tres países inicialmente mencionados... [dado que el desempleo abierto alcanzó durante la crisis de 1929 en Estados Unidos el 25% de la PEA] existe un subempleo de tal magnitud que ha sido elevado por muchos a la categoría de sector económico; es el sector ‘informal de la economía’, que no hace más que esconder la incapacidad del sistema para reproducir la fuerza de trabajo (González, 1992, p. 63) (ver gráfico 23).

Asimismo, los años iniciales de la crisis hicieron surgir problemas en toda la región, dado el aumento en el desempleo abierto, por la crisis del estilo de desarrollo basado en la deuda y la crisis mundial.

Gráfico 23
América Central: tasa de desocupación abierta (% de la PEA)
entre 1979 y 1987



Fuente: Elaboración propia a partir de González (1992, p. 63). No hay datos para 1979 en los casos de Guatemala, Honduras y Nicaragua, tampoco los hay para 1985 y 1986 respecto a Panamá ni para 1987 sobre Nicaragua y Panamá.

La situación anterior fue todavía más negativa debido a la caída pronunciada de los salarios mínimos reales, entre 1985 y 1988, donde solo Costa Rica, durante todo el periodo, y Panamá, en 1985, presentaron datos positivos. El caso más delicado fue el de Nicaragua, en donde el índice de 1988 fue de 17 con respecto a 1980 como año base. Panamá y El Salvador fueron los segundos países más castigados por este indicador (ver cuadro 8). Todos estos factores incidieron sobre la desigualdad y la condición de pobreza en la región.

Cuadro 8
América Central: salarios mínimos reales entre 1985 y 1988.
Índice 1980=100

Pais	1985	1986	1987	1988
Guatemala	99	81	87	90
El Salvador	74	64	51	48
Honduras	90	86	84	76
Nicaragua	44	31	20	17
Costa Rica	112	119	119	112
Panamá	101	71	47	47

Fuente: Tomado de Menjivar y Trejos (1990, p. 45).

La incidencia de la desigualdad y la pobreza

La región centroamericana venía presentando una desigualdad creciente desde mediados del siglo XX, que se incrementó debido a la primera y la segunda crisis mundial del petróleo (1973-1979). Dicha desigualdad se transmitió a la población por medio de un proceso inflacionario ante el incremento en los precios del petróleo y los problemas de desempleo. Esto rompió el ciclo:

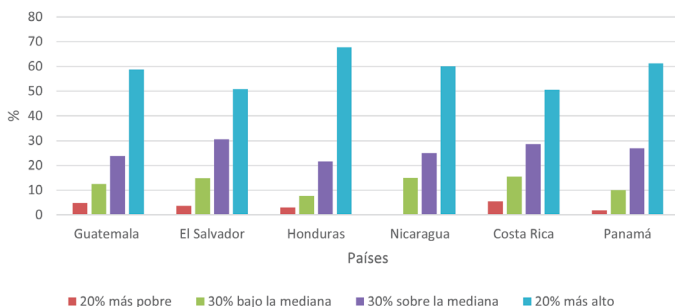
(De) estabilidad de precios poco usual en el resto de América Latina... Ante las restricciones externas surgidas del encarecimiento de los productos energéticos (y en menor medida de los alimentos), y considerando transitoria la difícil situación, los gobiernos optaron por aplicar medidas anticíclicas respaldadas con recursos externos y mayores déficit fiscales (Escaith y Schatan, 1996, p. 34; Bulmer-Thomas, 1983).

Según John Booth (1987), en esa coyuntura:

La distribución del ingreso en Costa Rica fue notablemente menos desigual durante las décadas

de 1960 y 1970, y previno un desplazamiento de la riqueza hacia las clases altas, como ocurrió en Nicaragua, Guatemala y El Salvador. En la agricultura, la concentración de la tierra fue constante durante los años 1960 y 1970 pero la disponibilidad de algunas tierras colonizables hasta fines de los años sesentas así como la creciente industria bananera absorbieron buena parte del excedente de fuerza de trabajo agrícola.

Gráfico 24
Estructura de la distribución del ingreso en 1970,
porcentaje del ingreso total captado por cada estrato



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1982, p. 15). En Nicaragua no se registraron datos para el 20 % más pobre.

En 1970, dentro de la región de América Central, el 20 % más rico de la población recibía el 60 % de los ingresos en Guatemala, Nicaragua y Panamá; el 50% en El Salvador y Costa Rica; y casi el 70 % en Honduras. Mientras que el 20 % más pobre recibía, como punto más alto, un 5,4 % en Costa Rica, menos del 5 % en todos los demás países y menos del 2 % en Panamá. El resto de los ingresos correspondió a una “clase media” (ver gráfico 24), lo que permitió cierto nivel de cohesión social menos excluyente, pero ese panorama varía cuando se contrasta con el índice

de Gini para la región en ese año, el cual da cuenta de que las sociedades centroamericanas eran muy desiguales y que la situación a lo largo de esa década no mejoró, aunque fue menos marcada en el caso de Costa Rica (ver cuadro 9).

Cuadro 9
América Central: índice de Gini, 1970-1979

País	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979
Guatemala	59,6	s.d.	54,8	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	52,3	s.d.	s.d.
Honduras	59,5	57,4	s.d.	56,2	55,7	51,6	53,4	57,4	57,4	53,7
El Salvador	s.d.	s.d.	51,3	45,2	46,7	45,9	44,5	42,4	41,8	43,5
Nicaragua	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	44,2	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.
Costa Rica	46,7	45,3	47,4	49,5	49,1	51	48,1	48,6	48,6	49,2
Panamá	58,9	s.d.	57,7	53	52,6	52	51,9	51,8	51,9	51,7

Fuente: Banco Mundial. *Indicadores de Desarrollo Mundial*. <https://datatopics.worldbank.org/world-development-indicators/themes/poverty-and-inequality.html#data-availability>

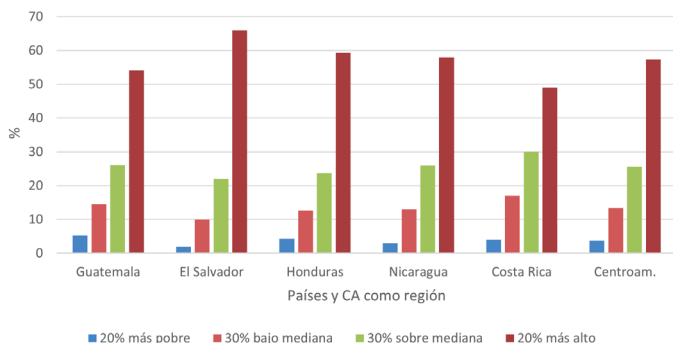
Rafael Menjívar dejó claro que la estructura social centroamericana se transformó en la “década perdida”: las elites se habían recompuesto, las clases medias estaban deterioradas y las clases populares se vieron impactadas por la pobreza. La combinación entre la pobreza y las desigualdades persistentes (Gootenberg, 2004) en un contexto de guerra y de crisis económica regional y mundial, con la implementación de planes de ajuste estructural, tuvo como resultado que hacia 1985:

Un poco más de 18 millones de centroamericanos no cubrían todas sus necesidades básicas, mientras 12 millones se consideraban en pobreza extrema. A los pobres crónicos, como los clasificó el Banco Mundial, se... [sumaron] los nuevos pobres, surgidos como resultado de la aplicación de políticas de ajuste... Generalizando para toda la región es

hasta el... año de 1990 que comienza a estructurarse, con el apoyo del Banco Mundial, los programas de compensación social (Menjívar y Trejos, pp. 10-11).

Hacia 1980, la situación había desmejorado para los pobres, dado que la estructura distributiva seguía siendo inequitativa, porque el 20 % más rico de la población recibía casi el 60 % del ingreso y el 20 % de la población más pobre obtenía apenas el 3 % (Cepal, 1982, p. 19). Como indicó Edelberto Torres Rivas, a finales de 1985, “la renta per cápita en Costa Rica y Guatemala era la misma que en 1972; en Honduras había descendido hasta los niveles de 1970; y en El Salvador y Nicaragua, hasta los de 1960 y 1965, respectivamente” (Torres Rivas, 2007, p. 134).

Gráfico 25
América Central: estructura de ingreso en 1989. 5 países.
Distribución % captada por cada estrato



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1982, p. 15) y Fernández Poncela (1995, p. 48).

Al final de la década de 1980, el 20 % de la población más rica recibía el 57,3 % de los ingresos, mientras que el 20 % más pobre un 3,7 % de los ingresos. El mayor

contraste se vivía en El Salvador, donde el 20 % más rico obtenía un 66 % de los ingresos, mientras que el 20% más pobre un 2 %. Por su parte, el menor contraste se presentaba en Costa Rica, ya que el 20% más rico conseguía un 49 % de los ingresos y el 20 % más pobre, un 4 %. A pesar de existir una “clase media”, esta se vio reducida en su participación con respecto a los niveles que representaba en la década de 1970 (ver gráfico 25).

Menjívar y Trejos llamaron la atención sobre el hecho de que en la Declaración de Antigua, que firmaron los presidentes centroamericanos en junio de 1990, se reconoció que, a la par de la violencia que aquejaba la región, se debía abordar el problema de la pobreza. Por esta razón, el Plan de Acción Económico de América Central (Paeca) se planteó como meta impulsar:

Los programas específicos destinados a minimizar el impacto que en el corto plazo, provocan los esfuerzos del ajuste económico en los grupos más desprotegidos, e incorporar a los sectores de menos recursos en el proceso de desarrollo, mediante el acceso a bienes de capital, tecnología y capacitación a dichos grupos, especialmente ligados al sector informal, la microempresa y otras formas asociativas de producción... [que implicaban] la preparación de planes de desarrollo rural (Menjívar y Trejos, 1990, pp. 7-8).

Según la Cepal (1997), a los factores históricos de exclusión, sobre todo en el ámbito rural, se sumaron los efectos de la violencia política interna, que también generaron migraciones forzadas, desplazados y refugiados, por lo que estos grupos fueron nuevos conglomerados vulnerables, junto a los menores, las mujeres, los adultos mayores, las personas discapacitadas y la población indígena. A esto se deben agregar

las disparidades de salarios por género, que, en términos generales, podían alcanzar un diferencial de 75 % a favor de los hombres en el ámbito rural y un 50 % en el urbano, así como la exclusión de las mujeres de la seguridad social, dada su inserción laboral informal, es decir, la inserción en la economía informal (Bonnet y Venkatesh, 2017), la cual se puede definir, según la Organización Internacional del Trabajo (2007), como las actividades económicas, tanto en la legislación como en la práctica, que están insuficientemente contempladas por los sistemas formales o no lo están en lo absoluto.

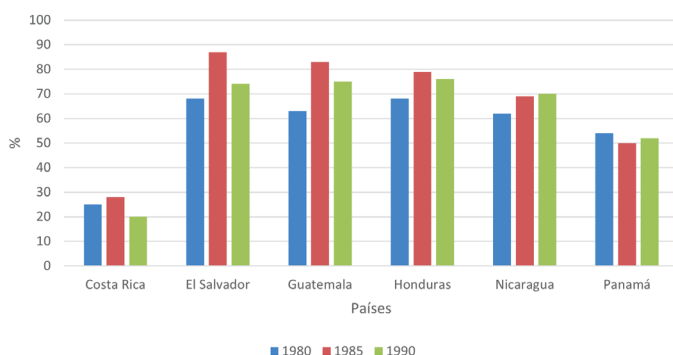
Así, en 1990, los países centroamericanos:

Exhibían un alto grado de concentración del ingreso. Con la excepción de Costa Rica, en el resto el coeficiente de Gini se ubicaba por encima del 0,50, umbral que es considerado por los especialistas como crítico para mostrar contextos de fuerte asimetría en la distribución del ingreso. El caso extremo lo constituía Honduras, con un Gini superior al 0,60; es decir, sobrepasando el umbral que suele emplearse para identificar casos de inequidad extremos (Pérez Sáinz y Mora Salas, 2007, p. 98).

En términos de la pobreza, definida como deprivación relativa, pero calculada, a partir del método de las líneas de pobreza, de acuerdo con la metodología imperante en la época (Viales Hurtado, 2005), resulta claro que Costa Rica se aparta de la tendencia general de América Central, con un máximo representado por un 28 % de la población en condición de pobreza en 1985, que tiende a bajar al 20 % en la década de 1990. Panamá, que ocupaba un segundo lugar en términos de menor incidencia de la pobreza, poseía un 50 % de su población en esa condición en 1985 y, más bien, subió al 52 % en la década de 1990. Sin embargo, el resto de los países tenían niveles muy altos de incidencia de

la pobreza en 1985 (El Salvador, 87 %; Guatemala, 83 %; Honduras, 79 %; y Nicaragua, 69 %) y, aunque estos niveles bajaron en la década de 1990, siguieron siendo altos, con un 74 % de la población en condiciones de pobreza, según datos de la Cepal (ver gráfico 26).

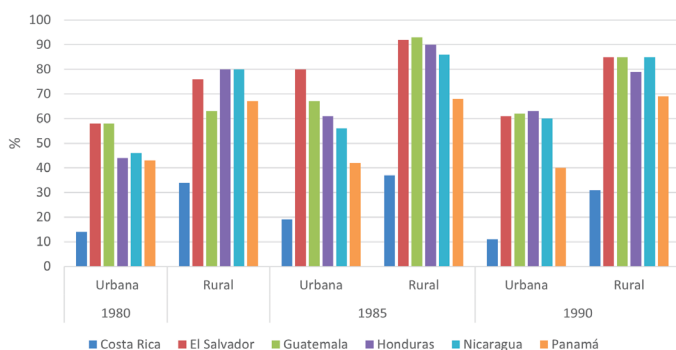
Gráfico 26
América Central: magnitud de la pobreza según la CEPAL.
1980, 1985 y 1990. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Rello (2001, p. 31).

En todos los países de América Central, la incidencia de la pobreza rural contaba con una magnitud mayor que la pobreza urbana. En la década de 1980, Costa Rica tenía un 14 % de pobreza urbana y un 34 % de pobreza rural; El Salvador, un 58 % de pobreza urbana y un 76 % de pobreza rural; Guatemala, un 58 % de pobreza urbana y un 63 % de pobreza rural; Honduras, un 44 % de pobreza urbana y un 80 % de pobreza rural; Nicaragua, un 46 % de pobreza urbana y un 80 % de pobreza rural; y Panamá, un 43 % de pobreza urbana y un 67 % de pobreza rural (ver gráfico 27).

Gráfico 27
América Central: magnitud de la pobreza urbana y rural según la CEPAL.
1980, 1985 y 1990. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Rello (2001, p. 31).

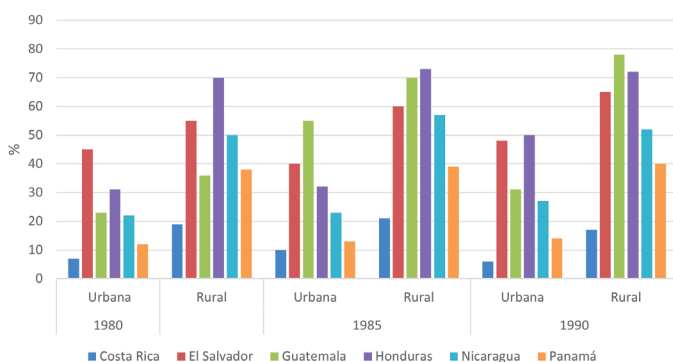
En 1985, todos los niveles de pobreza urbana y rural aumentaron, con la misma tendencia de un mayor impacto sobre la pobreza rural, mientras que, en 1990, se mantuvo la disparidad de los ámbitos urbano y rural en términos de la incidencia de la pobreza, aunque varios países bajaron sus niveles, que seguían siendo altos. La pobreza extrema urbana y rural también mostró la propensión a las disparidades entre los ámbitos urbano y rural, con un mayor impacto en el ámbito rural (ver gráfico 28).

La informalidad¹⁰ también creció. Este concepto trató de sintetizar las características del trabajo en lo propio, el

10 Convencionalmente, se le atribuye el concepto de "sector informal" a un estudio del antropólogo británico Keith Hart, publicado en 1970, cuyos resultados se presentaron en una conferencia que tuvo lugar en Sussex en 1971. El trabajo partía de un estudio de caso, en Ghana, y la conferencia era sobre desempleo (Allen, 1998). El concepto se utilizó en el informe de la Organización Internacional del Trabajo sobre Kenia de 1972 (Martínez y Infante, 2019) para trazar diferencias con respecto al "sector moderno" de la economía y, en la actualidad, todavía se debaten sus alcances en

trabajo familiar y el autoempleo anteriores, para llamar la atención sobre el hecho de que las personas en esta condición quedaban fuera del sistema formal, por lo tanto, estaban excluidas del estilo de cohesión construido, de manera que es importante estudiar su evolución.

Gráfico 28
América Central: magnitud de la pobreza extrema urbana y rural según la CEPAL. 1980, 1985 y 1990. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Rello (2001, p. 31).

Rafael Menjívar y Juan Pablo Pérez Sáinz (1989) plantearon que la informalidad laboral en América Central es un fenómeno histórico, porque, según los resultados de un informe del Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe de 1986:

Aunque el crecimiento de empleo moderno fue alrededor del 4,4% anual entre 1950 y 1980, durante esas mismas tres décadas la capacidad de absorción

función de las particularidades de los países en desarrollo, las formas de empleo y el alcance del concepto de desempleo, esto en función de las transformaciones del mercado de trabajo (Benanav, 2019).

de fuerza de trabajo en actividades informales fue similar con una tasa de crecimiento anual también del 4,4%. Este desarrollo del fenómeno de la informalidad fue notorio, especialmente, en los casos de El Salvador, Honduras y Nicaragua (Menjívar y Pérez Sáinz, 1989, p. 9).

En la década de 1980, debido a la caída de las importaciones, fruto del ajuste externo, en combinación con la recesión interna, los países centroamericanos, con sus economías pequeñas y abiertas, tenían una alta dependencia de los derechos sobre las importaciones en términos de los ingresos públicos. De ahí que, con la caída de las importaciones, hubo un impacto negativo sobre las rentas públicas. En estas condiciones:

La recesión lanzó a muchas empresas y trabajadores del sector formal al informal, lo que hizo aún más difícil para el Estado obtener ingresos directos e indirectos por los impuestos sobre la producción y distribución de bienes. Al mismo tiempo, los incentivos planeados para alentar el paso de la oferta del mercado interno al mundial implicaron muchas veces una reducción impositiva de para los exportadores... [lo que hizo que] el ingreso del gobierno central como proporción del PIB cayera en la mayoría de los países durante los primeros años de crisis (Bulmer-Thomas, 1998, p. 451).

De acuerdo con Ana Fernández Poncela (1995, p. 49), las cifras oficiales de la época desdibujaban el peso de la informalidad en la economía. En el mundo urbano, dicha informalidad se manifestó sobre todo en el comercio y la industria manufacturera, mientras que, en términos socio-ocupacionales, las categorías que representaban la condición fueron las de los trabajadores por cuenta propia, los asalariados de las microempresas y los familiares no remunerados,

en especial mujeres y niños (Funkhouser, 1996), lo que evidencia la presencia de *grassroots economies* (economías de base) (Viales Hurtado e Izquierdo Vázquez, 2018) y microempresarios.

Además, particularmente en la segunda mitad de la década de 1980 y de manera más fuerte a partir de la década de 1990, la informalidad, fenómeno vinculado con la nueva pobreza (Barrera *et al.*, 1992), se vio asociada con el crecimiento de las exportaciones agrícolas no tradicionales de mercado y el crecimiento del sector de la maquila y el turismo, como lo planteó Juan Pablo Pérez Sáinz (1998, p. 158).

En el contexto de la economía global, la crisis mundial de la década de 1980 reforzó la opción para el gran capital de generar valor mediante la creación de regímenes de zonas francas, zonas procesadoras para la exportación, que se ubicaron en los países donde existía mano de obra barata. Además, las empresas exigieron, para su implantación, grandes exoneraciones de impuestos, así como otras prebendas, entre estas, aranceles privilegiados; todo bajo la lógica de superar la crisis a partir del fomento de las exportaciones.

Seguidamente, en la década de 1990, los organismos financieros internacionales, sobre todo el Banco Mundial, iniciaron programas de compensación social y ayuda a la pobreza, que en los diferentes países generaron la creación de Fondos de Desarrollo Social, Inversión Social de Emergencia Social. Se trata de los programas de “focalización del gasto social en los sectores más pobres, descentralización de los servicios sociales... [y los] programas regionales de ataque a la pobreza atienden aspectos de alimentación, salud, educación, vivienda, e infraestructura social” (Fernández Poncela, 1995, p. 54). También surgió el debate sobre el carácter paliativo de estas medidas, por lo que la Cepal impulsó el debate acerca del “desarrollo con equidad”, que se orientó a detectar e intervenir respecto a las causas de la pobreza (Gurrieri y Torres Rivas, 1990).

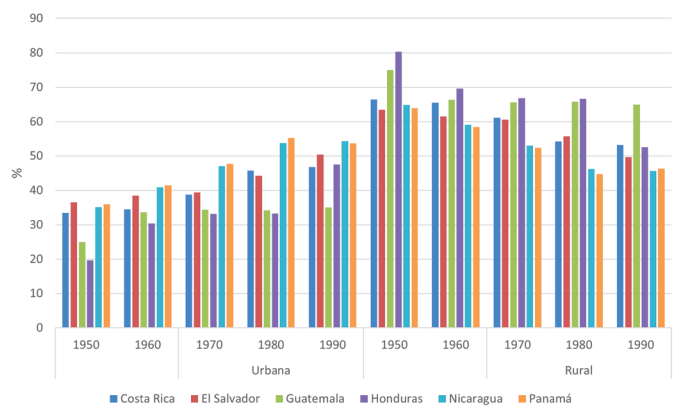
Estas transformaciones se vivieron en un contexto de cambio urbano, que se analiza a continuación.

La crisis en el contexto del patrón de urbanización

En la segunda mitad del siglo XX, la región centroamericana se caracterizó por un patrón de urbanización marcado por la metropolización con “ciudades grandes en países pequeños” (Lungo, 2000). Como planteó Lungo (2000), este patrón implicó que estuvieran presentes:

Principales aglomeraciones urbanas en países de limitada extensión territorial... Adicionalmente dentro de las redes urbanas nacionales, estas ciudades presentan índices de primacía elevados, con la excepción del caso de Honduras al existir, además de Tegucigalpa, otra ciudad importante, San Pedro Sula (Lungo, s.f.).

Gráfico 29
América Central: estructura urbana y rural de la población.
1950-1990. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1982, p. 3) y Cepal (2005, p. 18).

Lo anterior no implicó el desplazamiento de la importancia de la población rural, pero sí se evidencia un cambio rápido, desde 1950, en términos de la relevancia que va adquiriendo el sector urbano, junto con las relaciones rural-urbano y, posteriormente, urbano-rural, así como la relación rural-rural, según se verá a continuación (ver gráfico 29).

En 1982, en términos del empleo metropolitano, el peso del sector informal era del 29 %, en donde:

Destacaban Ciudad de Guatemala, Managua, San Salvador y Tegucigalpa con porcentajes que oscilaban entre casi el 30% y 40% mientras que el peso en San José (23%) y, sobre todo, Ciudad de Panamá/Colón (14%) era inferior. (En estos dos últimos casos ha incidido el desarrollo del sector público y su capacidad de absorción de fuerza laboral) (Menjívar y Pérez Sáinz, 1989, p. 10).

Si bien la categoría ocupacional de “cuenta propia” era la predominante, su crecimiento estuvo asociado a actividades del sector terciario con predominancia de trabajo femenino, excepto en la ciudad de Panamá y San José. Al sector informal se insertaban jóvenes y adultos mayores con niveles de educación menores respecto a quienes se incorporaban al sector formal (Menjívar y Pérez Sáinz, 1989, p. 11). Por lo tanto, la crisis de 1980 incrementó la informalidad, como se había planteado anteriormente, sobre la que también influyó el contexto de violencia interna en la región, el cual generó un proceso de migración interna del campo a la ciudad.

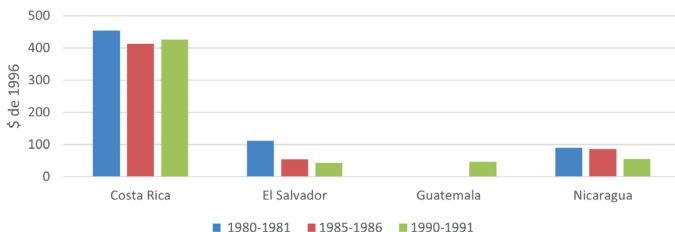
Según Alicia Bárcena, en la década de 1990, el proceso de urbanización “se desaceleró pero [segufan]... sin corregirse los graves problemas urbanos: escasez de servicios públicos, degradación ambiental, pobreza, hacinamiento, segmentación social y delincuencia” (Bárcena, 2001, p. 51).

Además, como puede observarse en el gráfico 29, hacia esa década la mayoría de los países centroamericanos, con excepción de Guatemala, habían bajado su población rural al 50 %, cuando todas superaban el 60 % en 1950 e, inclusive, Guatemala excedía el 75 % y Honduras el 80 % de población rural en ese momento.

Otra vía de ajuste: las políticas sociales neoliberales y la reducción de los presupuestos de salud, servicios sociales y educación

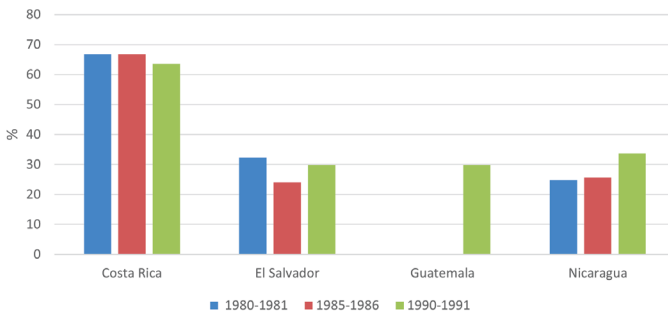
Entre 1980 y 1990, una vía importante que hubiera cambiado el rumbo de la región fueron las políticas sociales, pero estas resultaron el principal déficit de la estabilización y el ajuste neoliberales. Si se analiza la evolución del gasto/inversión social en la región a partir de su valoración como inversión en educación, salud, agua potable, vivienda, asistencia social y seguridad social en la mayoría de los países, con excepción de Costa Rica, el esfuerzo principal se dedicó a la inversión en educación y, en segundo lugar, salud (Ganuza *et al.*, 2000), por lo que los otros sectores resultaron marginados y esta situación incidió sobre los niveles de pobreza.

Gráfico 30
América Central (sin Honduras): gasto público social per cápita.
1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991. En \$ de 1996



Fuente: Elaboración propia a partir de Ganuza *et al.* (2000, p. 192).

Gráfico 31
América Central (sin Honduras): gasto social como porcentaje del gasto público total. 1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991



Fuente: Elaboración propia a partir de Ganuza *et al.* (2000, p. 194).

Según Ganuza *et al.* (2000), en el contexto de América Latina:

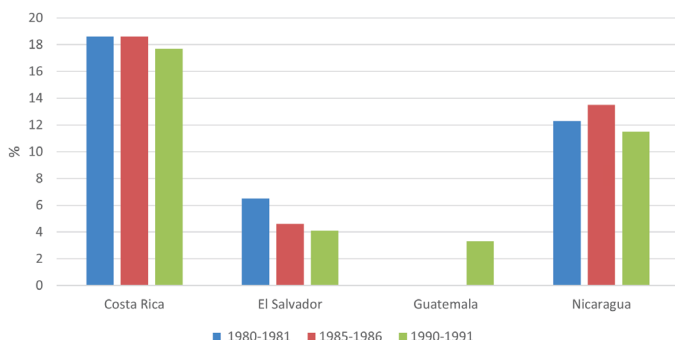
(La) mayoría de los países muestran, a lo largo de la década de los ochenta, una caída en el gasto público social en términos *per cápita*, y en menor grado en su prioridad macroeconómica y fiscal, como resultado de la difícil coyuntura económica prevaleciente en la región. Sin embargo, durante la parte considerada de los años noventa hay un gran vigor en materia de aumento del gasto público social, tanto en términos *per cápita* como en sus prioridades (p. 191) (ver gráficos 30 y 31).

Por su parte, Isabel Román (2008) afirma que en el caso de Costa Rica a

Mediados del siglo XX... [se]... construyó una visión estratégica de política social fundamentada en los principios de universalidad y solidaridad, que partía del reconocimiento de los derechos sociales de los

ciudadanos y señalaba al Estado como el garante de esos derechos y el principal agente para su concreción. Desde entonces el país apostó, en primer lugar, por la promoción de políticas públicas de corte universal (salud, educación, vivienda, protección social), que posteriormente fueron complementadas con programas selectivos o focalizados de combate a la pobreza.

Gráfico 32
América Central (sin Honduras): gasto social como porcentaje del PIB.
1980-1981, 1985-1986 y 1990-1991



Fuente: Ganuza et al. (2000, p. 193).

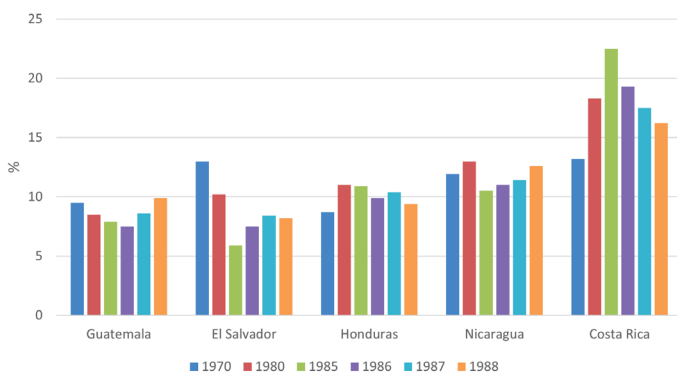
Sin embargo, en su primera parte, esa visión estratégica se aplicó solamente al caso de Costa Rica, dado que, en los demás países, ya sea por factores estructurales, la estructura de clase o factores coyunturales, el esfuerzo no resultó del mismo nivel, según lo demuestran los datos existentes sobre el gasto social como porcentaje del PIB entre 1980 y 1991 (ver gráfico 32).

A pesar de la falta de datos para Honduras en los gráficos anteriores, Braulio Serna (2016) refrenda que, después de más de tres décadas de ajuste en dicho país, los resultados no han sido los esperados: todavía hacia 2002 persistía

un elevado déficit fiscal combinado con un déficit en la balanza comercial. Además, el PIB per cápita era negativo, situación que se ha agravado por el impacto de las crisis internacionales y la falta de dinamismo de sus exportaciones, una mala administración de los recursos y el impacto de fenómenos naturales (Serna, 2016, p. 1).

En el campo específico de la inversión en salud y servicios sociales, el porcentaje del presupuesto total asignado para el caso de Guatemala alcanzó, como máximo, un 10 % entre 1970 y 1988; en El Salvador, luego de destinar un 13 % en 1970, ese nivel no se volvió a lograr durante ese periodo; Honduras invertía un 8,7 % del PIB en 1970 y alcanzó su máximo nivel con un 11 % en 1980 y 1985; Nicaragua partió con una inversión del 12 % en 1970, que se incrementó al 13 % en 1980, pero luego no volvió a alcanzar ese nivel; y Costa Rica comenzó con una inversión del 13 % en 1970 y alcanzó su nivel más alto en 1985, con un 22,5 %, lo cual fue un esfuerzo importante, aunque luego decayó hasta un 16,2 % en 1988 (ver gráfico 33).

Gráfico 33
América Central: presupuestos nacionales asignados a salud y servicios sociales. 1970-1988 (años seleccionados) En %



Fuente: Elaboración propia partir de Menjívar y Trejos (1990).

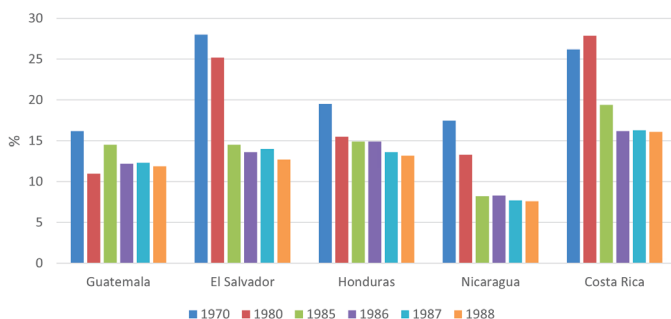
En 1980, la inversión per cápita en salud en Costa Rica era de \$28 dólares; en Nicaragua, \$36 dólares; en Guatemala, \$13 dólares; en El Salvador, \$9 dólares; y en Honduras, \$8 dólares. Mientras que el promedio para América Latina era de \$27 dólares; el promedio mundial, \$100 dólares; y en Estados Unidos se invertían \$439 dólares per cápita. (Freiberger, 1989, p. 217).

En términos institucionales y de regionalidad/regionalismo, desde 1956, se iniciaron reuniones de los ministros de salud de América Central y Panamá para discutir el panorama de la salud y tomar acuerdos en vinculación directa con los planteamientos de la Organización Mundial de la Salud y la Organización Panamericana de la Salud. A estas reuniones se fueron agregando miembros de las diversas instituciones sectoriales y, a partir de 1985, se integraron representantes de las instituciones de la seguridad social. Comenzando en 1983, se coordinó una agenda de acción de carácter regional con mayor independencia de la institucionalidad suprarregional de la salud, aunque siempre con la búsqueda de cooperación externa basada en proyectos, pero las acciones se orientaron hacia la vigilancia epidemiológica y la atención de los problemas generados por la violencia en la región y menos al control de los vectores de las enfermedades, la prevención o la promoción de la salud (Cruz Peñate, 2001). Sin embargo, luego de 1990, se insistió en procesos de “reforma del sector salud”, cuyo enfoque estaba más vinculado con el estilo de desarrollo neoliberal, los cuales ese encontraban orientados a la privatización de servicios.

En el campo específico de la educación, entre 1970 y 1988, los mayores esfuerzos presupuestarios se hicieron en El Salvador y Costa Rica de 1970 a 1980. El Salvador invirtió el 28 % de su presupuesto en la educación en 1970 y, luego, el 25,2 % en 1980, pero después el esfuerzo cayó al 13,7 % como promedio. Costa Rica dedicó el 26,2 % de su presupuesto en la educación en 1970,

para posteriormente elevarlo al 28 % en 1980, aunque la crisis también forzó una baja al 17 % como promedio en los años posteriores. Guatemala bajó su inversión en educación del 16,2 % del presupuesto en 1970 al 12 % en 1988, no obstante, ya había sufrido una caída al 11 % en 1980; Honduras empleó el 19,5% de su presupuesto en educación en 1970 y un 13,2 % en 1988; y Nicaragua vio caer su inversión en educación del 17,5 % en 1970 al 7,6 % del presupuesto en 1988 (ver gráfico 34).

Gráfico 34
Presupuestos nacionales asignados a los servicios de educación,
1970-1988 (años seleccionados). En %

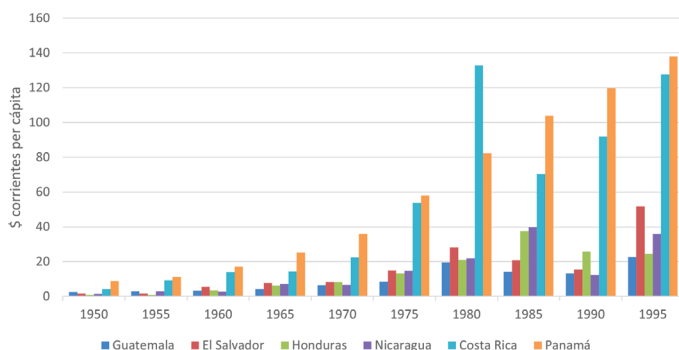


Fuente: Elaboración propia a partir de Menjívar y Trejos (1990).

Iván Molina demuestra que, desde la década de 1960, América Central invirtió de manera creciente en la educación durante algunos periodos bajo la influencia de los planteamientos de la teoría del capital humano, pero que la mayoría de los países de la región, con la excepción de Belice y de Panamá, vieron caer la inversión en educación, sea por el contexto de la violencia, combinado con la crisis económica en la región, que afectó a Guatemala, El Salvador y Nicaragua, o por la crisis económica en el caso de

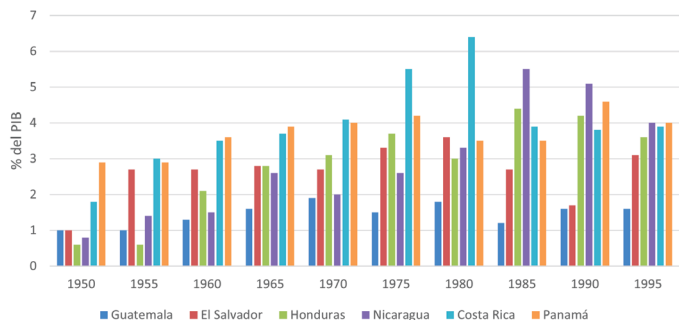
Costa Rica, situación que empezó a superarse a mediados de la década de 1990 y, sobre todo, en la década de 2000, otra vez con la influencia de las premisas de la teoría del capital humano (Molina Jiménez, 2018) (ver gráfico 35).

Gráfico 35
Inversión educativa pública per cápita en América Central, 1950-1995 (por quinquenios). En \$ corrientes



Fuente: Elaboración propia a partir de Molina Jiménez (2018, p. 18).

Gráfico 36
Inversión educativa pública en América Central como porcentaje del producto interno bruto (por quinquenios), 1950-1995



Fuente: Elaboración propia a partir de Molina Jiménez (2018, p. 22).

En la región, el esfuerzo de inversión en la educación solo superó el 6 % del PIB en el caso de Costa Rica en 1980, para caer al 3,9 % en 1985. El porcentaje del PIB más bajo invertido en educación se registró en Honduras, entre 1950 y 1955, con un 0,6 %. Por ello, nuevamente, la inversión en educación como porcentaje del PIB presentó grandes disparidades regionales y temporales en América Central (ver gráfico 36).

Las migraciones internas regionales e internacionales y las remesas familiares: válvula de escape y cambio económico

El contexto anterior presionó sobre la movilidad de la población. Esta movilidad, como tendencia histórica, tomando en cuenta la migración interna y regional y la migración internacional, va a depender en gran medida del capital transnacional y la demanda de mano de obra, de manera que adopta un carácter de migraciones laborales como tendencia predominante en el largo plazo, tal y como lo habían establecido Carolyn Hall y Héctor Pérez Brignoli (2003), con un interregno que implicó desplazamientos y migraciones forzosas debido a la violencia regional.

Entre 1950 e inicios del siglo XXI, el flujo migratorio centroamericano puede estudiarse en tres periodos (Viales Hurtado y Díaz Arias, 2014). Un primer periodo, ubicado entre 1950 y 1975, dentro del contexto del desarrollismo y la ISI, con el proceso de integración económica regional, el cual coexistió con el estilo de desarrollo agroexportador y mantuvo un sesgo anti rural (Viales Hurtado, 1999). Este se caracterizó por la proletarianización de la mano de obra endógena barata como parte del modelo de acumulación, pero también por el surgimiento de un semi proletariado agrícola. Además, la maquila industrial especializó todavía más el mercado de trabajo y el empleo en el sector público se incrementó. El agotamiento de la frontera agrícola

y los procesos de urbanización incrementaron los flujos migratorios del campo a la ciudad, lo que, aunado al fracaso del reformismo agrario, propició cambios en la estructura familiar y de clases dentro de un contexto de ampliación de la formalidad. En algunos países nació una clase media, más o menos fuerte, que se convirtió en nueva actora social y de consumo, aunque se fomentó la emigración y creció la pobreza (Viales Hurtado, 2002).

Los flujos migratorios fueron regionales e interregionales, los cuales estuvieron impulsados por el proceso de integración económica. Además, hubo un flujo migratorio con destino a Panamá y Estados Unidos, en donde este último país se convirtió en el destino privilegiado, dada su demanda de mano de obra que debía atender las labores que los estadounidenses empezaron a considerar como poco atractivas, fruto de la dualidad del mercado laboral, según el planteamiento de Michael Piore (1969).

Para fines de este periodo, Manuel Ángel Castillo (1999) plantea:

El patrón de la emigración internacional de los centroamericanos se modificó radicalmente. Los países que experimentaron algún tipo de conflicto sociopolítico —especialmente con características de confrontación armada— se convirtieron en francas zonas de origen de emigrantes (Nicaragua, El Salvador y Guatemala); algunos se constituyeron en países receptores (Costa Rica y Belice); otro (Honduras) vivió una situación transitoria de recepción de población refugiada; algunos —por su posición estratégica— empezaron a experimentar también la condición de países de tránsito. Mientras tanto, los destinos de la población que se movilizó, empezaron a diversificarse. Sin embargo, la tendencia predominante hacia la segunda mitad de los ochenta, puede sintetizarse... en dos movimientos

principales: uno, hacia el norte, de salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses, hondureños y beliceños (estos últimos en mucho menor medida) hacia México, Estados Unidos y Canadá; y otro, hacia el sur, de nicaragüenses a Costa Rica (p. 30).

Hacia 1970, “los inmigrantes centroamericanos registrados por el Censo de Estados Unidos no llegaban a cien mil” (Morales Gamboa, 2007, p. 132.) Entre 1975 y 1985, la región de América Central vivió la coyuntura de las guerras civiles internas, que, en términos de migración, constituye un segundo periodo (Cortés, 2003). A su vez, dicho periodo se vio impactado por la crisis económica internacional y por la crisis del desarrollismo y la integración regional centroamericana a nivel interno. Se trató de una época de migraciones forzadas y de migraciones temporales interregionales, las cuales complementaron el patrón anterior de migraciones internas en los países (CSUCA/Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, 1978).

El tercer periodo estuvo ubicado entre 1985 y la primera década del siglo XXI, cuando la reforma neoliberal y la economía posindustrial, que propiciaron una especialización en el sector servicios, forzaron a una reforma del Estado y una nueva especialización de los mercados de trabajo y los mercados laborales, estos últimos incluyen los derechos y la justicia laboral (Viales Hurtado y Vargas, 2016), que ayudaron al crecimiento del sector informal. En este periodo se fomenta, nuevamente, la emigración, mientras que el modelo de acumulación, basado en mano de obra barata, se transnacionalizó al incorporar las remesas familiares, las cuales se convirtieron en parte fundamental de las cuentas nacionales, sobre todo para consumo, en varios países de la región.

Las “remesas” son recursos monetarios o no monetarios que los emigrantes obtienen trabajando en el extranjero y luego envían a su país de origen. Hacia el 2000,

se calculó que las remesas ascendían en el mundo a más de 71 000 millones de dólares, de los cuales más de 5 700 millones tenían como destino América Latina y el Caribe, región en la que entre México, El Salvador, Guatemala, República Dominicana, Colombia, Brasil, Jamaica y Haití se repartían el 97 % de estas (Waller, 2002).

Para 1990, la migración extrarregional centroamericana llegó a superar el millón de personas y, aunque los principales destinos fueron los Estados Unidos, México y Canadá, las migraciones intrarregionales y transfronterizas apuntaron hacia el hecho de que el principal país receptor había sido Costa Rica (Morales, 1999). Un componente importante de este tipo de movimiento de población, que hasta hace poco tiempo se había concebido como necesario, era la provisión de mano de obra requerida para el desarrollo de las plantaciones de agroexportación:

Ejemplos de estos movimientos que ocurrían, y ocurren todavía, en áreas de frontera son los siguientes: entre Guatemala y Chiapas... entre El Salvador y Guatemala; entre Honduras y El Salvador; entre Honduras y Belice; y desde Nicaragua y Panamá hacia la frontera norte y sur de Costa Rica, respectivamente (Proyecto Estado de la Nación, 1999, p. 363).

Según planteó Abelardo Morales (2007):

En 1990, el stock de emigrantes centroamericanos había crecido y se mantenía concentrado en una proporción del 80% también en Estados Unidos. Mas del millón de personas, la mayoría de El Salvador, seguidos por guatemaltecos y nicaragüenses, mostraban los principales rasgos de la diáspora centroamericana hacia el Norte. La emigración de los costarricenses continuaba siendo baja, la de los panameños se había atenuado, pero la de los hondureños se comenzó

a evidenciar nuevamente como una emigración importante pues pasó de una tasa de 3,3% en el decenio 70-80 a 9,4% en el 80-90 (p. 132).

El periodo de estudio de este capítulo atraviesa de manera transversal dicha tipología, por lo que vale la pena hacer un análisis más detallado de las tendencias en la región. Para el caso de Guatemala, Ernesto García y Héctor Valdéz (2002) determinaron que, a principios de la década de 1980, se dio un flujo migratorio intrarregional, en el cual participaron 4 750 guatemaltecos, menos del 0,07 % de la población de ese momento, en donde los “destinos principales de los emigrantes fueron... Belice (3 003 emigrantes), lo que constituye un 0,04% de la población total y Costa Rica (1 430 personas), que significa un 0,02%. En términos generales se aprecia un ligero predominio de emigrantes masculinos” (p. 123). Hacia 1980 habían emigrado 37 693 personas y, para 1990, unas 160 312. Se notó un fuerte impulso de emigración hacia México (5,8 % del total) y los Estados Unidos (54 %). En la década de 1990 se registraron “notorios flujos emigratorios hacia Honduras (15%), El Salvador (23%) y Belice (54%)” (García Sánchez y Valdéz Rodas, 2002, p. 124).

En el caso de Honduras, como lo plantean José Carranza y José Chang (2002), el censo de 1988 registró 34 387 inmigrantes y, de estos, 26 867 (78,1 %) habían llegado provenientes de algún país de la región centroamericana.

Los nacidos en Nicaragua eran los que tenían mayor representatividad (56%), seguidos por los salvadoreños (29%), lo cual muestra una estrecha relación entre los conflictos internos en ambos países y el flujo migratorio hacia Honduras. Panamá, Costa Rica y Belice, quizás por su relativa lejanía de las fronteras hondureñas y porque no sufrieron

conflictos internos tan serios, son los países menos representados en Honduras. Alrededor de 1990 la mayor emigración de hondureños... fue hacia Nicaragua, con un 40,5%, y hacia El Salvador, con 37% respecto al total de emigrantes en la subregión. Fuera de ésta sólo se cuenta con información para los Estados Unidos y México; respecto de ésta es notoria la cantidad de emigrantes a Estados Unidos que asciende a 108 923 hondureños, que representa el 80% del total de los emigrantes (Carranza y Chang, 2002, pp. 163-164).

Durante la década de 1980, hubo una afluencia de inmigrantes centroamericanos a Belice como consecuencia de la guerra civil: se dio la llegada de personas de El Salvador y Guatemala que fueron recibidas como refugiados o desplazados. De acuerdo con Elizabeth Talbert (2002):

El Censo de 1980 registró 12 940 inmigrantes que representan el 9% de la población... [y]... aumentó a 26 204 y 13,8%, respectivamente, en 1991; para el año 2000, el total de población inmigrante había llegado a 34 279 y representaba el 14,7% de la población total... Sin embargo, el alto crecimiento anual promedio experimentado en el período 1980/1991 (6,2%) se redujo al 3% en el período 1991/2000 (p. 17) [Traducción propia].

Mayra Lara y Erick Soriano (2002) establecen que, en El Salvador, durante el periodo 1970-1980, se dio el auge de los movimientos migratorios debido al conflicto armado que generó un éxodo, el cual duplicó la magnitud de emigración hacia otros países americanos. En ese contexto:

El Salvador es el que más aumenta su *stock* de emigrantes en la subregión, seguido de Guatemala y Panamá.

Para 1990 más de medio millón de salvadoreños se encontraban en el extranjero, cifra 3 veces superior a la de 1980, producto principalmente del conflicto armado en el país; cabe señalar que el desplazamiento de la población interna también se ve afectado. En ese momento, El Salvador destaca como el principal país expulsor, responsable del 40% del total de la emigración de la subregión, que en un 80% se dirige a los Estados Unidos (Lara y Soriano Molina, 2002, p. 88).

De acuerdo con Alexander Segovia, los cambios económicos acaecidos en El Salvador después de la década de 1980 generaron una “modernización económica”, que tuvo como resultado la superación del “modelo agroexportador”, basado mayormente en la acumulación a partir de salarios bajos. Sin embargo, este cambio fue “resultado de la enorme emigración de salvadoreños hacia Estados Unidos, motivada por la crisis económica y la guerra, surgió una nueva fuente de excedente económico constituido por las remesas familiares que envían los salvadoreños viviendo en ese país” (Segovia, 2002, p. 253). Estas remesas han constituido una fuente de capital y consumo interno, las cuales han permitido generar algunos cambios en la economía y la política económica salvadoreña, aunque también han provocado una nueva dependencia, tanto de una nueva geopolítica (Castillo, 1983) del contexto económico global como de las propias remesas.

El análisis de Josefa del Carmen Blanco y Alcibíadez Hernández (2002) establece que, en 1995, Nicaragua registró 26 043 personas nacidas en otros países que residían ahí (un 0,6 % de la población total). Para la década de 1980, se registraron 101 177 emigrantes procedentes de dicho país y de estos:

El 89% de ellos residían en Costa Rica y los Estados Unidos (45,4% y 43,6%, respectivamente), lo que

marca a dichos países como los principales países de destino... Los nicaragüenses censados en otros países para la ronda censal de los años noventa fueron 212 889, duplicándose con respecto a 1980... [y]... las cifras censales de los Estados Unidos reflejaron que los nicaragüenses residentes en ese país alcanzaban el 80% del total de emigrados (Blanco Artola y Hernández, 2002, pp. 192, 195 y 196).

En Costa Rica, de acuerdo con María de los Ángeles Ramírez y Astrid Valverde (2002):

En la década de los años ochenta, según los datos del Censo Nacional de Población de 1984, había 88 954 inmigrantes (3,7 % de la población total). En la década siguiente, si bien no hubo censo de población, según los registros de la Dirección General de Migración y Extranjería, se produjo el retorno voluntario de miles de extranjeros a sus países de origen (El Salvador y Nicaragua básicamente). Sin embargo, muchos de ellos ya habían adquirido vínculos de pareja o tenido hijos con ciudadanos costarricenses y decidieron quedarse. Justo en esta década se realizaron tres Regímenes de Excepción (instrumentos legales aplicados para regularizar la situación migratoria de quienes no se encontraban radicando legalmente con la presentación de requisitos mínimos), a los cuales se acogieron 50 000 personas al primero (realizado durante todo 1990); 40 000 al segundo (realizado en 1994 durante dos meses); al tercero (realizado durante 6 meses en 1999) se acogieron 155 316 personas. Producto de esas acciones se llegó a una cifra de 270 788 extranjeros residentes. Los registros al 19 de septiembre de 2001, indican la existencia de 277 834 residentes. Todas las cifras consignadas evidencian el atractivo que resulta este país para la radicación de muchos foráneos (p. 59).

Para el caso de Panamá, René de Gracia y Elvia Guillén (2002) determinaron que el mayor flujo de emigrantes se dirigió a los Estados Unidos: 60 740 personas panameñas en 1980 y 85 747 en 1990. En Estados Unidos se registraron:

60 740 panameños en 1980 —85,7% del total de emigrantes— y 85 747 en 1990 —90,6% del total... El *stock* pasó de 34 567 personas en el censo de 1980, a 54 551 en el de 1990... Sin embargo, su participación en el total de la población —1,8%, 2,3%... siempre ha sido menor que la proporción de población panameña emigrante. En la subregión centroamericana, los principales países de origen de los inmigrantes son Costa Rica y Nicaragua. Los inmigrantes salvadoreños tendieron a aumentar en las dos primeras décadas de estudio, sin embargo, su población inmigrante en Panamá disminuyó para el 2000 (De Gracia y Guillén, 2002, pp. 221, 226 y 227).

A partir de esta dinámica, el Primer Informe sobre el Estado de la Región de 1999 desarrolló una nueva tipología de patrones migratorios para la región, en donde se incorporó el concepto de “migrantes forzados-desplazados internos”, que incluyó, por una parte, los movimientos fruto de los conflictos bélicos y las condiciones políticas y, por otra, los desplazamientos producto del huracán Mitch. La emigración hacia los Estados Unidos creció y se consolidó un nuevo flujo migratorio intrarregional, de manera que es importante señalar que existieron dos sociedades receptoras mayoritarias: Costa Rica y Belice (Proyecto Estado de la Nación, 1999, p. 365).

Por lo tanto, los movimientos de población que en algunas visiones fueron valorados positivamente como parte de una tendencia a la libre movilidad de factores (aunque se sabe que las restricciones a la movilidad de mano

de obra han estado mediadas por factores institucionales y culturales), también dependieron del modelo de acumulación basado en la circulación mano de obra barata y generaron problemas sociales asociados a la decisión de emigrar, la cual estuvo muy vinculada con el diferencial salarial, el desarraigo y los problemas de asimilación en las sociedades receptoras a pesar de la generación de remesas.

Conclusión: la crisis económica de América Central en la década de 1980 en su contexto: ¿década perdida o de reforma neoliberal transnacional?

François Chesnais se basó en el concepto de “régimen de acumulación”, que incluye la institucionalidad, nacional y global se podría agregar, para identificar el cambio fundamental acaecido entre 1979 y 1980 en términos de las condiciones, los actores, las actoras y la institucionalidad que marcaron el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación. En su visión, se dio una transición del “régimen fordista”, originado en un contexto sociopolítico que no fue “elegido” por el capital, a un régimen donde se presentó “la reaparición, después de un lapso de sesenta años, de capital financiero muy concentrado” (Chesnais, abril 2003, p. 37).

En opinión de Chesnais, el resultado de esta transición fue claro: desde mediados de la década de 1980, el capital financiero asumió:

Una trascendencia que le permite influir significativamente en el nivel y la orientación de las inversiones, así como en la estructura y la distribución de la renta [por lo que]... el régimen de acumulación [está]... estructurado en torno a unas relaciones, cuyo origen estaría más lejos del contexto de la producción y más cerca del ámbito financiero. Éste sería un “régimen de acumulación dominado por lo financiero”, o incluso un “régimen de acumulación financiarizado” (Chesnais, 2003, p. 38).

En América Latina, esta apreciación merece una reinterpretación, como lo ha planteado Caputo (2012), debido al siguiente motivo:

A diferencia de lo que pasa en los países desarrollados,... el capital productivo y el capital financiero actúan conjuntamente, potenciándose... Esta situación se presenta también y con mayor claridad en las inversiones extranjeras que ingresan a la región. La inversión extranjera directa contempla una proporción significativa de créditos internacionales asociados. Se puede decir que en América Latina el capital productivo y el capital financiero actúan en forma redoblada tras la persecución de utilidades e intereses elevados (Caputo Leiva, 2012, p. 41).

Por lo tanto, si se caracteriza una crisis como “financiera”, según plantea generalmente el FMI, se deja de lado la relación y la causalidad que existe entre esta y la producción y la distribución a nivel global. Además, no se debe eliminar de su análisis el hecho de que el “gran aumento de las ganancias de las empresas transnacionales proviene de una disminución de los salarios y de la renta de los recursos naturales a nivel mundial” (Caputo Leiva, 2012, p. 42; Estrada Álvarez, 2012).

No se puede dejar de lado que, entre 1980 y 1990, surgió una “agenda de una elite transnacional”, como la ha definido William I. Robinson (2003). Esta se caracterizó por ser una “revolución desde arriba”, que implicó una modificación de las estructuras económicas y sociales globales con el fin de promover las condiciones propicias para el funcionamiento del nuevo sistema de producción capitalista global (Robinson, 2003, p. 50). Por su parte, Alexander Segovia (2019), en un estudio focalizado en el caso de El Salvador, pero cuyo planteamiento permite ubicar algunos elementos comunes para toda la región de América Central, indicó:

(Debido) a su tradicional poder económico y político y a su influencia social, históricamente las elites económicas —generalmente organizadas en grupos empresariales con fuertes vínculos familiares— han jugado un rol central en la evolución y conformación de las economías y las sociedades de Centroamérica... [y dada su continuidad en el poder] tales actores tienen un alta responsabilidad histórica en la conformación de las sociedades centroamericanas, que en su mayoría (con la excepción de Costa Rica y en ciertos aspectos de Panamá) se caracterizan por ser injustas y profundamente desiguales, así como por la existencia de economías poco diversificadas, con baja productividad y altamente concentradas, y por la prevalencia en la mayor parte del siglo XX, de regímenes políticos autoritarios, represivos y antidemocráticos. Además, dichas élites tienen mucho que ver en la configuración de Estados nacionales pequeños, débiles, corruptos y desarticulados (Segovia, 2019, pp. 3-4).

En Costa Rica, Francisco Robles Rivera ha indicado lo siguiente sobre los procesos de privatización derivados del reformismo neoliberal donde a:

Diferencia del resto de países de la región, donde las políticas de privatización dejaron en manos de empresas de capital nacional y transnacional sectores estratégicos del desarrollo nacional, como la electricidad, la banca y finanzas, las telecomunicaciones, los seguros y las pensiones, entre otros, y permitieron la expansión de las inversiones de los grupos de poder económico, no solo a nivel nacional, sino también regional... se desarrolló un “neoliberalismo a cuenta gotas”, es decir, las reformas focalizadas, la lenta privatización de los activos nacionales, y las alianzas público-privadas

han escrito una historia distinta en torno a los grupos de poder económico costarricense en décadas recientes (Robles Rivera, 2016, pp. 173-174).

En el largo plazo, como respuesta a la crisis de 1980, Costa Rica transitó a una nueva apertura comercial “hacia afuera”, primero mediante productos agrícolas no tradicionales de mercado, pero con la permanencia de ciclos exportadores basados en productos agrícolas tradicionales de mercado y productos industriales, y luego con una tendencia a la concentración en el sector servicios:

Centrados en el turismo, los servicios financieros, los *call-centers* y la maquila. El desarrollo de este estilo con mayor apertura al exterior se basó en un significativo aporte de inversión extranjera y de un aumento en la capacidad tecnológica nacional, la cual privilegió inicialmente la diversificación de exportaciones agropecuarias, pero a partir de la segunda mitad de la década de 1990, se enfocó primero en la producción de componentes electrónicos de la compañía transnacional Intel y luego en otras compañías internacionales, fabricantes de dispositivos médicos... Sin embargo, la presión económica sobre la naturaleza y sus externalidades negativas siguen acrecentando la ruta hacia la insustentabilidad... Pese al predominio del reformismo neoliberal, las políticas económicas y las elites transnacionalizadas, tampoco han logrado que la pequeña economía nacional resuelva problemas estructurales, como la falta de encadenamientos entre las actividades tecnológicamente más avanzadas y el resto de la economía, la limitada creación de empleo y la tendencia al crecimiento de la informalidad laboral y a la precarización de las condiciones de trabajo, con los impactos correspondientes a nivel tributario y en las contribuciones

a la seguridad social. El país sigue siendo muy vulnerable a los cambios en la coyuntura, con el agravante de que la pobreza se ha estancado en alrededor del 20 por ciento desde inicios de la década de 1990, acompañada por desigualdad creciente en la distribución del ingreso (Viales Hurtado y León Sáenz, 2021, pp. 22, 23 y 26).

Este nuevo orden estuvo basado en el neoliberalismo, como “pensamiento único” (Estefanía, 1998) y el denominado Consenso de Washington, pero también fue reforzado por una corriente de neoliberalismo global, basada en dos principios: la liberación mundial del mercado y la construcción de una superestructura legal y regulatoria de la economía global, proceso que se aceleró con la aprobación de la Ronda Uruguay el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), que se desarrolló entre 1986 y 1994, en donde se negociaron las reglas comerciales para regular la nueva economía global: libertad de inversión, libertad de movimientos de capital, liberalización de servicios (incluyendo los financieros), derechos de propiedad intelectual y libre movimiento de bienes. A la vez, las elites transnacionales promovieron procesos de integración regional (Robinson, 2003, pp. 50-51).

El “discurso neoliberal de desarrollo” se fundamentó en la liberalización comercial y el ataque al intervencionismo estatal, con miras al control de la inflación, el déficit fiscal para buscar el equilibrio macroeconómico y la solvencia fiscal. Bajo esta lógica, entre “1978 y 1992, más de setenta países emprendieron 566 programas de estabilización y ajuste estructural impuestos por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial” (Robinson, 2003, p. 51).

Por lo tanto, esta reestructuración ha tenido un sesgo de clase, orientada por y para beneficiar a los agentes del sector externo y su fracción más transnacionalizada (Robinson, 2003, p. 52),

los cuales han tomado el poder y han transformado el Estado en uno de carácter neoliberal, proceso del que América Central no escapó.

Algunas investigaciones, sobre todo de personas economistas, valoraron positivamente el cambio estructural posterior a la crisis de 1980, pero, a partir del impacto de la sindemia/pandemia global por la COVID-19 con visión retrospectiva, Alexander Segovia (2021) plantea:

Si bien el capitalismo rentista-transnacional presenta rupturas importantes con respecto a su predecesor, heredó de él sus peores características, particularmente su carácter concentrador y excluyente y su ineficiencia global, con el agravante de que es menos productivo y menos exitoso en generar crecimiento económico, y es mucho más dependiente de la economía estadounidense (p. 80).

Por su parte, se asistió a la consolidación del “sistema global”, como lo denominó Leslie Sklair (1995), que debe analizarse en función de las prácticas transnacionales de la globalización capitalista. Dichas prácticas traspasan los límites de los Estados nacionales y operan en tres esferas: la económica, la política y la cultural-ideológica, en donde las corporaciones transnacionales son actoras fundamentales como la forma institucional típica de las prácticas económicas transnacionales; en la esfera política, una clase capitalista transnacional; y en la esfera cultural-ideológica, la cultura-ideología del consumismo (Sklair, 2007, p. 94).

En el sentido anterior, la clase capitalista transnacional tiene como función organizar las condiciones bajo las cuales sus intereses, así como los del sistema global, son promovidos tanto en el nivel nacional/interno como en el contexto global. Esta clase se encuentra compuesta por cuatro fracciones: la corporativa, que es dueña de

las compañías transnacionales o está conformada por sus afiliados locales; la estatal, ubicada entre el Estado globalizador y los políticos y los burócratas de los Estados nacionales que promueven sus intereses; la técnica, que está compuesta por los profesionales globalizados; y la fracción consumista, en donde se incluyen los comerciantes y los medios de comunicación (Sklair, 2007, p. 98).

De esta manera, la idea de desarrollo, basada en el crecimiento económico, comenzó a variar a inicios de la década de 1970 debido al cambio de la institucionalidad de *Bretton Woods*, vigente desde la década de 1940, mientras que el estilo de la globalización y su idea de desarrollo se potenciaron por la crisis de 1980 y sus impactos (McMichael, 2004, p. xviii). La nueva idea fue impulsada por el Banco Mundial, que definió el desarrollo como una participación exitosa en el mercado mundial. El mecanismo recomendado fue el seguimiento de una lógica exportadora, originalmente industrial, al estilo de los países recientemente industrializados, pero que en otros países implicó un estímulo para las exportaciones agropecuarias. Todo esto sin perder de vista que las compañías transnacionales aprovecharon estas condiciones para ampliar sus actividades en grandes regiones que estaban lejos de sus marcos de acción (McMichael, 2004, p. 115). Para el contexto centroamericano, y latinoamericano en general, esto significó una tensión entre dos estilos de desarrollo: el desarrollismo y el globalismo, este último asumido como reformismo neoliberal predominante (ver cuadro 10).

Esta caracterización permite repensar el “estilo de crecimiento basado en la deuda”, así como redimensionar el estilo de desarrollo neoliberal como un proyecto fundamentado en una reforma global, que abarcó tanto el estilo económico como la reforma institucional, para así construir un nuevo orden económico internacional (con liberalización del capital financiero), en donde surgieron nuevos actores

y actoras transnacionales con poder de veto (condicionalidad cruzada), junto con otras élites que también impulsaron un estilo de democracia delegativa.

Cuadro 10
Las diferencias entre desarrollismo y globalismo según Philip McMichael

Atributo	Desarrollismo 1940s-1970s	Globalismo 1980s
Economía política	Mercados regulados por el Estado	Mercados autorregulados
	Gasto público keynesiano	Monetarismo
Objetivos sociales	Derechos sociales y Bienestar	Reducción del gasto público
	Ciudadanía uniforme	Iniciativa privada y consumismo global
Estilo de desarrollo	Replicación industrial	Política de identidad y ciudadanía de varias capas
	Complementariedad del sector económico nacional	Participación en el mercado mundial
Mecanismo de movilización	Nacionalismo (poscolonialismo)	Ventaja comparativa
		Fuerzas de mercado
Mecanismos para el crecimiento/desarrollo	Industrialización por sustitución de importaciones (ISI)	Deuda y solvencia crediticia
	Inversión pública	Orientación a la exportación
	Educación	Privatización
	Reforma agraria	Emprendedurismo
Variantes geopolíticas	Primer mundo: libertad de empresa	Austeridad pública y mayoritaria de clase
	Segundo mundo: planificación central	Ajuste estructural nacional (Apertura económica)
	Tercer mundo: modernización vía Alianza para el Desarrollo	Acuerdos regionales de libre comercio
		Gestión económica global ("buena gobernanza")

Fuente: Tomado de McMichael (2004, pp. xx-xxi).

Según Éric Toussaint (2014) del Comité para la anulación de la deuda del Tercer Mundo (CADTM):

El New Deal, iniciado por el presidente F. D. Roosevelt en 1933, y los treinta años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial aparecen como un paréntesis durante el cual la clase dominante tuvo que hacer concesiones, ciertamente limitadas pero reales, a las clases populares... Los grandes patronos tuvieron que disimular un poco su dominio sobre el Estado. Con el giro neoliberal emprendido a finales de los años 1970, abandonaron la discreción. Los años 1980 pusieron en primer plano a una clase dominante completamente desinhibida, que asume y proclama con cinismo la carrera por la ganancia y la explotación generalizada de los pueblos y de la naturaleza. La fórmula, tristemente célebre, de Margaret Thatcher «*There is no alternative*» (TINA) ha marcado hasta hoy el paisaje político, económico y social, a través de los ataques violentos a los derechos y conquistas sociales (p. 24).

Toussaint (2014) agrega:

El sistema de la deuda pública tal como funciona en el capitalismo constituye un mecanismo permanente de transferencia de riquezas producidas por el pueblo hacia la clase capitalista. Este mecanismo se ha reforzado con la crisis comenzada en 2007-2008, pues las pérdidas y las deudas de los bancos privados han sido transformadas en deudas públicas. A gran escala, los gobiernos han socializado las pérdidas de los bancos a fin de permitirles continuar logrando beneficios que redistribuyen a sus propietarios capitalistas (p. 25).

A partir de inicios de la década de 1980, el sector bancario privado logró liberarse de las restricciones que los poderes públicos habían establecido y mantenido durante varias décadas con el fin de evitar una repetición de la crisis bancaria

de los años 1930. Los reguladores y los Gobiernos, convertidos en adeptos al neoliberalismo, soltaron las riendas a los banqueros capitalistas, quienes aprovecharon al máximo esta nueva situación. Lo anterior se desarrolló en un marco donde “el gran capital tomaba su revancha sobre una serie de conquistas sociales obtenidas por los trabajadores en interés de la gran mayoría de la población” (Toussaint, 2014, p. 275). Se trata de la “bancocracia”, que se reproduce bajo el lema: “¡el dinero o la vida!” y lidera lo que Toussaint (1999) denominó como “la tiranía de las finanzas globales”.

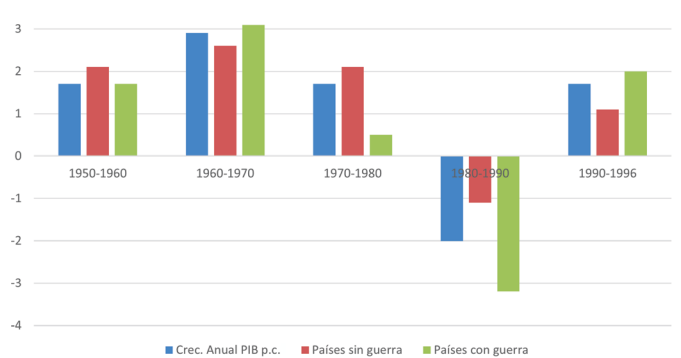
La explicación sobre el origen de la crisis centroamericana de la década de 1980, que se centró en el análisis del sector externo (caracterizado por una caída de los precios de los productos de exportación, especialmente del café; un déficit en la balanza de pagos; y la crisis interna regional de la industrialización sustitutiva de importaciones (Pérez Brignoli y Baires Martínez, 1983) y el Mercado Común Centroamericano, además del impacto de la crisis política interna), debe ampliarse, tal y como se ha planteado en este trabajo, a partir de una visión de mediano plazo (1970-1990).

Para Héctor Pérez Brignoli (2011), la crisis fue un importante *turning-point* en la historia del istmo, que marcó el quiebre con el desarrollismo y la integración económica centroamericana, así como expuso la nostalgia de los empresarios por el clima económico y las reglas del juego de las décadas de 1960 y 1970. Esto cambió por una política de promoción de las exportaciones “no tradicionales”, la cual comenzó con la Iniciativa para la Cuenca del Caribe formulada por los Estados Unidos en 1983.

El Primer Informe del Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible ya establecía que, retomando un estudio del Ministerio de Planificación de Costa Rica en la región centroamericana, sin incluir a Panamá por falta de datos, la relevancia económica de los países había cambiado. Mientras que en 1920 el total de la producción se concentraba en dos

economías: Guatemala (como primera economía con el 33,4 %) y El Salvador, que en conjunto formaban el 55,7 %; en 1980, Guatemala y Costa Rica agrupaban el 62,4 % y, hacia 1990, el contraste era con la economía nicaragüense, que llegó a representar el 6,8 % (Proyecto Estado de la Nación, 1999, p. 42).

Gráfico 37
Centroamérica: crecimiento del PIB per cápita entre 1950 y 1996
(por décadas) (tasas de crecimiento anual promedio)



Fuente: Elaboración propia a partir de Proyecto Estado de la Nación (1999, p. 41).

Si se estudia la evolución del PIB per cápita para el periodo 1950-1996 (ver gráfico 37), resulta evidente que 1980-1990 fue una “década perdida” para América Central y que la crisis resultó más aguda para los países que vivieron procesos de guerra (Guatemala, El Salvador y Nicaragua). En este trabajo se aclararon cuáles fueron los factores internos e internacionales, en términos de la vinculación al comercio mundial, que explican la crisis, cuyo comportamiento, respecto a la balanza comercial y la deuda, ya era deficitario antes de la crisis de 1980.

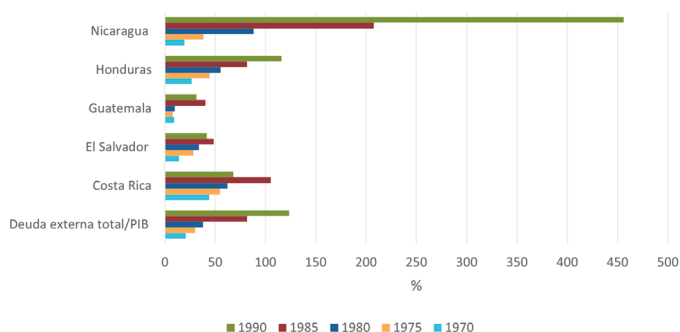
Por su parte, el “estilo de desarrollo basado en la deuda”, aunado al desarrollismo y el intervencionismo estatal en

la economía, acompañó el crecimiento del PIB per cápita en la “década de oro” del capitalismo/desarrollismo centroamericano, entre 1960 y 1970, fruto de la integración regional por medio de la ISI y el Mercado Común Centroamericano. No obstante, este modelo había alcanzado sus límites al iniciar la década de 1970 (ver gráficos 38 y 39), la cual fue impactada por las crisis del petróleo de 1973 y 1979, que golpearon la dependencia del combustible fósil en el modelo energético regional centroamericano. Esta década fue de crisis internacional, aunque su profundidad se mitigó en la región, puesto que, aunque el PIB per cápita bajó, no llegó a niveles negativos. Además, dicho decrecimiento fue atenuado en buena parte por el acceso a crédito/deuda externa.

Con el predominio del “reformismo neoliberal”, que endilgó las causas de la crisis al estilo de desarrollo anterior, la crisis de 1980 generó un ajuste estructural de estabilización y reactivación de la economía con un impacto social considerable, aunque, en la práctica, todavía hacia 1996, no se había logrado alcanzar los niveles de crecimiento del PIB per cápita de la década de 1960-1970, ni siquiera los de la década de 1970-1980, pero sí se transformó la estructura social, agudizó la pobreza y la desigualdad social, generó una clase social transnacional más interesada por la inserción abierta en el capitalismo global, así como abrió la puerta a la política y la ideología de los organismos financieros internacionales, el FMI y el Banco Mundial a las condiciones de las empresas transnacionales para recuperar la IED. Sin embargo, no hay que perder de vista que la “crisis de la deuda” de la década de 1980 tuvo su origen en el alza de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal de los Estados Unidos.

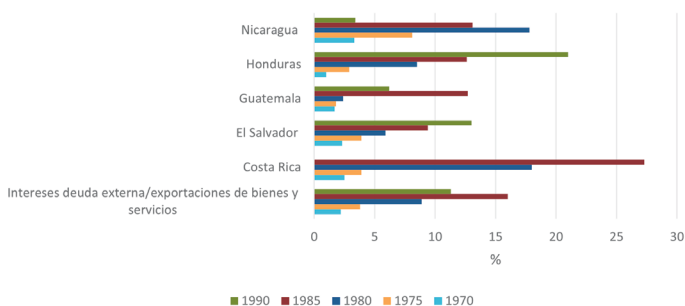
La inserción en el “sistema global” (Sklair, 1995) se presentó como la única alternativa, cuando, en realidad, era una construcción política de las élites reconfiguradas y transnacionalizadas (Harvey, 2007).

Gráfico 38
Centroamérica: relación deuda externa total/PIB entre 1970 y 1990. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1993, p. 39).

Gráfico 39
Centroamérica: relación entre intereses de la deuda externa y las exportaciones de bienes y servicios, años seleccionados. En %



Fuente: Elaboración propia a partir de Cepal (1993, p. 39).

La(s) desigualdad(es) en América Central tienen una trayectoria de largo recorrido. (Viales Hurtado y Díaz Arias, 2016). En este libro se analizó una coyuntura crítica que ocurrió luego de una década de “estabilización” y

ajuste estructural, condicionalidad cruzada y generación de un nuevo orden económico global. Dicha coyuntura fue de carácter neoliberal y permitió una desregulación novedosa del capital, así como la consolidación de las empresas multinacionales y transnacionales como nuevas actrices dominantes de la economía mundial. El repertorio de medidas recomendadas para superar la crisis de 1980 por parte de los Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales fue bautizado por John Williamson (1990) como el Consenso de Washington.

En la década de 1990 se empezaron a mostrar algunos avances en términos de la recuperación económica, pero también limitaciones. Se trató de la combinación entre la disciplina fiscal, la reorientación del gasto público y la “reforma” (reducción) del Estado, la reforma fiscal, la liberalización financiera, el manejo de un tipo de cambio flexible, el papel preponderante de los bancos centrales nacionales y la liberación de la banca privada, la liberalización comercial, la promoción de la inversión extranjera directa, la privatización, la desregulación y la protección de derechos de propiedad. Según Moisés Naím (2000), cuando entró en vigencia el North American Free Trade Agreement (Nafta), el 1 de enero de 1994, y, simultáneamente, el Ejército de Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) se levantó en armas en Chiapas, como protesta en contra el reformismo neoliberal de Carlos Salinas de Gortari, se pudo tomar conciencia de que las reformas planteadas, si bien podían tener algún sentido en una coyuntura crítica, su aplicación de manera sostenida no había generado prosperidad para todos en los países subdesarrollados.

En América Central, el “advenimiento de regímenes democráticos civiles ocurridos entre 1985 y 1991 y la paz, marcaron un hito en la construcción de la nueva estrategia de desarrollo” (Torres Rivas, 2007, p. 169). Sin embargo, es claro que el

desempleo abierto, el subempleo, la informalidad (Pérez Sáinz y Cordero, 1991) y la emigración tuvieron, al menos:

Una doble incidencia en la estructura social. Por un lado, la informalización rampante supuso un mayor peso de la pequeña propiedad, pero también que el empleo asalariado generado fuese, fundamentalmente, precario. Por otro lado, la emergencia del fenómeno migratorio, por su carácter transnacional, cuestionaba el referente clave de los procesos modernizadores: el Estado-Nación. Además, este fenómeno que, durante los 80 se reflejó sólo con fuerza en El Salvador, se acabaría convirtiendo en la principal modalidad de inserción de la región en el proceso globalizador (Pérez Sáinz *et al.*, 2004, pp. 41-42).

Por su parte, el ajuste también implicó un impacto en la inversión en salud, educación y servicios sociales, que en algunos países se pudo recuperar hacia la década de 1990, como tendencia general, a pesar de las grandes disparidades existentes.

En el contexto de América Latina, la principal omisión de esta propuesta fueron los problemas de redistribución en un contexto de desigualdad persistente. En términos de política económica, José Antonio Ocampo (2006) detalló los cuatro problemas básicos que presenta: una visión restringida de estabilidad económica, un sesgo antintervencionista, la subordinación de las políticas sociales a las económicas y una implantación “desde arriba” (p. 8).

Después de 1990, el proceso de neoapertura en las economías centroamericanas también tuvo ganadores, aunque todavía falta mucha investigación sobre esta temática. Los datos de la década de 2000 confirman la integración de grupos empresariales transnacionalizados, los cuales se notaban cautelosos ante los cambios en la economía global durante la década de 1990. De acuerdo con Forrest D. Colburn y Fernando F. Sánchez (2001), quienes entrevistaron

a empresarios sobre dicha coyuntura, estos visualizaron que “los ganadores” con el cambio económico estaban vinculados con el sector financiero, el sector exportador e importador, el sector turístico y aquellos que se habían asociado a los grupos regionales empresariales ampliados (p. 84). Esto porque la “apertura económica est[aba] concentrada alrededor de las exportaciones y la generación de divisas [y las empresas involucradas en actividades económicas que producen divisas no necesariamente generan más empleo y, de hacerlo, van a emplear trabajadores bien capacitados y altamente productivos” (Colburn y Sánchez, 2001, p. 102).

Dado el impacto social de la crisis de 1980 y el ajuste estructural en América Latina, en la década de 1990, la Cepal empezó a debatir sobre el “desarrollo con equidad” (Gurrieri y Torres Rivas, 1990) para llamar la atención acerca de la necesidad de crear políticas sociales de nuevo cuño, las cuales generaran una menor exclusión social. De esta forma, a finales de la década de 1990, se publicó el primer informe del Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible para América Central (Proyecto Estado de la Nación, 1999), en donde la desigualdad y la pobreza crecientes aparecieron como temas relevantes, mientras que, en la década de 2000, el propio Banco Mundial empezó a hablar de los desafíos del desarrollo social en América Central (Davis *et al.*, 2004) ante el riesgo de su naturalización.

Como lo ha planteado David Díaz Arias (2021), el proyecto político neoliberal y su análisis histórico permiten establecer que el “distanciamiento social” precedió a la pandemia por la COVID-19 (Díaz Arias y Viales Hurtado, 2021). Es necesario reflexionar sobre el hecho de que también existe un “mito del déficit” fiscal, denominado así por Stephanie Kelton (2020), aunque no hay que obviar el impacto que este ha tenido en el devenir de los países centroamericanos. Se debe avanzar hacia un sistema impositivo progresivo, como lo ha señalado Thomas Piketty (2014), y, de manera paralela, seguir con

la identificación, la denuncia y la lucha contra la evasión y la elusión fiscal, para así construir países viables con una integración y cohesión social menos excluyentes.

Reexaminar la crisis de 1980 en su contexto global permite construir elementos para debatir sobre la fórmula de la preeminencia del mercado sobre el Estado, pero reorientando el debate para centrarse en los límites del mercado y el Estado, según lo plantea Paul de Grawe (2017), lo que en la región de América Central implica identificar y discutir respecto a los alcances de la corrupción, tanto en el ámbito público como en el privado. Además, de acuerdo con Juliana Martínez Franzoni y Diego Sánchez-Ancochea (2012), en materia de política social, el universalismo (tal y como sucedió en un país como Costa Rica, entre 1950 y 1980, con la creación la creación de empleo formal) dejó claro que el “bienestar de las personas depende simultáneamente de su adecuada incorporación al mercado laboral y de su protección frente a la enorme volatilidad de ese mismo mercado” (Martínez Franzoni y Sánchez-Ancochea, 2017).

Con este libro se pretende contribuir a este debate, que se deberá completar mediante estudio de otras dimensiones y variables a partir de un enfoque relacional, en donde la historia tiene mucho que aportar. Idealmente, también se deberán construir indicadores novedosos para comprender mejor las dimensiones de las desigualdades, la dinámica de la inclusión y la exclusión social y la pobreza en América Central, de manera que se puedan identificar con claridad los mecanismos históricos de transmisión de las desigualdades, paso fundamental al seguir dialogando sobre la necesidad de nuevos pactos sociales y la generación de estilos de cohesión social menos excluyentes.

Bibliografía

- Abarca, O. (2013). *La geopolítica de la reforma agraria en el orden de la Pax Americana: El proceso de construcción de la reforma agraria en Costa Rica (1944-1973). Una propuesta de historia constructivista* (Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Costa Rica).
- Adelman, J. (abril del 2007). Desigualdades paradójicas: Ciencias Sociales, Sociedad e Instituciones en la América Latina. *Observatory on Structures and Institutions of Inequality in Latin America. Center of Latin American Studies, University of Miami, Working Papers, 2.*
- Allen, T. (1998). From 'informal sectors' to 'real economies': Changing conceptions of Africa's hidden livelihoods. *Contemporary Politics, 4*(4), 357-373.
- Altenburg, T. (1995). La industria tradicional ante las nuevas condiciones de competencia: los casos de Costa Rica y Honduras. En T. Altenburg, & H. Nuhn, *Apertura comercial en Centroamérica: nuevos retos para la industria* (pp. 41-81). DEI.
- Anderson, T. (1981). *The War of the Dispossessed: Honduras and El Salvador, 1969*. University of Nebraska Press.
- Aracil, R., Oliver, J. y Segura, A. (1998). *El mundo actual. De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días*. Edicions Universitat de Barcelona.
- Arias, S. (1989). *Seguridad o inseguridad alimentaria. Un reto para la región centroamericana. Perspectivas para el año 2000*. UCA.
- Arias, S., Jovane, J. y NG, L. (1993). *Centro América: obstáculos y perspectivas del desarrollo. Un marco cuantitativo. MOCECA. Modelo de coherencia económica del istmo centroamericano*. DEI.

- Ascher, W. y Hubbard, A. (1989). *Recuperación y desarrollo en Centroamérica*. Duke University/Hermanos Trejos Sucs.
- Barahona, F. (1980). *Reforma agraria y poder político. El caso de Costa Rica. Transformación estructural*. EUCR.
- Bárcena, A. (2014). La crisis de la deuda latinoamericana: 30 años después. En J. A. Ocampo, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 9-18). Cepal.
- Bárcena, A. (febrero-marzo del 2001). Evolución de la urbanización en América Latina y el Caribe en la década de los noventa: desafíos y oportunidades. *Información Comercial Española*, (790), 51-61.
- Barrera, Y., Castiglia, M. A., Kruijt, D. y Menjívar, R. (1992). *Informalización y pobreza*. Flacso.
- Barro, R. y Sala i Martín, X. (1992). Convergence. *Journal of Political Economy*, 100(2), 223-251.
- Benanav, A. (2019). The Origins of Informality: The ILO at the Limit of the Concept of Unemployment. *Journal of Global History*, 1(14), 107-125.
- Bértola, L. y Ocampo, J. A. (2012). *The Economic Development of Latin America since Independence*. Oxford University Press.
- Bértola, L. y Ocampo, J. A. (2010). *Desarrollo, vaivenes y desigualdad. Una historia económica de América Latina desde la Independencia*. Secretaría General Iberoamericana.
- Bértola, L. y Williamson, J. (. (2016). *La fractura. Pasado y presente de la búsqueda de equidad social en América Latina*. FCE/BID.
- Blanco Artola, J. D. y Hernández, A. (2002). Nicaragua. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 185-217). Cepal.
- Boldizzoni, F. (2013). *La pobreza de Clío. Crisis y renovación en el estudio de la historia*. Editorial Planeta.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal.

- Bonnet, F. y Venkatesh, S. (abril del 2017). *Poverty and Informal Economies*. Obtenido de DOI: 10.1093/oxford-hb/9780199914050.013.29
- Booth, J. A. (2000). Global Forces and Regime Change: Guatemala in the Central American Context. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs, Special Issue: Globalization*, 42(4), 59-87.
- Booth, J. A. (1987). Igualdad socioeconómica en Centroamérica: tendencias recientes y futuras. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 13(2), 93-115.
- Bordo, M. y Landon, J. (2010). The Global Financial Crisis: Is It Unprecedented? *Conference on Global Economic Crisis: Impacts, Transmission, and Recovery* (pp. 1-46). Honolulu, Hawaii
- Brignol-Mendes, R. (1994). El marco externo y el desarrollo de la agricultura en Latinoamérica: algunos elementos para discusión. En G. Masís y F. S. Sancho, *La agricultura de exportación en Centroamérica: opciones de desarrollo en la década de 1990*. EDS. AL.
- Bulmer-Thomas, V. (2020). Desempeño, estructura y política en la economía de Belice. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 46(1), 1-19.
- Bulmer-Thomas, V. (1998). *Centroamérica en reestructuración. Integración regional en Centroamérica*. Flacso-SSRC.
- Bulmer-Thomas, V. (1998). *Integración regional en Centroamérica*. Flacso-SSRC.
- Bulmer-Thomas, V. (1998). *La historia económica de América Latina desde la independencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bulmer-Thomas, V. (1989). *La economía política de Centroamérica desde 1920*. BCIE.
- Bulmer-Thomas, V. (septiembre de 1983). The Crisis in Central America: Economic Roots and Historical Dimensions. *The World Today*, 39(9), 328-335.
- Bush, R. (2007). *Poverty and Neoliberalism. Persistence and Reproduction in the Global South*. Pluto Press.

- Caldentey del Pozo, P. (2000). *El desarrollo económico de Centroamérica en el marco de la integración regional*. BCIE.
- Caputo Leiva, O. (2012). Crítica a la interpretación financiera de la crisis. En J. Estrada Álvarez, *La crisis capitalista mundial y América Latina. Lecturas de Economía Política* (pp. 37-64). Clacso.
- Carranza, J. V. y Chang, J. (2002). Honduras. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 157-184). Cepal.
- Carter, M., Bradfor, B. y Mesbah, D. (1996). Agricultural export booms and the rural poor in Chile, Guatemala and Paraguay. *Latin American Research Review*, 31(1), 33-65.
- Castillo, D. (1983). *Centroamérica más allá de la crisis*. Sociedad Interamericana de Planificación.
- Castillo, D. (1983). La visión global del problema centroamericano: más allá de la crisis. En D. Castillo, *Centroamérica más allá de la crisis* (pp. 13-29). Sociedad Interamericana de Planificación.
- Castillo, M. A. (s.f.).
- Castillo, M. A. (julio-diciembre de 1999). La migración en Centroamérica y su evolución reciente. *Revista de Historia*, (40), 27-56.
- Centeno, R. (1982). *El petróleo y la crisis mundial*. Alianza Editorial.
- Cepal. (2009). *Panamá y el proceso de integración centroamericana*. Cepal.
- Cepal. (2005). América Latina: Urbanización y Evolución de la Población Urbana, 1950 -2000. *Boletín Demográfico*, (75), 1-311.
- Cepal. (2004). *Anuario Estadístico 2003*. Cepal.
- Cepal. (2001). *Una década de luces y sombras. América Latina y el Caribe en los años noventa*. Cepal/Alfaomega.
- Cepal. (1999). *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe*. La Comisión.
- Cepal. (1997). *La brecha de la equidad. América Latina y el Caribe y la cumbre social*. ONU.

- Cepal. (1997). *Género, pobreza y seguridad social en Centroamérica*. Cepal.
- Cepal. (1993). *Centroamérica el camino de los noventa*. Cepal.
- Cepal. (1991). *Centroamérica. Evolución económica en 1989. Apreciación preliminar*. Cepal.
- Cepal. (1983). *Industrialización en Centroamérica. 1960-1980*. Cepal.
- Cepal. (1982). *Notas sobre la evolución del desarrollo social del istmo centroamericano hasta 1980*. Cepal.
- Cepal, F. O. (1973). *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica*. Educa.
- Céspedes, V. H., González, C. y Jiménez, R. (1990). *Costa Rica frente a la crisis. Políticas y resultados*. Academia de Centroamérica.
- Chaves, L. A. (1992). *Déficit fiscal y ajuste estructural en Centroamérica*. Litografía e Imprenta LIL.
- Chaves, L. A. (1992). *Déficit fiscal y ajuste estructural en Centroamérica*. Escuela de Economía Universidad Nacional/LIL.
- Chesnais, F. (abril del 2003). La teoría del régimen de acumulación financiarizado: contenido, alcance e interrogantes. *Revista de Economía Crítica*, (1), 37-72.
- Cipolla, C. (1991). *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*. Crítica.
- Colburn, F. D. y Sánchez, F. F. (2001). *Empresarios centroamericanos y apertura económica*. Educa.
- Correa, M. E. (octubre-diciembre de 1984). El endudamiento de América Latina. *Investigación Económica*, 43(170), 187-217.
- Cortés, A. (2003). Apuntes sobre las tendencias migratorias en América Central en la segunda mitad del siglo XX. *Reflexiones*, 2(82), 31-45.

- Cruz Peñate, M. A. (2001). *Salud e historia en Centroamérica. Análisis de las reuniones del sector salud de Centroamérica y República Dominicana. 1985-2000*. OPS/OMS - Minsa.
- CSUCA/Programa Centroamericano de Ciencias Sociales. (1978). *Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica*. Educa.
- Dabène, O. (1991). *L'Amérique Latine au XXe siècle*. Armand Colin.
- Dávalos Dutre, E. (mayo-agosto del 2005). La convergencia en el debate actual: el caso de las provincias canadienses. *Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, X(29)*, 83-94.
- Davis, S. H., Gacitúa, E. y Sojo, C. (2004). *Desafíos del Desarrollo Social en Centroamérica*. Flacso/Banco Mundial.
- De Gracia, R. y Guillén, E. (2002). Panamá. En Cepal, OIM, & BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 219-258). Cepal.
- Demirgunes, K. y Ucler, G. (2017). Investigating the Relationship Between Liquidity and Financial Performance in Turkish Banking Sector: A Pre and Post 2008 Financial Crisis Assesment. En Ü. Hacıoğlu y H. Dinçer, *Global Financial Crisis and Its Ramifications on Capital Markets. Opportunities and Threats in Volatile Economic Conditions* (pp. 347-368). Springer.
- Demmers, J., Fernández, A. y Hogenboom, B. (2004). Good governance and democracy in a world of neoliberal regimes. En J. Demmers, A. Fernández y B. Hogenboom, *Good Governance in the Era of Global Neoliberalism. Conflict and depolitisation in Latin America, Eastern Europe, Asia and Africa* (pp. 1-32). Routledge.
- Díaz Arias, D. (2021). *Chicago Boys del Trópico: Historia del Neoliberalismo en Costa Rica (1965-2000)*. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Díaz Arias, D. y Viales Hurtado, R. J. (2021). El impacto del COVID-19 y otras “pandemias” contemporáneas en Centroamérica. En G. Gutiérrez Cham, S. Herrera Lima y J. Kemner, *Pandemia y crisis: el COVID-19 en América Latina* (pp. 86-117). Centro María Sibylla Merian de Estudios Iberoamericanos Avanzados

en Humanidades y Ciencias Sociales (Calas)/Editorial Universidad de Guadalajara.

- Díaz Arias, D. y Viales Hurtado, R. J. (2021). Emergencia sanitaria, Neoliberalismo y desigualdades en la Centroamérica del contexto pandémico global por COVID-19. En R. J. Viales Hurtado y C. Rodríguez Sánchez, *Historia de la microbiología en contexto global. Estudios de caso de Costa Rica, Argentina y España* (pp. 331-363). Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central.
- Díaz Arias, D. y Viales Hurtado, R. J. (2020). Centroamérica: neoliberalismo y COVID-19. *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11(número especial), 53-59.
- Díaz-Alejandro, C. (1984). Latin American Debt: I Don't Think We Are in Kansas Anymore. *Brookings Papers in Economic Activity*, (2), 335-403.
- Dierckxsens, W. (1990). *Mercado de trabajo y política económica en América Central*. DEI.
- Dungey, M. y Jacobs, J. (2015). The internationalisation of financial crises: Banking and currency crises 1883–2008. *North American Journal of Economics and Finance*, 32, 29-47.
- Dunkerley, J. (1988). *Power in the Isthmus. A political History of Modern Central America*. Verso.
- Elson, A. (2017). *The Global Financial Crisis In Retrospect. Evolution, Resolution & Lessons For Prevention*. Palgrave Macmillan.
- Escaith, H. y Schatan, C. (abril de 1996). Centroamérica: inflación y estabilización en la crisis y poscrisis. *Revista de la Cepal*, (58), 33-49.
- Estefanía, J. (29 de diciembre de 1981). 1981, el peor año para la economía latinoamericana de la posguerra, según la Cepal. *El País*.
- Estefanía, J. (1998). *Contra el pensamiento único*. Taurus.
- Estefanía, J. (24 de Abril de 1984). *América Latina, una década perdida para el crecimiento*. El País. Obtenido de https://elpais.com/diario/1984/04/24/economia/451605605_850215.html

- Estrada Álvarez, J. (2012). *La crisis capitalista mundial y América Latina. Lecturas de Economía Política*. Clacso.
- Fairclough, N. (1993). Critical Discourse Analysis and the Marketization of Public Discourse: The Universities. *Discourse Society*, 4(2), 133-168.
- Fallas, H. (1993). *Centroamérica: pobreza y desarrollo rural ante la liberalización económica*. IICA/UNA.
- Fallas, H. (1981). *Crisis económica en Costa Rica. Un análisis económico de los últimos 20 años*. Editorial Nueva Década.
- Fernández, M. (1994). La integración de la agricultura en la región centroamericana en el marco de los procesos de apertura comercial. En G. Masís y F. S. Sancho, *La agricultura de exportación en Centroamérica: opciones de desarrollo en la década de 1990* (pp. 89-152). EDS. AL.
- Fernández, M. (2004). *La agricultura costarricense ante la globalización. Las nuevas reglas del comercio internacional y su impacto en el agro*. EUCR.
- Fernández Arias, M. (2004). *La agricultura costarricense ante la globalización. Las nuevas reglas del comercio internacional y su impacto en el agro*. EUCR.
- Fernández Poncela, A. M. (1995). Crisis, ajuste y pobreza en Centroamérica (1980-1992). *Boletín Americanista*, (45), 43-60.
- Figuroa Ibarra, C. (1994). Centroamérica: entre la crisis y la esperanza (1978-1990). En E. Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica, T. 6, Historia inmediata* (pp. 35-88). Flacso Costa Rica.
- Flacso-Costa Rica. (2005). *Centroamérica en Cifras*. Flacso-Costa Rica.
- Foreman-Peck, J. (1995). *Historia Económica Mundial. Relaciones económicas internacionales desde 1850*. Prentice Hall International.
- Franco, E. y Sojo, C. (1992). *Gobierno, empresarios y políticas de ajuste*. Flacso.

- Freiberger, J. J. (1989). La Salud en Centroamérica. En W. Ascher y A. Hubbard, *Recuperación y desarrollo en Centroamérica* (pp. 215-237). Duke University/Imprenta Trejos Hermanos.
- Funkhouser, E. (1996). The Urban Informal Sector in Central America: Household Survey Evidence. *World development*, 24(11), 1737-1751.
- Funkhouser, E. y Pérez Sáinz, J. P. (1998). *Centroamérica en re-estructuración. Mercado laboral y pobreza en Centroamérica*. Flacso-SSRC.
- Fürst, E. (1989). Costa Rica 1982-1987: ¿Una aplicación heterodoxa “sui generis” de políticas de ajuste estructural? En M. Lundahl y W. Pelupessy, *Crisis económica en Centroamérica y el Caribe* (pp. 179-204). DEL.
- Ganuza, E., León, A. y Sauma, P. (abril-junio del 2000). Gasto público en servicios sociales básicos: la situación regional. *Papeles de población*, 6(24), 175-225.
- García Sánchez, E. E. y Valdéz Rodas, H. J. (2002). Guatemala. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 117-155). Cepal.
- Garnier Rímolo, L. (1994). La economía centromericana en los ochenta: ¿nuevos rumbos o callejón sin salida? En E. Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica, Tomo VI* (pp. 89-162). Flacso -Programa Costa Rica.
- Garnier, L. (1994). La economía centroamericana en los ocheta: ¿nuevos rumbos o callejón sin salida? En E. Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica, T. 6, Historia inmediata* (pp. 89-162). Flacso Costa Rica.
- Garnier, L. y Blanco, L. C. (2010). *Costa Rica. Un país subdesarrollado casi exitoso*. Uruk Editores.
- Garnier, L. e Hidalgo, R. (1991). El Estado necesario y la política de desarrollo. En L. Garnier, R. Hidalgo, G. Monge y J. D. Trejos, *Costa Rica entre la ilusión y la desesperanza. Una alternativa pra el desarrollo* (pp. 7-72). Ediciones Guayacán.

- González, R. (1994). *El régimen de tenencia de la tierra en Costa Rica*. EUNA.
- González, H. (1992). *Centroamérica en Crisis*. EUNA.
- Gootenberg, P. (2004). Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura. *Alteridades*, 14(28), 9-19.
- Guerra-Borges, A. (2011). *Guatemala: 60 años de historia económica (1944-2004)*. Fundación Soros Guatemala/Biblioteca Básica de Historia de Guatemala.
- Gurrieri, A. (1990). El desarrollo social en los años noventa: principales opciones. En A. Gurrieri y E. Torres-Rivas, *Los años noventa: ¿Desarrollo con equidad?* (pp. 9-61). Flacso.
- Gurrieri, A. y Torres Rivas, E. (1990). *Los años noventa: ¿Desarrollo con equidad?* Flacso.
- Hall, C. y Pérez Brignoli, H. (2003). *Historical Atlas of Central America*. The University of Oklahoma Press.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Ediciones Akal.
- Hernández, A. (1991). *La itnegración de Centroamérica. Desde la Federación hasta nuestros días*. DEL.
- Hernández, A. (1994). *La integración de Centroamérica desde la Federación hasta nuestros días*. San José: DEL.
- Herndon, T., Ash, M. y Pollin, R. (abril del 2013). Does High Public Debt Consistently Stifle Economic Growth? A Critique of Reinhart and Rogoff. *Working Papers. Political Economy Research Institute. University of Massachusetts Amherst*, (322), 1-25.
- Hidalgo Capitán, A. L. (2003). *Costa Rica en evolución. Política económica, desarrollo y cambio estructural del sistema socioeconómico costarricense*. EUCR.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Crítica.
- Jing, Z. (2015). On the relation between currency and banking crises in developing countries, 1980–2010. *North American Journal of Economics and Finance*, 34, 267-291.

- Kaimowitz, D. (1994). El ajuste ya se hizo y estamos en lo mismo: ¿ahora qué hacemos con las agroexportaciones? En G. Y. Masís, *La agricultura de exportación en Centroamérica: opciones de desarrollo en la década de 1990* (pp. 193-203). EDS. AL.
- Kay, C. (abril-junio de 1995). Desarrollo rural y cuestiones agrarias en América Latina contemporánea. *Agricultura y Sociedad*, (75), 27-82.
- Kelton, S. (2020). *The deficit myth: modern monetary theory and the birth of the people's*. PublicAffairs.
- Kindleberger, C. P. y Aliber, R. Z. (2012). *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*. Ariel.
- Kindleberger, C. P. y Aliber, R. Z. (2005). *Manias, Panics and Crashes. A History of Financial Crisis*. Palgrave Macmillan.
- Korten, A. (1997). *Ajuste estructural en Costa Rica. Una medicina amarga*. Food First/DEL.
- Krippendorff, K. (1990). *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*. Paidós.
- Krugman, P. (2009). *De vuelta a la economía de la Gran Depresión y la Crisis del 2008*. Grupo Editorial Norma.
- Krugman, P. (1994). *Vendiendo Prosperidad. Sensatez e insensatez económica en una era de expectativas limitadas*. Ariel.
- Kuzucu, S. (2017). Emerging Market Economies and International Business Cycle Fluctuations. En Ü. Hacıoğlu y H. Dinger, *Global Financial Crisis and Its Ramification on Capital Markets. Opportunities and Threats in Volatile Economic Conditions* (pp. 209-224). Springer.
- Laparra, M. E. (2007). Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión. Implicaciones metodológicas. *Revista Española del Tercer Sector*, 5(15), 15-57.
- Lara, M. O. y Soriano Molina, E. O. (2002). El Salvador. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 85-115). Cepal.

- León, J. E. (2014). *Crecimiento y las políticas económicas. Historia Económica de Costa Rica en el siglo XX, T. 1*. EUCR.
- León, J. (s.f.). *La economía rural. Historia económica de Costa Rica en el siglo XX, T. 2*.
- León, J., Arroyo, N. y Montero, A. (2016). *La industria en Costa Rica en el siglo XX. Historia Económica de Costa Rica en el siglo XX, T. 3*. EUCR.
- Linck, T. (1994). Estado, políticas agrícolas, cambio técnico. Síntesis y comentarios. En T. Linck, *Agriculturas y campesinados de América Latina. Mutaciones y recomposiciones* (pp. 31-34). GRAL/ORSTOM/FCE.
- Lindenberg, M. (enero de 1988). Central America: Crisis and Economic Strategy 1930-1985. Lessons from History. *The Journal of Developing Areas*, 22(2), 155-178.
- Lindenberg, M. (1988). Central America's Elusive Economic Recovery. *World Development*, 16(2), 237-254.
- López Mora, A. (1995). *Apertura comercial, libre mercado y proteccionismo en el sector agrícola centroamericano*. Efun.
- López, J. R. (1986). Los orígenes económicos de la crisis en Centroamérica. En E. Rivera, A. Sojo y J. R. López, *Centroamérica. Política económica y crisis* (pp. 115-201). DEI/ICADIS/UNA.
- Luiselli, C. (octubre-diciembre de 1989). Centroamérica: ajuste macroeconómico y reactivación agrícola. *Investigación Económica*, 48(190), 11-86.
- Lundahl, M. y Pelupessy, W. (1989). Introducción. Crisis en Centroamérica y el Caribe. En M. Lundahl y W. Pelupessy, *Crisis económica en Centroamérica y el Caribe* (pp. 13-30). DEI.
- Lungo, M. (2000). Ciudad grande, país pequeño: los desafíos de gestión metropolitana en Centroamérica. En A. C. Torres, *Repensando a experiencia urbana da América Latina: questões, conceitos e valores* (pp. 125-142). Clacso.
- Lungo, M. (s.f.). Capítulo Desafío de la Gestión Ambiental. Estudio sobre gestión urbana y los esfuerzos en materia de gestión del riesgo en áreas metropolitanas. En PNUD, *Segundo Informe*

sobre Desarrollo Humano en Centroamérica y Panamá (pp. 1-16). PNUD/ASDI.

- Lynn Karl, T. (octubre 1990). Dilemmas of Democratization in Latin America. *Comparative Politics*, 23(1), 1-21.
- Maddison, A. (1991). *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas*. Editorial Ariel.
- Maddison, A. (2001). La economía de occidente y la del resto del mundo: una perspectiva milenaria. *Documentos de Trabajo. Instituto Laureano Figuerola*, 1-52.
- Mahoney, J. (primavera del 2001). Path-Dependent Explanations of Regime Change: Central America in Comparative Perspective. *Studies in Comparative International Development*, 36(1), 111-141.
- Marichal, C. (1988). *Historia de la deuda externa en América Latina: desde la independencia hasta la gran depresión, 1820-1930*. Alianza Editorial.
- Marichal, C. (2010). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global*. Debate.
- Martínez Franzoni, J. y Sánchez-Ancochea, D. (2012). La construcción de universalismo y sus contradicciones: lecciones de los servicios de salud en Costa Rica: 1940-2011. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 22(2), 77-99.
- Martínez Franzoni, J. y Sánchez-Ancochea, D. (Abril de 2017). ¿Cómo alcanzó Costa Rica la incorporación social y laboral? *Revista de la Cepal*, (121), 131-147.
- Martínez, D. e Infante, R. (22 de noviembre del 2019). La informalidad en la visión de la OIT: evolución y perspectivas para América Latina. *Organización Internacional del Trabajo. Santiago de Chile*. https://www.ilo.org/santiago/publicaciones/reflexiones-trabajo/WCMS_729999/lang--es/index.htm
- Martínez, M. (1987). *Cambio tecnológico en la agricultura centroamericana*. Editorial Guaymurás.
- Masís, G. y Sancho, F. (1994). *La agricultura de exportación en Centroamérica: opciones de desarrollo en la década de los 90*. EDS. AL.

- McMichael, P. (2004). *Development and Social Change. A Global Perspective*. Pine Forge Press.
- Membreño, A. (1994). Las perspectivas de la agroexportación como eje de desarrollo. En G. y Masís, *La agricultura de exportación en Centroamérica: opciones de desarrollo en la década de 1990* (p. 276). EDS. AL.
- Menjívar, R. y Trejos, J. D. (1990). *La pobreza en América Central*. Flacso.
- Menjívar, R. y Pérez Sáinz, J. P. (1989). *Informalidad urbana en Centroamérica. Evidencias e interrogantes*. Flacso-Guatemala/FES.
- Mitchell, B. R. (1998). *International Historical Statistics. The Americas. 1750-1993*. Macmillan Reference Ltd.
- Molina Chocano, G. (1977). *Integración centroamericana y dominación internacional*. Educa.
- Molina Jiménez, I. (2018). Retórica y materialización. La teoría del capital humano y el financiamiento de la educación en América Central. *Avances de Investigación Cihac. Segunda Época*, (2), 1-39.
- Moneta, C. (octubre-diciembre 1983). América Latina y Japón en la década de 1980. *Estudios de Asia y Africa*, 18(4), 547-583.
- Montobbio, M. (septiembre de 1997). La crisis centroamericana y la construcción de un nuevo orden internacional en América Latina. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (37), 131-149.
- Mora, J. (1994). *Costa Rica: políticas agrícolas y apertura económica en los años noventa*. Maestría en Política Económica/UNA.
- Morales, A. (1999). *Inmigración laboral nicaragüense en Costa Rica*. Flacso-Sede Costa Rica.
- Morales Gamboa, A. (2007). *La diásporas de la Posguerra. Regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central*. Flacso-Costa Rica.
- Naím, M. (primavera del 2000). Washington Consensus or Washington Confusion? *Foreign Policy*, (118), 86-103.

- O'Donnell, G. (enero de 1994). Delegative Democracy. *Journal of Democracy*, 5(1), 55-69.
- Ocampo, J. A. (2014). La crisis latinoamericana de la deuda a la luz de la historia. En J. A. Ocampo, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 19-51). Cepal.
- Ocampo, J. A. (2005). *Más allá del Consenso de Washington: una agenda de desarrollo para América Latina*. Cepal.
- Ocampo, J. A. (octubre-diciembre de 2004). La América Latina y la economía mundial en el largo siglo XX. *El Trimestre Económico*, 71(284(4)), 725-786.
- Organización Internacional del Trabajo. (marzo de 2007). *Para debate y orientación. 298 a. reunión*. OIT.
- Pelupessy, W. (1998). *Políticas agrarias en El Salvador (1960-1990)*. Educa.
- Pelupessy, W. y Uggen, J. F. (otoño de 1991). Economic Adjustment Policies in El Salvador during the 1980s. *Latin American Perspectives*, 18(4), 48-78.
- Pérez Brignoli, H. (2011). Las ambigüedades del crecimiento: dos siglos de historia económica. En L. Bértola y P. Gerchunoff, *Institucionalidad y desarrollo económico en América Latina* (pp. 93-134). Cepal/Aecid.
- Pérez Brignoli, H. (1985). *Breve historia de Centroamérica*. Alianza Editorial.
- Pérez Brignoli, H. y Baires Martínez, Y. (noviembre de 1983). Crecimiento y crisis de las economías centroamericanas, 1950-1980. *Journal of Latin American Studies*, 15(2), 365-398.
- Pérez Sáinz, J. P. (2014). *Mecados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. Flacso.
- Pérez Sáinz, J. P. (febrero de 1998). The New Faces of Informality in Central America. *Journal of Latin American Studies*, 30(1), 157-179.
- Pérez Sáinz, J. P. (1996). *De la finca a la maquila*. Flacso-Programa Costa Rica.

- Pérez Sáinz, J. P. y Cordero, A. (1991). Los nuevos escenarios laborales en Centroamérica: una propuesta de análisis. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 20(2), 5-14.
- Pérez Sáinz, J. P. y Mora Salas, M. (2007). *La persistencia de la miseria en Centroamérica. Una mirada desde la exclusión social*. Flacso Costa Rica/Fundación Carolina.
- Pérez Sáinz, J. P., Andrade Eekhoff, K., Bastos, S. y Herradora, M. (2004). *La estructura social ante la globalización. Procesos de reordenamiento social en Centroamérica durante la década de los 90*. Flacso/Cepal.
- Piketty, T. (2014). *El Capitalismo en el siglo XXI*. FCE.
- Piore, M. (1969). On-the-job training in dual labor markets. En A. Weber, F. Cassell y G. Woodrow, *Public-private Manpower Policies* (pág. Industrial Relations Research Association). Madison: 101-132.
- Polanyi, K. (1991). *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Ediciones de La Piqueta.
- Programa Centroamericano de Ciencias Sociales. (1978). *Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica*. CSUCA.
- Proyecto Estado de la Nación. (1999). *Informe de la región en Desarrollo Humano Sostenible*. El Proyecto.
- Ramírez, M. D. y Valverde, A. (2002). Costa Rica. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 53-83). Cepal.
- Reinhart, C. M. y Rogoff, K. S. (2012). Causes of Financial Crises Past and Present: The Role of the This-Time-Is-Different Syndrome. En J. Byrne, *The Occupy Handbook* (pp. 117-131). Back Bay Books.
- Reinhart, C. y Reinhart, V. R. (enero-marzo de 2011). Después del colapso. *El Trimestre Económico*, LXXVIII (1)(3), 5-45.
- Reinhart, C. M. y Rogoff, K. S. (2011). *Esta vez es distinto. Ocho siglos de necesidad financiera*. Fondo de Cultura Económica.

- Reinhart, C., Rogoff, K. y Savastano, M. (octubre-diciembre de 2009). La intolerancia a la deuda. *El Trimestre Económico*, LXXVI(304), 811-884.
- Reinhart, C. M. y Rogoff, K. S. (2009). *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly*. Princeton University Press.
- Rello, F. (2001). *Instituciones y pobreza rurales en México y Centroamérica*. Cepal.
- Reuben, S. (1990). *Estado y ajuste estructural en Centroamérica y el Caribe*. CSUCA.
- Reuben, W. (1990). *Los campesinos frente a la nueva década. Ajuste estructural y pequeña producción agropecuaria en Costa Rica*. Editorial Porvenir/Cecade.
- Ribier, V. (1994). Impacto de las políticas económicas y agrícolas en América Latina. Algunas reflexiones originadas del análisis de diferentes países. En T. Linck, *Agriculturas y campesinados de América Latina. Mutaciones y recomposiciones* (pp. 35-45). GRAL/ORSTOM/FCE.
- Rivera, E. y Sojo, A. (1986). El perfil de la política económica en Centroamérica: la década de los ochenta. En E. Rivera, A. Sojo y J. R. López, *Centroamérica. Política económica y crisis* (pp. 13-113). DEI/ICADIS/UNA.
- Robinson, W. I. (2013). *Una teoría sobre el capitalismo global. Producción, clase y Estado en un mundo transnacional*. Siglo XXI.
- Robinson, W. I. (2003). *Transnational Conflicts. Central America, Social Change and Globalization*. Verso.
- Robles Rivera, F. (2016). Fotografía de Familia: ¿Quiénes son y cómo son los grupos de poder económico en Costa Rica? 1948-2014. En R. J. Viales Hurtado y D. Díaz, *Historia de las desigualdades sociales en América Central. Una visión interdisciplinaria. Siglos XVIII-XXI* (pp. 173-194). Centro de Investigaciones Históricas de América Central/Colección Nueva Historia Contemporánea de Centroamérica/Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, C. (1993). *Tierra de labriegos*. Flacso.

- Rojas, F. y Solís, L. G. (1988). *¿Súbditos o aliados? La política exterior de Estados Unidos y Centroamérica*. Editorial Porvenir/Flacso.
- Román, I. (14 de setiembre del 2008). Política social: ¿de qué estamos hablando? *La Nación*. http://www.nacion.com/ln_ee/2008/septiembre/14/opinion1700003.html.
- Rovira, J. (1989). *Costa Rica en los años 80*. Editorial Porvenir.
- Rovira, J. (1988). *Estado y política económica en Costa Rica. 1948-1970*. San José: Editorial Porvenir.
- Rovira, J. (1984). *Costa Rica Hoy: la crisis y sus perspectivas*. Euned.
- Royo, A. (julio-diciembre del 2003). La reforma agraria en Costa Rica (1962-2002): balance de las intervenciones estatales en el cantón de Osa. *Revista de Historia*, (48), 227-269.
- Salinas, C. (30 de junio del 2012). Centroamérica y la Unión Europea firman Acuerdo de Asociación. *El País. Edición Internacional*.
- Sanahuja Pantoja, J. A. (1996). América Central y la Unión Europea: en busca de nuevas formas de cooperación. En A. Morales, *Unión Europea-Centroamérica: cambio de escenarios* (pp. 117-158). Flacso Programa Costa Rica/Unión Europea.
- Sanahuja Perales, J. A. (1996). *La ayuda norteamericana en Centroamérica, 1980- 1992* (Tesis de Doctorado en Relaciones Internacionales, T. I., Universidad Complutense de Madrid).
- Sánchez Ancochea, D. y Martí i Puig, S. (2014). *Handbook of Central America Governance*. Routledge.
- Sánchez, R. (2004). *Estado de bienestar, crisis económica y ajuste estructural en Costa Rica*. Euned.
- Sartori, G. y Morlino, L. (1994). *La Comparación en las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial.
- Schriewer, J. y Kaelble, H. (2010). *La comparación en las ciencias sociales e históricas*. Octaedro.
- Segovia, A. (2021). *El gran fracaso: 150 años de capitalismo ineficiente, concentrador y excluyente en Centroamérica*. F&G Editores.

- Segovia, A. (2019). *Economía y poder: recomposición de las elites económicas salvadoreñas*. Guatemala: F&G Editores/Incide.
- Segovia, A. (2002). *Transformación estructural y reforma económica en El Salvador*. F&G Editores.
- Serna, B. (2016). *Honduras: políticas de ajuste, inequidad y crecimiento. 1980-2013*. Center for Integrated Area Studies/ Kyoto University.
- Simonoff, A. (2021). *La crisis de más de cuarenta años. Una historia global reciente*. Universidad Nacional de La Plata.
- Sin autor. (6 de mayo del 2013). Panamá se integra al SIECA. *La Prensa (Panamá)*.
- Sin autor. (5 de julio del 2010). Panamá se incorporará formalmente a integración económica centroamericana. *La Nación*.
- Sklair, L. (2007). A transnational framework for theory and research in the study of globalization. En I. Rossi, *Frontiers of Globalization Research: Theoretical and Methodological Approaches* (pp. 93-18). Springer.
- Sklair, L. (1995). *Sociology of the Global System*. Prentice Hall Harvester Wheatleaf.
- Sojo, A. (1984). *Estado empresario y lucha política en Costa Rica*. Educa.
- Solimano, A. (agosto del 2003). Globalización y migración internacional: la experiencia latinoamericana. *Revista de la CEPAL*, (80), 55-72.
- Stallings, B. (2014). La economía política de las negociaciones de la deuda. América Latina en la década de los ochenta. En J. A. Ocampo, *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica* (pp. 53-82). Cepal.
- Stamm, A. (1996). ¿Una nueva dinámica para las zonas rurales? Relaciones intersectoriales y efectos territoriales del cambio en el modelo de desarrollo de Costa Rica. En H. Nuhn y A. Stamm, *Apertura comercial en Centroamérica: nuevos retos para la agricultura* (pp. 23-47). DEI.

- Street, J. H. (octubre-diciembre de 1979). Los ajustes de la América Latina ante la crisis de la OPEP y la recesión mundial. *El Trimestre Económico*, 46(184(4)), 867-888.
- Subirats, J. (2001). El análisis de las políticas públicas. *Gac Sanit*, 15(3), 259-264.
- Talbert, E. (2002). Belice. En Cepal, OIM y BID, *Informes nacionales sobre migración en países de Centroamérica* (pp. 13-52). Cepal.
- Tathuer, M. (2017). The 2008-2009 Financial Crisis in Historical Context. En Ü. Hacıoğlu y H. Dinger, *Global Financial Crisis and Its Ramifications on Capital Markets. Opportunities and Threats in Volatile Economic Conditions* (pp. 3-17). Springer.
- Thelen, K. (2003). How Institutions Envelope. Insights from comparative historical analysis. En J. Mahoney y D. Rueschemeyer, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences* (pp. 208-240). Cambridge University Press.
- Thorp, R. (2009). Las raíces históricas de la exclusión en América Latina. En F. Carrillo, *La lucha contra la exclusión social en América Latina. Una mirada desde Europa* (pp. 19-39). BID/Comisión Europea/Plural Editores.
- Thorp, R. (1998). *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Manantial.
- Tilly, C. y Goodin, R. (2006). It Depends. En R. Goodin y C. Tilly, *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis* (pp. 3-32). Oxford University Press.
- Timossi Dolinsky, G. y Stookey, S. (1990). Debt and Structural Adjustment in Central America. *Latin American Perspectives*, 17(4), 76-90.
- Torres Rivas, E. (2007). *La piel de Centroamérica (Una visión epidérmica de setenta y cinco años de su historia)*. Flacso-Costa Rica.
- Torres Rivas, E. (1999). Informe Estado de la Región en desarrollo humano sostenible. En P. E. Región, *Informe Estado de la Región en desarrollo humano sostenible* (p. 53). El Proyecto.

- Torres-Rivas, E. (1994). Introducción a la década. En E. Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica, T. 6. Historia inmediata* (pp. 11-33). Flacso Costa Rica.
- Torres-Rivas, E. (1994). La sociedad: la dinámica poblacional, efectos sociales de la crisis, aspectos culturales y étnicos. En E. Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica, t. 6, Historia inmediata* (pp. 163-208). Flacso Costa Rica.
- Torres Rivas, E. (1989). *Costa Rica. Crisis y desafíos*. DEI.
- Torres-Rivas, E. y Towner, M. (1988). The Central American Model of Growth. Crisis for whom? *Latin American Perspectives*, 7(2-3), 24-44.
- Tortella, G. (1991). *Introducción a la economía para historiadores*. Tecnos.
- Toussaint, É. (2014). *Bancocracia*. Icaria.
- Toussaint, É. (1999). *Your Money of Your Life! The Tyranny of Global Finance*. Pluto Press.
- Trejos, J. D. y Gindling, T. H. (diciembre del 2004). La desigualdad en Centroamérica durante el decenio de 1990. *Revista de la Cepal*, (84), 177-198.
- Vargas, L. P. (1992). *Crisis económica y ajuste estructural*. Euned.
- Vargas Solís, L. P. (2002). *Costa Rica. Liberalización y ajuste estructural o la autodestrucción del Neoliberalismo. 1985-1997*. Euned.
- Viales Hurtado, R. J. (2021). *Laberintos y bifurcaciones: historia inmediata de México y América Central, 1940-2020*. Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central.
- Viales Hurtado, R. J. (2019). La crisis económica de América Central en la década de 1980: cambio económico-estructural-global en la tercera fase de la Globalización (1970-1990). *Diálogos (Brasil)*, 23(1), 46-70.
- Viales Hurtado, R. J. (2018). América Central y sus (inter)contextos. Entre la Historia mundial, la Historia global y el giro

espacial. En D. Díaz Arias, *Historia global y circulación de saberes en Iberoamérica. Siglos XVI-XXI* (pp. 47-74). Centro de Investigaciones Históricas de América Central/ Universidad de Costa Rica.

Viales Hurtado, R. J. (2005). Pobreza e historia en América Central: condiciones estructurales y representaciones sociales. Una visión desde Costa Rica. En R. Viales, *Pobreza e historia en América Central: condiciones estructurales y representaciones sociales* (pp. 87-103). Instituto Ibero-Americano, Berlín, Alemania.

Viales Hurtado, R. J. (2002). Ruralidad y pobreza en Centroamérica en la década de 1990. El contexto de la globalización y de las políticas agrarias ‘neoliberales’. En F. Enríquez e I. Molina, *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica (Siglos XIX y XX)* (pp. 157-186). Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Viales Hurtado, R. J. (1999). Desarrollo rural y pobreza en Centroamérica en la década de 1990. Las políticas y algunos límites del modelo “neoliberal”. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 25(2), 139-157.

Viales Hurtado, R. J. y Chavarría Camacho, D. (2018). La revolución informática durante la década perdida. En I. Molina, *Ahí me van a matar. Cultura, violencia y Guerra Fría en Costa Rica (1979-1990)* (pp. 275-316). Euned.

Viales Hurtado, R. J. y Cortés Sequeira, S. (2018). América Central: coyunturas críticas, conflictos sociopolíticos y democracia (1940-2016). El contexto de la construcción de la cultura política de la confianza/desconfianza (trust/distrust). En M. C. Quinteros, *As Revoluções na América Latina Contemporânea. Os desafios do século XXI* (pp. 271-328). UEM-PGH-História/ UCR/Cihac.

Viales Hurtado, R. J. y Díaz Arias, D. (enero-febrero del 2018). Costa Rica y los pactos sociales multiclasistas. La Reforma al Código Procesal Laboral (2015-2017). *Revista Nueva Sociedad*, (273), 83-97.

- Viales Hurtado, R. J. y Díaz Arias, D. (2018). Labor Justice in Costa Rica, 1821-2000s. En J. M. Palacio y L. Fink, *Labor Justice Across the Americas* (pp. 117-141). Illinois: The University of Illinois Press.
- Viales Hurtado, R. J. y Díaz Arias, D. (2016). *Historia de las desigualdades sociales en América Central. Una visión interdisciplinaria. Siglos XVIII-XXI*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central/Colección Nueva Historia Contemporánea de Centroamérica.
- Viales Hurtado, R. J. y Díaz Arias, D. (2014). Entre el indentured labor y las remesas familiares. Movimientos de población desde y hacia América Central a partir de una perspectiva transnacional. Siglos XIX-XXI. En P. Galeana, *Historia Comparada de las Migraciones en las Américas* (pp. 113-137). Unam/IPGH.
- Viales Hurtado, R. J. y Garita Mondragón, M. (2021). The problem of scientific policies in Central America (1980–2020): the tension between innovation and social cohesion in a global context. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society*, 4(1), 1-22.
- Viales Hurtado, R. J. e Izquierdo Vázquez, C. (2018). Hacia una definición de las Grassroots Economies para la investigación histórica: familia, redes de ayuda mutua, mercado laboral, microcrédito y estrategias de supervivencia de las economías de base. *Revista de Ciencias Sociales*, (162), 131-148.
- Viales Hurtado, R. J. y León Sáenz, J. (2021). Población, economía y capitalismo agrario. En I. Molina Jiménez, *Costa Rica (1821-2021). De la Independencia a su Bicentenario* (pp. 3-26). Edupuc.
- Viales Hurtado, R. J. y Sáenz Leandro, R. G. (diciembre del 2020-junio del 2021). Los componentes de la evaluación en ciencia, tecnología e innovación: explorando la dimensión declarativa de las políticas para el caso de América Central (1980-2020). *Revista Estudios de Políticas Públicas*, 7(1), 102-111.
- Viales Hurtado, R. J. y Vargas Céspedes, J. P. (2021). La persistencia desarrollista durante la continuidad del reformismo neoliberal.

Cambio sociopolítico y cambio socioeconómico en la Costa Rica contemporánea. 1940-2020. En R. J. Viales Hurtado, *Laberintos y bifurcaciones: historia inmediata de México y América Central, 1940-2020* (pp. 321-369). Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central.

Viales Hurtado, R. J. y Vargas, M. (2016). Los debates recientes sobre la historia socioeconómica de los mercados laborales capitalistas. Aportes para una propuesta de enfoque teórico para su estudio en sociedades “periféricas”. *Diálogos*, 17(número especial homenaje a Juan José Marín Hernández), 165-195.

Viales Hurtado, R. J., Chavarría Camacho, D. y Araya, R. (diciembre del 2016). El proceso de reforma al Código Procesal Laboral: legislación laboral, actores sociales y lenguajes de valoración. Tres elementos clave de la política socio-laboral en Costa Rica, 1998-2016. *Revista Memorias*, (30), 66-97.

Viales Hurtado, R. J., Sáenz Leandro, R. y Garita Mondragón, M. (septiembre-diciembre del 2021). Transnacionalización de las políticas de ciencia y tecnología en América Central. Un análisis de redes, 1955-2020. *ÍCONOS Revista de Ciencias Sociales*, XV(71), 37-58.

Viales Hurtado, R. J. (enero-diciembre del 2007). Historia de la pobreza, de los regímenes de bienestar y del Estado del bienestar en Occidente: aportes para la construcción de un modelo conceptual de análisis. *Revista de Historia de América*, (138), 107-157.

Viales Hurtado, R. J. (2005). El contexto general de la pobreza rural en la América Central contemporánea: el peso de las políticas neoliberales. *Iberoamericana*, 19, 87-103.

Viales Hurtado, R. J. (2005). *Pobreza e historia en Costa Rica. Determinantes estructurales y representaciones sociales del siglo XVII a 1950*. EUCR/Cihac/ Posgrado Centroamericano en Historia.

Viales Hurtado, R. J. (1999). Desarrollo rural y pobreza en Centroamérica en la década de 1990. Las políticas y algunos límites del modelo ‘neoliberal’. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 25(2), 139-157.

- Villamonte Blas, R. (2013). Importancia del mercado secundario internacional de títulos de la deuda externa: su contribución a las finanzas internacionales. *Quipukamayoc Revista de la Facultad de Ciencias Contables*, 21(40), 143-152.
- Villasuso, J. M. (1992). *El nuevo rostro de Costa Rica*. Cedal.
- Waller, D. (2002). Remesas en América Latina: revisión de la literatura. *Comercio Exterior*, 50(4), 275-288.
- Williamson, J. (1990). What Washington Means by Policy Reform. En J. Williamson, *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* <https://economicsociologydotorg.files.wordpress.com/2017/09/what-washington-means-by-policy-reform.pdf>. Washington: Institute for International Economics.
- Williamson, J. G. (2012). *Comercio y Pobreza. Cómo y cuándo comenzó el atraso del Tercer Mundo*. Crítica.
- Zelizer, J. (2010). What Political Science learn from the New Political History? *Annual Review of Political Science*, (13), 25-36.

RONNY J. VIALES HURTADO | Catedrático de la Universidad de Costa Rica (UCR). Docente e investigador de la Escuela de Historia, el Centro de Investigaciones Históricas de América Central y el Posgrado en Historia. M.Sc. en Historia por la UCR (Graduación de Honor). Máster en Historia Económica y Doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona (Sobresaliente *Cum Laude*). En 1998, obtuvo el Premio Nacional de Historia Aquileo J. Echeverría, otorgado por el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes de la República de Costa Rica; en 2003, el Premio Cleto González Víquez de la Academia de Geografía e Historia; y, en 2012, el Premio al Investigador, Área de Ciencias Sociales de la UCR. Director de la revista *Diálogos* (<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/dialogos>).

Entre sus últimas publicaciones sobre la historia de América Central están: Viales Hurtado, R. J. y Díaz, D. (Editores) (2016). *Historia de las desigualdades sociales en América Central. Una visión interdisciplinaria. Siglos XVIII-XXI*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central/ Colección Nueva Historia Contemporánea de Centroamérica/ Universidad de Costa Rica; Viales Hurtado, R. J. (2018). América Central y sus (inter)contextos. Entre la Historia mundial, la Historia global y el giro espacial. En D. Díaz Arias y R. Viales Hurtado (editores), *Historia global y circulación de saberes en Iberoamérica. Siglos XVI-XXI* (pp. 47-74). Centro de Investigaciones Históricas de América Central; Viales Hurtado, R. J. y Cortés, S. (2018). América Central: coyunturas críticas, conflictos sociopolíticos y democracia (1940-2016).

El contexto de la construcción de la cultura política de la confianza/desconfianza (trust/distrust). En M. C. Quinteros y L. F. Viel (organ.), *As Revoluções na América Latina Contemporânea. Os desafios do século XXI* (pp. 271-328). UEM-PGH-História y UCR/Cihac; Viales Hurtado, R. J. (2019). La crisis económica de América Central en la década de 1980: cambio económico-estructural-global en la tercera fase de la Globalización (1970-1990). *Diálogos (Brasil)*, 23(1), 46-70. Díaz Arias, D. y Viales Hurtado, R. J. (2020). Centroamérica: neoliberalismo y COVID-19. *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11(número especial), 53-59; Viales-Hurtado, R. J., Sáenz-Leandro, R. y Garita-Mondragón, M. (2021). The problem of scientific policies in Central America (1980–2020): the tension between innovation and social cohesion in a global context. *Tapuya: Latin American Science, Technology and Society*, 4(1), 1-22. Viales Hurtado, R. J. (editor) (2021). *Laberintos y bifurcaciones: historia inmediata de México y América Central, 1940-2020*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central. Díaz Arias, D. y Viales Hurtado, R. J. (2021). Emergencia sanitaria, Neoliberalismo y desigualdades en la Centroamérica del contexto pandémico global por COVID-19. En R. J. Viales Hurtado y C. Rodríguez Sánchez (editores), *Historia de la microbiología en contexto global. Estudios de caso de Costa Rica, Argentina y España* (pp. 331-363). Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas de América Central.

